

DADOR

I

DADOR

Aparecen tres mesas ocupadas por tres adolescentes con máscaras doradas. En la primera mesa, mitad morado y mitad amarillo muy apagados, cada una de las tres figuras están fuertemente adormecidas. A los pasos de danza, cada uno de los enmascarados sucesivamente baila alrededor de su mesa, y después, describiendo semicírculos y rápidas líneas, va desfilando por las otras dos mesas. Los de la segunda mesa pueden vestir un azul fosforescente con un rojo de fruta tropical roja. Los de la tercera mesa, blanco y un color intermedio, verde de hoja lloviznada, tal vez. Detrás de las tres mesas, cuatro figuras mayores en armaduras. La primera figura, todas han de ser de hermosa estatura, como las mesas se presuponen ocupadas por gentilidad y adolescencia, muestra una armadura pesada y lentísima, comenzando a danzar entre las tres restantes figuras del segundo término. Los enmascarados que ocupaban las primeras mesas se han vuelto a adormecer. La otra figura de armadura, igualmente pesada y brusca, tiene sus hierros cubiertos de fragmentos vegetativos. Agita sus ramajes y hojas, y baila describiendo también espirales y semicírculos, entre las tres restantes figuras de armadura. La otra armadura muestra una gran mancha, y se presupone que es la figura que va a morir, muévase con servicial geometría, sin acabar de terminar sus gestos y como con dolorosos y arrastrados movimientos. La cuarta figura de armadura es el grotesco, salta y desconcierta, y se mueve con indescritibles, toscos y falsos gestos airados. La armadura puede tener un brazo de cartón o un pie fuera de los hierros, buscando anclarse en gestos graves pero bufonescos. Cada uno de los enmascarados de las primeras mesas, y cada una de las figuras en armadura, van también danzando entre la animación del primer plano. El pleno se conseguirá con las figuras en armadura bailando entre sí y entre las mesas con los enmascarados en danza, causando una impresión mantenida de rejuego y algazara, pero sin perder el diseño de espirales y semicírculos. En el telón de fondo, dos cariátides. Una, de gran tamaño, alrededor de veinte veces el tamaño natural de un rostro. Otra, es como un rostro retorcido, como una máscara de antiguo combatiente japonés. La pequeña cariátide lanza con indetenible reiteración la fija cantidad de luz que los danzantes necesitan. La de gran tamaño, en tiempo cíclico, dispara la nieve de luz, aumentando la visibilidad de las destrezas, arcos y movimientos de las figuras. Al aumentar tan poderosamente la cariátide mayor la proyección de la luz, hará aparecer por momentos a los movimientos como *spintrias* y peces ciegos rapidísimos.

El esturión con flaca tinta borrosa
 preparando los tapetes rajados de las consagraciones,
 comienza a balbucir en el culto maternal de las aguas.
 El sentarse, ya se interpone la mitad del otro cuerpo
 sobre las dos manos cruzadas, desconocido intermediario
 que trae el terror de la pintada tiara.
 La *hybris* destila su hinchazón,
 donde es imposible la incrustación del cordaje caricioso.
 El rabo de un lejano animalejo,
 el trabalenguas zampallo proclama y enamora en la zampoña,
 aunque vuelva sobre su cuello con el disimulo de los cisnes
 no es el cordón umbilical que vuelve sobre la torre
 de Damasco y que preludia las lisonjeras danaides en cucullas.
 ¿Lo híbrido sigue el rastro del mijo o de la centifolia?
 ¿Su costumbre, perro estacionado en propio aro,
 requiere las dinastías dormidas o los desafíos
 de las cenizas sobre la caparazón de la tortuga?
 Raspar es el signo del pincho encandilado
 y sus decisivas exigencias de bozal pedigüeño,
 y de pronto la ceniza se hincha en la pechuga
 gastada, y restriega el nacimiento de los párpados
 de colores, y el misional, egipcio insecto.
 La hilacha de la mujer persiste en la hidrópica ceniza,
 y ahora la mujer reemplaza a la hinchazón de las patas
 cruzadas del antílope con sucio lácteo matronal.
 El cultivo del mijo y el cómputo por seis van entrando
 en el nido de bambú que huye del río y las sumergidas
 lunas reapareciendo en las escaleras de las chimeneas,
 cuando el humillo de la ternera escribe en el semisueño
 de los coperos dictando.
 Los extensos lentiscos de la mano izquierda avizoran
 el mijo que golpea en tamborcillos de seis timbres,
 y las repeticiones de las seis voces rodeando el círculo
 húmedo donde la vaca conversa con la espalda del obispo.
 También romper la tierra tiene la escritura del sueño,
 los acercamientos a las crecidas aclaradas por las rotaciones
 del seis, y cuando la mano izquierda entresaca
 del mijo las seis cápsulas del vino y del aceite,
 se endurecen en el sortilegio del ojo salado del buey.

La anchurosa memoria alcanzadas por las tablas de la casa,
y las analogías del mijo culebreando la hililla de oro,
necesitan las espesuras memorialistas del seis,
las seis veces que la boquilla del timbre convoca
para saltar anudados en los animalejos sentados en la sangre.
La fidelidad del cultivo del mijo no impide el terror de las estaciones,
la rueda al multiplicarse se rompe en un punto encandilado,
lentamente se endurece como las piedras con las inscripciones
de los altos sombreros de prelados y de cautivos remadores.
Los sacerdotes inauguran sus metales como si las estaciones
siguieran la ley de su excepción y no sus murmuraciones sucesivas.
La mano derecha estruja la centifolia y fija el cómputo por cinco,
aquella mano repasa las flores del desierto regadas con arenas.
La caballería entrando en Damasco se deja penetrar por las mil hojas,
en ese gesto llegó el halcón y cayó el guante,
así se fueron endureciendo y comenzaron a martillarlos.
El cómputo por cinco amiga la distancia del jinete y la estrella fría,
siente la apagada distancia entre la testa y el brazo,
allí antes crecía el árbol de la conjugación del Eros,
el jinete pasaba por la sombra del árbol y se dividía;
del brazo a las caderas tenía la otra enigmática planicie,
pero allí vuelve la estrella fría de la distancia sin lenguaje,
y las caricias son de poro a poro, de poro a estrella, enloquecidas.

El frío tigre desliza en las esquinas de la pizarra
 la oscura marcha hacia el arenoso río espesando,
 o la reverencia de la hoguera transparentando los cuernos del antílope;
 las tachuelas de diamante preguntando por el encerado,
 errantes animalejos de artificio que respiran y separan.
 El artificio natural se trueca en objeto y toca para despedirse,
 gana allí el retroceso y gana también la presa.
 Primero en el despertar marino del silogismo del cuerpo,
 sus conclusiones se cierran con la médula arborescente,
 y su nobleza se ofrece ante el fuego y su seco
 o ante los torrenciales jugos ácueos que lo hinchán.
 Pero ese ser que le acompaña ¿es su seco o su henchimiento?
 Anota sus respuestas, no en la máscara, sino en el calendario del reverso,
 y su sombra es la de la máscara, no el sueño en el cuerpo espesando.
 Las decantaciones súbitas del cuerpo, las lentísimas
 fugas del gozo ¿destilan el brazalete de serpientes?
 Existir no es así una posesión sino algo que nos posee,
 y mientras penetramos, es la invisible suspensión, nuestro ejercitado enemigo
 nos penetra y nos mustia el anillo secularmente reclinado en el estanque.
 Pues esa desventurada claridad reclama un existir que no sea penetrado
 y así sentimos que sus podridas pestañas se astillen en reflejos venatorios.
 Luego se comienza por el luego y la derivación, la criatura
 se reconoce en la distancia cuando la distancia se nombra
 en la suprema esencia y la suprema forma, pero a nosotros
 sólo se nos hace visible la caída y la originalidad por la sombra y la caída.
 Los ojos no reconociendo las jarras separadas por el sueño,
 sino flotando en la médula del tiempo, izan
 al cazador tronchado; luego acompañado de un indomeñable
 fósil carbonario; y la derivación, eco de una preñez
 del agua hinchada, o criatura, aceptando en su visible
 el ocaso retornado, cortantes pájaros batiendo la distancia
 de las jarras, cuerpo que en la derivación se entrega al baile.
 Ser primero en el uno indual y luego reconociendo el cuerpo deslizado
 que se detiene frente a él, desaparece.
 Las numéricas claves del perfume logran su relieve
 hacia la otra esencia sin deseos de su forma,
 forma detenida, como el caballo en el último recodo,
 y hecha al Giorgione que detiene y ofrece su violín.
 La esencia sustancial y la forma esencial abandonan

la sorpresa de su escala y tocan la suspensión del contrapunto.
En ese tejido el cuerpo es el volatinero de su esencia
y se adormece en cuchillas en el rajado tímpano, su piel.
La bendición del perfume consagra al poliedro en su bisagra,
y la visible absurdidad se remansa cuando los pasos penetran
por la piel y se hinchán en los arrogantes paseos playeros,
o se ríen de nuevo cuando suenan sopladitos por la puerta de algodón.

El germen desde la cresta del alba, entre las aturdidas
 risitas del instante y la discutidora, escarchada francachela
 del ancestro, comienza como los pájaros de largas patas,
 semejantes al bambú que recibe los gritos de los flamencos
 y crece monocorde peinado por la brisa de Deucalión.
 En cuanto el germen se escurre lánguido hacia el ajeno protoplasma,
 ya siente la presagiosa nube del tanatos vorazmente inalterable,
 depositando sus huevos sin lograr taparlos con la arenilla
 del reloj, pues ya el instante ha comenzado a ser hinchado
 y visible y su concurrencia se percibe como en las crónicas.
 En esa voracidad que toca al germen y lo anega, suspendiéndolo,
 ¿o acaso el germen es el éxtasis de la propia suspensión?
 Se presupone una hidrópica, monstruosa prolongación
 de una sustancia que reclama al extenderse la penetración,
 como una hoja absorta para ser penetrada por los coloides de la brisa,
 pues esa voracidad necesita de un ancestro que pregunta;
 del existir en el anegado renuente, de un voraz ancestro
 que está en su propio protoplasma y vuelve siempre adormecido
 al protón y las siete ruedas somníferas.
 La suspensión, la anudada línea de la segunda polongación, la oscura
 penetración, la incestuosa voracidad, cierran el germen.
 El verbo en el germen enarca la cara del viento,
 aún no podemos aprisionar la sucesión de sus señas,
 ni los signos del trenzado de los hilos del gusano azul.
 Sólo la voracidad del germen se incluye en la identidad
 de la sustancia y golpea los perros del trineo.
 Pero el germen pulula, se recuesta como la madrépora
 y se encadena en el centro a la contracción de su gota.
 El germen recibe el lanzazo vertical del verbo,
 pues el verbo había descendido sobre las emigraciones y sobre los palacios
 sumergidos, revisando la cara de los nombres encontrados.
 El germen espera su ruptura y no el hilado tegumento
 sustantivo, el contrapunto de su espera recibe arañas
 tras arañas y al fin el laberinto se adormece.
 El germen tras la ruptura repele la sustancia,
 que viene para definir la piel y su tenaz frente al vacío,
 o la somnolienta esfera guardada por la misma cantidad de espuma.
 El verbo sobre el germen se aclara en la sustancia,
 que no sólo recobra la unidad del centro con la piel,

sino lo igual que vuelve a la humareda de los troncos navegando.
Después que el verbo y la sustancia traspasaron el germen,
el sentido se alzó a la estatua penetrando por la mirada,
y convocando a las irradiaciones saltantes de los sábados,
y su donoso cerco de gatos oval ando la ventana lugarteniente,
sutilmente derivada, criatura adormecida y empujada.
En aquella voracidad del germen hay la vuelta al ancestro,
como el ser se anega en el ser absoluto y la potencia
se destruye en el océano de ese absoluto domeñado, perro
que comenzó por rendirse en la fabricada oscuridad
y sus ladridos devorados por el humo placentario.
El germen metamorfoseado en el acto puede participar,
se libera de su hambre que lo rendía a la doctrina del padre.
Así el espíritu que no puede operar sobre el germen,
que vuelve siempre a la destruida niebla de su centro
y se decae en el espejo vuelto hacia la entraña aporética,
sino que al apoyarse en la fila de álamos y la envoltura
reconciliada del bosque, en el acto de penetrarlo por el sueño,
encuentra el acto de participar en la piscina.
El germen se consumía en la planicie del ser absoluto,
pero el acto necesita de esa cobardía que es también una medida de las criaturas,
y que reemplaza el océano infinitamente mordido
por la piscina, que tiene también su escandaloso reto,
permanece cerca de nosotros y nos sonríe como un pez,
y se burla en la grosera inutilidad de su cercanía.

El hilo de Ariadna no destrenza el sentido,
 sino la sobreabundancia lanzada a la otra orilla carnal.
 El dado mientras gira cobra el círculo,
 pero el bandazo es el que le saca la lengua en el espejo.
 Sabemos el acrecentamiento de la estatua en la concavidad de la mano,
 aclarada cuando muchas manos oyéndose,
 la van reavivando al bailar en otra playa.
 Abundar como dormir no chorrea el sentido del cuadrado,
 pero sobreabundar es como cuando el durmiente,
 descendiendo en grabado de ausente y extensión plomiza,
 se encuentra que la luna ha llegado también al fondo del infierno.
 El aliento traza el contorno de la llama,
 si el ardor tropieza con el viento la caballera se desconoce
 en su extensión sin jinetes; si la llama se va esponjando
 por el árbol de la respiración, tropieza con los confines
 del propio cuerpo y allí se seca en las arenas.
 Las raicillas del helecho vuelven al padre, el centro contraído repite
 las oscuras necedades del lago donde cayó;
 las primeras potencias reproductoras del cobre
 en los pasos limosos de las crecidas, las estaciones
 entierran las carnosas lunas que vienen para densar
 el arco, y el espejo va secando el germen
 para el acto: el hombre escinde su cuerpo del insecto
 parásito que vuelve para cegarlo, el antílope volador
 (*volatus discantus*) empieza a recelar en el girovago plano cubista
 de sus espaldas, en donde pace o enloquece, se desprende
 como cometa que va formando sus aceitados anillos
 por las piernas del cazador o del caricioso hombre pez.
 El reseco tegumento, columnata piriforme o elefantina paradisi,
 araña el cucurucho de nieve de la matriz en tubillos de cristal,
 pero aún el otro insecto no ha penetrado la pajuza pelirroja
 de los helechos, sus ojos poliédricos no han roto
 el cucurucho medieval de las escarchas.
 Entre el légamo inmemorial y el acto el hombre pez,
 se lanza en la segunda muerte al remolino,
 su cabellera ondula la escribanía de la vegetación polar,
 voltea enloquecido en las mareas, desea morir.
 La imagen puede alzarse contra las frondas
 y contra la muerte, se reduce al soplo volador,

que después va saliendo por la corteza arbórea,
como un guerrero que golpea su propia armadura
y queda preso del ligamento de las dos vibraciones.
Una vibración se desconoce, y la otra...
La aprehensión análoga es el único ojo de la imagen
y el acto sobre el azogado ombligo nos rinde el cuerpo irradiante.

El apresamiento del objeto envuelve su nevada cornamenta
 en el otro brazo que golpea la loanza neptuniana,
 y lo que secuestra el objeto en la irisación de sus bromas destempladas,
 es el cínife que rompió el memorial de la mirada en la boca de la jarra.
 Los ondulantes ceremoniales del áspid trepando por el pecho del vaciado,
 van desacordando hilacha por escama, gruñidos del barro
 recogidos por la lanza en el turbante guneflexo de la remera aguadora.
 La primera sustitución del escudo de Aquiles por la copa sin vino,
 no obtuvo en su disfraz el objeto en su tegumento selenita,
 las hilachas y los remolinos se adormecían al tropezar
 lentamente con la corteza del adolescente dios arbóreo
 y la semilla en la boca de los muertos enguinaldó su estornudo.
 El chocarrero choque de las nubes aventaría los recuerdos,
 engrudo nemónico desaparecido al rastro del ratón
 y recibido en la camerata de Nu el Canciller y sus doce durmientes,
 cambiando la empuñadura de la serpiente por sus bisbiseos
 en las salas hipóstilas donde los irisados simios descifradores
 trepan la estalactita que comunica la bañera de la reina
 con los disfraces manga valona en la sala de armas.
 La librea repulgente de nuestros citaredos simios escanciadores,
 sabe ya también que el doble ondula en el bigote
 fosfórico del gato y que el *miau* trenza su cadeneta
 en el *cómo* del aliento comunicado.
 En la escritura de la aguada sobre la seda
 desenrollada a lo largo del río con las hojas
 estampadas por el gallo embadurnado,
 el ideograma del bambú tiene la obligada compañía
 del tigre, escarbador del espacio elástico,
 y los emblemas emigrantes del pino
 se ladean para perseguir los escasos trazos de la cigüeña japonesa.
 Así la escritura borra el análogo que necesita la visión
 y el *puesto ahí* fatalmente es el innumerable rechazador.
 La fisura en la piedra, obturada por el espíritu de las lluvias
 –dejada por el gajo de pino en su feudal imaginación
 o por el araño del ligero recelo guarnecido–;
 la mano inquiere el armonio de inapreciable pequeñez
 y el vuelco de sus ojos y sanes,
 cae como la cascada que el esturión desaloja
 para enterrarse en el movimiento.

Las evaporaciones de la médula somnífera
le han revelado que un solo ideograma
significa *pelambre, pellejo, piel, despejar y desollar*,
que al lado de un bambú no se puede pintar una golondrina.
Pero ahora el trotón permanece cerca de la nocturna
sin que la tensura del cuero lo detenga,
la brevedad de su mano ha recorrido la extensa suntuosidad
de los correajes, con la sobresaltada decisión de un fragmentario
desfile para firmar en el concilio,
y penetra de nuevo en la casa del desierto,
tan injustificado como para Job la lluvia donde no hay poro vegetal.
Pero él sabe que tiene que llegar hasta allí y que el cenital
de la casa se alcanzará en su vaciedad
con lunas bajamar.
El primer desierto es el del rasguño en la piedra,
se toca así la primera risueña absurdidad.
Sabemos que seca la saliva con los cuatro imanes cardinales
y la serpiente sumergida,
la puerta soplada hacia afuera y la fulminante
crecida de los clavos por el paredón,
tienen el ceremonial de la capa que allí se cuelga
y el bulto traído por el viento que le presta sus piernas.
Está en la séptima luna de las mareas
y le penetran los ejércitos
y se deshace penetrándonos.
No le arredra acariciar la suntuosa pesadumbre
del primer signo del cadmeo,
que significa buey.
Ni los exquisitos movimientos egipcios del rostro del gato
en el mismo signo del reverso de la mano.
Se ha burlado majestuosamente de las varillas cayendo como granos de arroz
y del soplo de la puerta coronada, abierta hacia afuera,
soplada en lentísimos cuclillos,
pues la brevedad de su mano le basta para medir
incesantemente la distancia de la puerta hasta el símbolo.
El extender los brazos a manera de ese árbol,
o al saltar la mandrágora para embadurnarse
en el violado de la torrecilla de aquel fuego,
pero ahora estamos inclinados en la copista servidumbre
de las sombras regidas por el látigo de Proserpina.
El primer gemido en busca de la nocturna maternal,
la tiorba de la siria gemebunda nos separa de la noche,
colocada entre las desdeñosas espaldas del dios arbóreo

y la garduña centinela embadurnada.
Al dormirse la matria blandamente,
ya sin caparazón de cóncavo y rocío que rodee
a las grosellas y al vergonzante corporal danzando
entre las desatadas risas tropezonas;
no como aquel infame, sanguinario horóscopo de Viena,
monstruo boca formica, que lame y devora los ahogados
del pequeño mar, patas arriba bien peinado,
habla de rasurada pierna bailarina en el trompo androginal.
Como aquel que disfrazado de águila bisexual, donoso Júpiter de embozos,
robó de Ganimedes las fluctuantes iras,
y que ahora olvida la maternal cascada en la calleja
enterrada por el joveneto en las mortuorias copas.
Pero Júpiter, diestro natural, no mirón de los oficios,
lo veía en desenvuelto laberinto pisar el escorpión
de los horreosos mantos y las aisladas agudezas yertas
de entrelazado copetín.
Las excepcionales flautas apolíneas,
soplaban las bromas imantadas de Céfiro y Jacinto,
y el coralino tejo separa la borrachona luz, gustada
a sorbos apolíneos, y los cuantiosos paseos copetados,
reclamados por la bisexual reidora, reconocida por el ceño,
disfrazada de águila, guardián en Ganimedes de tropezados mantos
y copas cerrando la violada cascada maternal.
La marcha de la metáfora restituye
el ciempiés a la urdimbre, el vuelco del Eros
relacionable logra las tersas equivalencias siderales
y las coordenadas donde las palabras se hunden en las semejanzas,
allí el espejo ptolomeico está reemplazado por el agua untada
con la tenebrosa cornamenta del reno.
Así el alertado antílope penetra en el espejo
y la escarcha de papel o nieve iguala la sangría del espejo astillado.
Al dormirse la matria blandamente,
surge priápico y tumultuoso el Eros relacionable,
poniendo en el lugar de este árbol aquella hoguera.
La urdimbre es la piscina de la metáfora,
nos regala el conocimiento sin asombro, alguien aguardaba.
La metáfora nos obliga a creer en la primera existencia
del pétalo del jacinto, antes que el tejo coralino de Céfiro
descendiese al Hades con el gracioso Jacinto,
y levantara el plañido de las excepcionales flautas apolíneas.

La materia contrayéndose a su potencia,
o la potencia pellizcando la cornisa marina con nidos
alciónicos, no ofrecen la medida de nuestra respiración;
si ponemos la mano en el ancla de ese ritmo,
desciende a la fauna del reverso, el ojo de la tortuga.
La materia no mira que ella pueda despertar
el escudo, la estatua restregada con el cactus.
La potencia actuando sobre el *posibiliter* desazona,
en el griego la perspectiva de lo posible hizo del cuerpo
la potencia y la materia, y el cuerpo lanzó
su jabalina al dios arbóreo, no a los arrastrados senos mulares.
Aquí el acto no es saltar de la boca de la malhumorada ballena,
ni sentir el novedoso oscurecimiento de los manglares
por las inoportunas visitas lunares,
sino el arco del desconocido acto deja acariciar la pelusilla
de su forma eficiente en el placer de la crecida de los hongos,
hasta adquirir la nevada perspectiva de su indistinción.
El placer del relumbre frotado del tigre cuando acampa
en el círculo del ramaje retado con una varilla de ámbar.
El placer comienza cuando el campo de la visión toca
y se ciega y se extingue en la coincidencia del contorno y el éxtasis.
Pero el hombre puede crear la eficiencia de su cuerpo,
la perspectiva arbórea al reemplazar el movimiento
por las divinizadas potestades del desarrollo cernido.
La errancia del hombre le permite crear su error,
la mentida perfección temporal, los interrogados sauces
interrogando en el lagunato y lo corpóreo aparential
se suma el placer como un arco romano,
no como el acto sobre la forma sino como un salutífero y reidor
fantasma sobre el puente.
La mentira de la clavícula donde nació el árbol,
y las danzas prohibidas donde la caída nocturna
fue el comienzo de otras danzas y no la exploración entrañable.
El techo del horno nocturno de la ballena,
manchado por baba de profecía,
fue abandonado por los tres garzones que prefirieron el fuego
de las cámaras subterráneas del palacio Sargón,
a la forma burlesca adquirida por el acto por debajo del mar,
donde el burlado cuerpo de la mujer se aleja por la oblicuidad del oleaje

y sólo la sombra extensiva del placer fue alcanzada por el andrógino esturión.
El falo fue tan sólo entonces la forma de cumplimentar la ocupación,
no el puente de violín entre la ballena y las guijas lastimeras.
El jovial tañedor de flautas prefería la ocupación del peregrino
y no la posesión de la doncella que encendía el farol
del himeneo en la playa del joven escita acariciando su corcel.
El desmadejado escita nutrido por la sombra del plátano mordido por la cigarra,
y no por los císisos de la llanura donde el Sileno escudó
el rostro somnoliento pintado de mujer.
Entre el bambú confidente y la grulla suspendida
en el tercer círculo de la uña del escriba,
el instrumento desertor, el cuerpo abandonado por la materia,
sin su posible de potencia, en la arenisca donde lo homogéneo
se subdividió en la voz del desfiladero tocando a retirada.
El germen gime en las propias escalas de su tanatos y la piscina
donde el acto en sueña tornear el placer de las danzas apagadas,
para que el murmullo no pueda rendir las diferenciaciones corporales,
las momentáneas burlas a las máscaras del descenso plomado,
allí donde la sopa de plomo tapó el agujero del murmullo.
Pero a veces los danzados abrepuños de la rueda del carnero negro,
no persiguen la ceja transversal del balde con primigenia agua
lunar descendida a la tercia germinación, conjura del clásico idus.
Pero rehusar la semilla al húmedo de tierra cascada, cuando la ruptura
del pecado original rechaza la escenografía del naipe regalado,
o el árbol se ahorcó en el milenario correaje del corcel,
es rechazar la enemistad del otro cuerpo que deposita los huevos
debajo de la piedra con inscripciones arponadas por la cíclica estación.
Al helado silbo que en el ramaje se retorna,
responde la ceremoniosa sorpresa de las copas
acrecidas por el aliento hasta aumentar el origen sustitutivo.
La muerte confundida apuntala los bastos de su presuntuosa
y temblona monarquía, cuando no traspasamos hacia otro cuerpo,
que ofrece las escasas nuevas sediciones, los escandalosos
cortejos de los que marchan no de la ballena al despertar arbóreo,
sino amarrados a las aterradoras metamorfosis del jabato,
no rompen el círculo de la danza.

Burlado al son del reconocimiento al llevarse la luz
penetrando en su cuerpo. Aquí la luz se divierte
al hundirse en el cóncavo en donde el cántaro
vacío el moviente influjo del infierno lunar.
Los lánguidos corpúsculos del éxtasis apoyados
en la corva, sombría cornamenta del remolino,
rasgando en plumas lo que bostezó en tironeados espejos.
Las astillas de los tiernos salmones almendrados,
raspan por el timbre de los curvados brazos
los lastimeros habladores licuando los adriáticos velámenes
adustos. Y las enanas palmeras eruditas buscan el curvado huso
para hundirlo en el madreporario hociquillo voluptuoso.
Al par que avanza el dañado cuerpo, las caudales
remeras engendran las dinastías perdidas, los dilapidados consejeros
Los enredos del múrice cortejan la mirada que busca
en el talón de susurradas sirtes vencedor,
donde el cuerpo traza su voltereta en el teorema
de la sombra del dátil: con dóricas uñas acaricia
la escollera, el mercader furiosamente dobla en su flauta.
El cuerpo sueña su posible surgimiento del algo
lecho, que lo mantiene degollado adormecido.
El sueño en el cuerpo era una espina de agua que lo ocupa,
tocado en un punto se adormece en la extensión de la flauta.
Mientras avanza en aquel mar con troyanos borrosos hipocampos,
discutiendo en los ondulantes campamentos si el que conjura
o el que levanta el canto puede favorecer el soplo oblicuo
de la ronda, curvándose venturosamente al situar la raíz del cabello
en la dócil planta del pie, tocando en los grabados
dejados por los nidos que presagiaban la extensión de sus pisadas.
El despertar del cuerpo en las exclamaciones orilleras,
redoblando en el petrificado aullido de muerte
de la hoguera, extiende en las blancas pestañas arenosas,
la respuesta tejida de números y de brazos,
siguiendo las tergiversaciones astutas del fuego contra el viento.
Recorría su cuerpo en la conversación con los salmones
y ahora lo comprueba al soplar la alabanza,
que recorre las estalactitas del fuego para el éxtasis.
¿Y si el cuerpo como un bulto se perdiese en el orgullo
reposado de su devenir? ¿Y si sólo oyese

sus lamentos al perderse en la cabaña musgosa,
de baritones tablones, laberintos de dorados hurones milenarios?
La luz que lo recorrerá preguntándole,
lo hace oscurecerse para el ejercicio de despertar
en las ruedas de la luz comunicada, tenazmente indivisa.
La tosca penetración del hocico salmonete,
la flauta que entre las algas maldice la cabellera centellante
y el puñetazo caído en el susurro de las escamas que querían rozarnos,
cose la bolsa de nuestro cuerpo en la cuerda de la eternidad al hastío,
el hastío por el que las cosas se bruñen en su tiempo de reconocimiento.
La monodia de mosaicos otomanos, por la que el hastío de la criatura
pasa ululante y lastimero en su cínife de abullonada ceniza aguada,
cubren el cuerpo indistinto, ciego entre la aguja y la espina,
que toca un coral para perderse en el susurro,
que pregunta por el arroz para sentir el ciempiés,
dédalo absorto por el tenaz laberinto de sus espaldas.
Su cuerpo no se abandona al caricioso vaho,
que entre las algas regala voluptuosamente la vaca marina,
prolongando el temblor de su hociquillo bramando de celo;
ni desaparece en el acordeón de las brumas al hundirse
en el reflejo del *cantabile* que entona su esplendor.
Su cuerpo ahora no se redondea en los invisibles cántaros
de las nubes, sino se transparenta en la luz melodiosa,
y la contemplación como un absorto en torno al órgano,
donde la naturaleza gozosa está reemplazada por las prodigiosas
llaves, rompiendo la otra bolsa placentaria
que lo haría subordinado quejoso,
lastimero fragmento huido a la flauta.

El hilado se extiende como las preguntas del tapiz,
 cuando aprovecha las aplacadas estrellas en las mamas
 del porquerizo, rendido el plenilunio donde no puede penetrar.
 Estalla sus estrellas en el polvo reptil el cerdo
 gruñón tardío rechazado al manto del ceremonial.
 La vara del porquerizo no prohíja escamas ojasas,
 serpientes caducas, ni se entierra en las arenas
 como el falo charlatán que se anuncia en las puertas,
 o cae como las cadenas que rodean la ciudad de las puertas
 bajas, rastrillando las espaldas de los tejedores ebrios.
 la baba de la cabra saludando en las colinas
 dialoga con las contraídas carcajadas del falo subterráneo,
 su miel redondea las brumas absortas sin redondel,
 su saliva rima con la eternidad del pedernal.
 frotándose entre el cántaro y la pecadora caída de las aguas.
 El saltimbanqui que toca con un dedo el falo alcanzado
 por el tamaño de todo su cuerpo, pequeña sombra corporal
 a los pies de la columna conmemorativa del implacable
 círculo, volviendo a la matria lunar y el ocio de Lysis.
 La cabra endulza el oblicuo frío creador
 de la luna androginal, rasgando la circuncisión la impropiedad
 de los términos necesarios con que el árbol se ata a su comienzo.
 Antes de entrar la comitiva del estío en la ciudad,
 humedecidas las pizarras por la resurrección de las aguas,
 los tejedores han enredado su indolencia en las torrecillas de las flautas,
 saltando de los adormecidos sacerdotes el falo piróforo.
 Es una luz la que proviene, es una luz la que restalla
 la transparencia maternal desprendiendo a la paloma.
 En el fugato del cuerpo boquerón de deseos,
 cuando la corriente bruñe cada uno de los poros oscilantes,
 cerrándole la espesura riesgosa del párpado,
 la cabra, calva nieve preguntante a su aguijón,
 sabrosa sabiduría pues tendrá que retirarse en el desmayo,
 cuando el torete amurallado en su bastón quemadura,
 suelta la fosfórica lombriz a su gruñido,
 acorralada en el tatuaje boquilindo balbuceando.
 Deslenguada tensión antes de penetrar en el húmedo cucurucho,
 se repliega al recibir el lanzazo que lo enzeta abullonado,
 permisado para hablar bobalicón limoso diosecillo,

mordisqueada por los bordes la despreciada torre sonambúlica,
suelta su agua de coral albino nadando por hormigas
hambrientas, galerías del mazapán, nudillos del peine, asordinado,
y al final el toro lame el centro de la sombra en el bastión.
Viene la barquilla hasta la raya milenaria de gasterópodos y casaquines,
toldo con frutas del Giorgione,
agudizando la soplada pareja de faisanes,
el mismo aliento iguala la diversidad de sus juradas testas,
cuando la Dama de los Helechos y el Príncipe Insecto,
borrando con placentaria agua legañosa,
despiertan sus caricias platerescas en el pan de la masa
y la energía. El aguijón del insecto 'hundiéndose en los estambres,
conjugando al vegetal con los nudillos áureos del ciervo volador.
Es el aguijón del porquerizo, hincando las aplastadas estrellas
del porcino roncoso en bombardas fiorituras tragicómicas,
cubriendo como grasosa manta las hogueras de los ríspidos
escalones de la áspera lavanda. Sucio, futuro reconocimiento
de las empotradas ondas del neurótico perfume sobreaviso.
Los masajistas de improvisadas tersuras en el Ganges,
bruñen como pedernales de rotación etrusca,
el falo luciérnaga en el pelo lacio de la monodia paranirvana.
El *lingam* con su mascarón ornado de cuchillas japonesas,
penetra en las campanillas de la vagina pluviosa;
las espinas del esturión atraviesan el indiviso tegumento
y los gatos faraónicos chillan en las hipóstilas vaginales.
La humoresca extensión porcina busca cubrir con sus estelares
tetillas las fibrinas donde asoman sus pestañas las arenas
placentarias y Tetis, matrona de adolescentes semidioses;
allí la mandrágora ojizarca dilata el cristal de cada grano,
y la tierra despereza, decapita el tentáculo del ciego,
la gomosa respiración subterránea une el velamen de la semilla
con el perro tironeado por la raicilla y la dilatación por el tridente
del toro conversador y enmascarado por tirsos y gimnásticas jabalinas.
Después de haber quemado las anémonas del río, el falo carcajada
vacila al penetrar en la ciudad reducida a muñeco gigantoma,
o a vagar como luciferino insecto desprendido del hacecillo,
donde la prolongada cabellera navega por el arenal fosfórico,
allí se recuesta un dios hastiado de la inútil conversación
de Júpiter pluvioso y Juno reidora de los amargos desterrados,
mientras la calva nieve de la cabra se dora en luz derivada
y tauro muge corpulenta extensión para el secuestro,
la balandronada del falo bosteza la expansión de la vida,
al penetrar en la sala hiperbórea para las ondas de Anfión,

cuando la raíz ovillada con la mandrágora hiela
el bastón con serpientes congeladas y centellitas del Júpiter cosechero.

Despréndense de nuestro cuerpo las evaporaciones que tiran del manto,
 que sacan el pico unitivo de las mantas y las nubes,
 y recogen el entrante de la arcilla cuando curvaba sus brazos
 para ser remontada por el aliento musgoso en su boca
 elaborada por el frontis musical de las aguas.
 La penetración de las letras terrenales,
 prolongándose en el origen maternal de las aguas,
 procuran el esbelto cuerpo no tocado, hundido en su derivación,
 pues todo cuerpo se trueca en alcancía abierta en los dentros
 por los hurones, como los hurones resguardan los fortines sureños.
 De pronto las evaporaciones se condensan y el demonio
 traza sus capirotas en el cuarzo, llagada boca recompuesta,
 cada bastión roto quiere llegar a las murmuraciones de su agonía.
 El fantoche, sonoro calabacín con sus ojillos, remonta al empíreo,
 la levitación anemónica se alza sobre la infernal gravedad;
 el desprendimiento, impurificado carnal con el instante,
 adquiere el conversacional del pájaro con la brisa entrañada,
 la hiedra interpreta el bailable del carnal sombroso a su higuera,
 y el tejado minúsculo chorrea sobre el verboso absoluto esferoidal.
 Si tengo que poseer la oreja de la liebre para la vergüenza del instante
 y a veces dormimos mientras nuestra aventura se estremece,
 la embriaguez y su irregular condensación de las nubes,
 gimen el rendimiento temporal de la invasión musicada,
 el tropel de las ondas intenta apoderarse de la nariz
 en la gruta rota por el grotesco amanecer de un dios.
 La flauta en su entrecruzamiento de fibrosa hoguera resistente
 y oscura levedad en las satánicas rupturas temporales,
 va creciendo su marea para su sargazo indiferente
 –cariacotecido cocuyo áspero por los pliegues de la carpa–,
 así comienza a reclamar el crujimiento de las nocturnas cantidades,
 de aquella masa agujereada por los ojos del quebrantahuesos.
 Alcanza la embriaguez la extensión sumergida somnolienta,
 la templada división a su interrogación en proporciones cabeceantes,
 cuando la cola de sirena en la mitad de su nocturna
 se encuentra con la tachonada espalda en Casiopea.
 El sueño gusta de quitarse la capa con un ancla,
 de dejar la conchilla en el mismo escalón de la marea,
 de rodear con las mecidas hojas musicales,
 las testas ladeadas por sumergidos sombreros de cuarzo,

cuando la música se obstina en ocupar la misma extensión
somniafera, mientras las repetidas figuras decapitadas
se alejan de sus soportes de acantos y cabañas,
donde el pastor sopla reproduciendo las cambiantes sirtes de la brisa.
La rechazada ocupación de la música
despierta el conocimiento lejanía, la llave en el signo de nuestras manos
coincide con la puerta voluptuosa abriéndose soplada hacia afuera.
Nido de bambú donde se escama el esturión olvidado.
La mano apoyada en la repisa coincide con el lomo
del monstruo recordado, un fruncimiento en las arenas
y allí queda un ojo marino de claveteado párpado.
Las manos acarician las arenas y con un derivado desdén
cierran la visión marina en la arena quemada por el vino.
La embriaguez oscura de trenzadas botas obturantes,
donde el ensueño fragmentó los corales orilleros
y los exquisitos números corporales rompieron sus claves de apoyatura
ante las seducidas progresiones de la música,
se anegaron en la energía de su propio orgullo sin océano final.
Entonces la teja comenzó a desatar los furiosos lamparones carnales,
cada buey hinchado era grabadas iniciales en las aspas del molino.
El hombre tropezaba con el guerrero caracol de las esencias.
Aquí la embriaguez era evidente como la lanza cuando comprueba
el vino yagua justos.
La revelación levemente incendiaba las angostas proporciones
y el cuerpo alzaba su transparencia sin leer en el tapiz como los ángeles.
Diversamente concentrada hoguera
unía la diamantina embriaguez de la criatura revelada
con el conocimiento del libro, rotos los sellos,
donde cada cuerpo que nos ciñe forma el remolino medusario
del unificado dios mutilado por la lejanía.

Hundido, don armado, sin regreso,
el aire agrietado por el alfiler lluvioso;
de pronto, el acordeón decidió la enormidad
de un hechizo. Recorríamos las esquinas
para lucir la sombrilla, la amistosa tregua
y obligar a la proclamación de la docilidad de la lluvia.
Recorríamos, pero una bocanada nos hundió
en la sombra que pulsa el ordenamiento del acordeón.
A pesar de la estruendosa separación levantada por el sonido,
recordamos que allí no había los pasteles
de donde veníamos, ni la guayaba caliente
tenía el mismo aroma que nos penetraba
al arribar la mañana al descubrimiento del canario.
La lluvia se aglomeraba, rompiendo sus caras momentáneas,
y luego el acordeón paseaba los sorbetes de piña,
regalando pañuelos en escalerillas chillonas.
El pregón del azar era estirado por el sonido.
Como ladrillos de los hornos babilónicos, cada cuadrado
formado como una pechuga de faisán para lo temporal.
Un rótulo agrandado separaba el otro salón
de los oleajes bailados por la murga de níquel
voluptuoso. Cada mosca a su espuma conceptuosa.
Enviábamos el murciélago pinareño que se parece
a Don Juan de Austria; los mugidos del búfalo
tibetano que le regalan un escalofrío escarlata,
con pliegues de acordeón; el jardín chino
introduciéndose en la casa de la playa del comisionista
vienés, que, en la medianoche, logra encender
un Rey del mundo, con un fósforo mojado.
Los perros daneses de las pesadillas,
en el rótulo indeciso, pero de llamas,
que separaba el salón del acordeón y la esteparia
barbería vacía, donde estaba la pequeña
broma de Alaska, la provocación silenciosa
que enviaba la muerte afianzada detrás de la música,
el tiempo sin la mordida del compás de nuestra suspensión.

El agua era una afable señora, una esperada también.
Hablábamos del saber hecho instinto como en el canario,

y como así se puede sentir la estrella
del misterio del parimiento y cuando nos despedimos
despidiéndonos del pañuelo.
En el otro salón, el cuaderno donde se establecía
el timbre de cada fruta fría; los sorbetes
donde hundíamos nuestros brazos como en una manga
que no es la nuestra, pero al final acariciamos
la cabeza del gato que se retira, espantosamente cortés.
Llovía, acercamos más las banquetas hacia el centro de la mesa,
donde nuestros pelillos eran leídos como la flor de la escarcha.
Pero estábamos los tres aún en el primer salón,
la vitrola desfundaba un *boogie* lento como el colorete
de la ceniza, y la cintura ladraba
en la persecución de sus resinas indostánicas.
Cuando el danzón encendió las lámparas,
la contadora aulló levemente, como un perro al despertar,
y el hombre de párpados lacrados y goteantes,
encendió un tabaco, desprendiendo avispa azul.
El niño virgen que se acercó con los palillos de la suerte,
acarició, sin tocar la, la sombrilla, trompo de la señora retenida.
El salón vacío movilizó sus cristales,
para apoderarse del aliento, no del infortunado signo,
pero todavía la palabra era de Dios y reía.
El niño virgen que se acercó con los palillos de la suerte,
que no querían tocarlos, y empezó a bailar con el perro.
El danzón curvaba sus capas arenosas
y lanzaba líneas como delfines llorosos.
Sabíamos que los pasos de la danza del niño
no transcurrían dentro del círculo,
pero sus labios resbalaban por el interior de la oreja del perro.
El perro descansaba recorriendo los dos círculos.
El billetero no regresa incomprensiblemente al Salón Alaska,
la música le lanzaba el reto gimiente,
pero adormecido esperaba el regreso del can,
misterioso como una constelación en las pascuas.

Pero nosotros sabemos que existen los dos salones.
Uno, para la música que se retira
y los paseos del perro con la oreja doblada.
En el otro las brusquedades del acordeón,
detienen la marcha de los ojos alrededor de las pestañas de la sombrilla.
La guayaba no existente cooperó a la *languueur* de las bujías de la contradanza,
entonces surgieron los pasteles pelirrojos y su aroma de violín.

Sin ninguna alteración, como quien acaricia la yerba,
conversamos acerca del Espíritu Santo del faisán,
que sólo se baña en los ríos paradisiacos cuando está en pareja;
del pisapapeles bovinal que busca la humedad del pozo
que no habla; de la sombra agujereada
por el girasol, vencedor de los aforismos de la calavera.
Teníamos también que hablar del indescifrable sueño de la gaviota.

Uno de los acordeonistas salió a comprobar
si ya había gelatinosamente escampado.
Su camisa lucía los signos de quien fue elaborado
para domar potros, pero tiene que deslizarse en el acordeón.
Comprobamos que cada mesa tenía un resorte
para llegar al techo, como la máscara
en una caja llena de etiquetas viajeras.
Mientras la lluvia contaba sus cabellos
y la sombrilla como un marisco buscaba la resaca lunar,
mirábamos el salón vacío, donde un polvo de cenefas
rodaba con las mortecinas tazas en un fregadero
hablador, que sumerge las interjecciones en la boca del diablo.
El humo desprendido por el acordeón
se espesaba como una muralla saltada por el perro
de la oreja doblada, por el jovial billetero de las cejas
de maíz, que parecía pulsar una voluminosa
viola en un tapiz medieval.

El lince inmóvil mostraba en su bigote dos carbunclos,
desconocía la distinción de sus amuletos,
pero el infierno diseñaba la pausa banal
detrás del otro salón, raspado por el perro.
El infierno es eso; las dos máquinas que se seguían,
intercambiando los faroles con la espina de los gatos.
El champán pinchado en la paila de la nuca,
que resguarda la puntada en la hornilla del desayuno.
El infierno es eso: los fragmentos del pescado,
con su coronilla de camarones; sílabas del bulbo
de la médula de la palma *gelée*; el espárrago
de la comedia de arte, métrica cremosa de flautines. :
El perro del billetero se pasea por los dos salones.
En el Salón Alaska, con una toalla enrollada
en el brazo izquierdo, para taparse de las estocadas
de los hilos. Se afeitara en el baño tibio.
Pero no, ya está frente al espejo y mientras

pasea por sus mejillas, el perro lo descifra
desde el primer salón. El infierno es eso:
los guantes, los epigramas, las espinas milenarias,
los bulbos de un oleaje que se retira,
las dos máquinas que se seguían, el *Orfeo* de Pergolesi,
los mozos recogiendo las migas ingeniosas en su fuga,
la puerta que se cierra como un *tutti* orquestal en el vacío,
mientras el japonés en *smoking* se inclina, ;
para recoger el clavel *frappé*, en el bostezo
de la cuarta dinastía de sus sandalias charoladas.

LAS HORAS REGLADAS

Toque blando en el sueño
y peluso, algo rechazo,
enarcó un pídano pedigüeño
en un raspado ocaso.

En un sin interpretación codazo,
saltó de los vapores el pequeño
homúnculo, hecha pedazos
la médula, volvía terco, zahareño.

El eco en el salto se adentraba
y en cada poro recordaba,
trasgo perdido en el castaño.

Pero la voz rajaba al hombrecito
y lo nadaba por lo escrito,
enmascarando el próximo peldaño.

Salta el pelo musicado
en la superficie brusca.
Tenue payaso redondeado
al pavorreal de Juno conduzca.

Roto el cordaje trisca
el humillo su techo clavado,
el oro merieval de la brisca
penetre en el infierno azogado.

Pregunten los reyes unitivos
la siria manada en relieve,
paréntesis de corno y traílla.

La liebre sacrifica a la nieve
sus recuerdos incisivos.
Brilla liebre — grito asirio —, brilla.

Gira el rostro y su tinta
va alanceando en la cursiva,
laberinto en la gota de cinta
si flautín en la mansión fruitiva.

Como cebra que borra su pinta,
lo igual con lo igual destila,
como homogéneos cisnes nos insta
anillar áureos ceros en fila.

Resguarda la firma el instante.
Argos pestaña el diamante
y las arañas se deshilan.

Pámpanos y armadas sin testa,
zumba el algodón su ballesta,
y al virrey incógnito embridan.

A fin de sumar alfileres
cabecea su corteza marina.
Irrumpe en el gusto ladina,
campanilla abdicada en donceles

hundidos al mostrar la extracción
selenita en su puño de gruta.
Traspaso gentil de la fruta,
golosina no de espuma a Glaucón.

Va entreabriendo arbórea en acecho,
y en opuesta memoria en cabrillas,
la función sudorosa del pecho

en su lámpara de ijares cosquillas.
En el gusto, sumando del doble,
divide de su plata el redoble.

Espuma de jabalí a su cuchillo,
piel de cabra tensa estira;
el papel, anchura de un hilillo,
por donde la muerte se retira.

Laminosas, oprimidas iniciales,
coloreadas con marrón de río.
Presagiosas las letras matinales,
testuz de reno frente al frío.

Resuelven las horas de paciencia
la brisa hilando el pergamino;
las siete gracias del camino

blanquean al papel su conciencia.
Eternidad adormecida en su rodaje,
acaricia la caridad hecha tatuaje.

Tuerce el agudo hierro aconsejado
por tantas flechas a su encierro,
el áureo ruiñeñor del número trazado
borra los palacios del destierro.

Sus oscilantes ojos en espina
saltan en piel gusanos leves,
la precisa escamosa ciega afina
talón presagio a sus carbunclos breves.

Aún más la combatida sangre penetra
por la roca grabada en la altura
de la garganta etrusca, diserta

fuga en compases sin apoyatura.
La sangre lamida por un perro mudo
sigue su historia como el humo.

Cúbrenos diligente, oh irreprimible,
la embozada absorción de tu vacío;
la semilla en la nieve y la punible
identidad en sí raspada, ídolo frío.

Vacío y aliento amagan en la piel.
La piel comprueba los pasos de la brisa
por la nada, allí fuera escanciado papel,
limón helado a cantidad de la sonrisa.

Entre dos conchas el vacío aprisionado,
cono descendente, estigio rabo del lebel,
entona la servidumbre del poro desatado

en las exigencias bruscas de la miel.
Las hogueras de Ítaca, oh pordiosero.
Oh encubridora, guardiana del cordero.

Su implorante mano no se hunde,
suspende sombrosa y nos anega.
La limosa oruga se difunde
en las ahumadas voces en refriega.

En el sueño la escuadra solicita,
escarba el oleaje o la cola mueve.
La ardilla saluda por la nieve,
en sumergidos pinares nos invita.

¿Qué hiere si se despide?
Ejército de truchas impide
al río en nombre del espejo.

En océano infernal va su desnudo,
arremolinado al pasar por el embudo
gime oculto y se astilla circunflejo.

Ya las interrupciones suscitando
o el continuo canoro solicita,
las pausas en el fruto dimanando
a las huecas cascadas nos invita.

Nube de cada poro presagiosa
la copa cubriendo lo mirado,
y en la deidad más perezosa
finge un agrupamiento ya tachado.

Tiznado chopo vertical se burla,
aspa alanceada malogrando el bulto,
cuando se lanza presuntuoso insulto

o se despeina en el rocío burda.
A mí el humo, bastón de tropa,
áureo hastío remando por la sopa.

Entre un violín que nos dice
y una desvelada tecla que convoca,
la alabanza en columna nos predice
la escala que más nos toca.

Fruto infernal que prodiga Eurídice,
mientras Orfeo entonando rota,
y la perseguida sombra nos desdice
el sueño que el descenso anota.

Gime y la más lejana cifra ondula
el compás del olor que suave esplende,
y ya el árbol gira cara en piedra.

Cuando penetra la mano de la yedra
en el árbol mayor, sauve desprende
el diapasón, como imán de nébula.

Aquí gravita entre la flor y el pan,
su ancla dócil de igual consentimiento.
Una es la brisa que bate su lamento
y uno es el redoble del cuello que gravitarán.

Pero el cuerpo se esparce suspendido,
cangrejo que reoja la navaja.
Roto el vinagre se esparce mal torcido,
resistiendo el lanzón de la navaja.

La panoplia renace por un ombligo,
el yeso suspira en el tesoro
del pie danzante que a la cabra sigue.

Tajos de la noche la cara del amigo.
Vuelven de nuevo a las fronteras de oro,
donde el silbato final sin tregua me persigue.

Como viene lo oscuro hacia lo verde
y la nieve acude al pico coloreado,
así la sangre en el paño prende,
y penetra al espíritu gentil del descarnado.

Como viene el árbol a su entrega,
dando la sombra a su reverso entera,
el cuerpo sentencioso ya se anega,
jurándose desleído en la noche verdadera.

El cuerpo que se adelanta a su quejido,
que más pregunta cuanto más se enreda,
y salta en la semilla que nos deja

creando el increado sin sentido,
se vuelve a la tenaz espalda de la seda,
con la sutil reverencia de la abeja.

Por donde se apoya la simpleza,
borrón moviente en hongo punteado,
hincan las hormigas su cabeza
en el lunar del palacio borrado.

Van visitando el agua por hilacha,
reconstruida en guija a su vacío,
cuando la nada bisela como un hacha
cada grito el humillo en caserío.

Salta desdibujo cornamenta en lazo,
nueva la piel no enfundó la oreja;
suspense oscuro brusco pedazo,

gimiendo el estiramiento la pelleja.
Mece la corza a vuelo en el trapecio,
farol su lengua hinchada en el silencio.

Monárquico vidrio, ámbito de copa,
una la estría en fiesta del otoño,
la desazón mosqueada la provoca
hueco el sonido preludio del retoño.

Aquí la flora, aquí el celeste viso
alcanzó en justicia su corona.
Aquí el faisán su infierno paraíso
calentó la astronomía de su doma.

Alada fruta, piramidal faisán,
tronos de vidrio en lengua calcinada,
tornan la flor insecto en su mejilla

oval, cascada personaje que no chilla;
serpiente amante de buey descompasada
finge colorete, tartajo o ramadán.

Desdobla, no el confín, flauta,
la onda en sus pies se retira;
araña al oído se mira,
clama silbar como nauta

la canción, sierpe en la pira,
rota al escalar su pauta,
exangüe número la lira,
peina el canario la cauta.

Conchas labian el vacío,
ramas, madreporas, brazos,
ruinas, tréboles escasos.

Prueba final de destreza:
cánones del desvarío,
la brisa en la llama ilesa.

Sin sarcófagos ni fuentes,
una joyosa nos anida;
malignidad de los tridentes,
fugacidad, la consentida.

Semilla aquiescente,
tropo gigante esclarecido,
Baco y Toro, escindido,
descorchado eternamente.

Grano de arena ¿para el pobre?
Ardilla la jaula un destello,
que sonrío en el plato de cobre;

pestaña al ángel el camello;
si el pavorreal atragantado eriza,
el erizo, ríspido tetarca, irisa.

Oh, granada, el acierto
termina en miel azulada.
Pestaña en su presto,
luz en velamen raspada.

Delfín al Mar Muerto,
suave gris escamado.
Estalla en ancla, tratado
en poniente a su espejo.

Gruñe un dios, la floresta
tropieza por la flauta.
Guiña estatua el reflejo,

malparada en su pauta.
Inútil hilado del tapiz,
escocesa mañana la perdiz.

Sumerge la onda el rescate,
grullas y masas de junco.
El sueño distribuye el encaje
del devenir en su punto.

Copia el garzón las huellas
perdidas al blanco azote.
En el recodo las centellas
el tonel de vino provoque.

Móvil clava su astilla,
lámina escapa al lamento.
Bebe el áspid la arcilla,

espuela en arcos de viento.
La luna sobre la hiena:
tiorba a su vid enajena.

El deseo, no en la fruta,
solloza inadvertido;
distingo en su disputa,
bruñe fiel el sentido.

¿En qué rama mecido
se ciñe con su sombra?
Silabea y se asombra
el Can adormecido.

Caricioso en la onda,
graba abeja en la rama.
Ciempiés de olor la fronda,

guirnalda se encarama.
Cascabel de lo oscuro
esconde lagarto maduro.

Cigarro a su desusado
si, metamorfosis tacho.
Bocaza de enano gacho
tras el cristal susurrado.

Al humo, el encaramado,
en la tiara malgacho;
sus escuadrones mareados
en la redoma rechazo.

Suerte de aroma penetra
el piedra oblicua del valle.
Enano sopla, que estalle

la noche, enagua despierta.
Ganimedes, entrepuente
mojado al indiferente.

Teresa, que es buena y ancha,
nos dice la voluntad;
la estrella suda y ensancha
a la escoba en humildad.

Salivo el supraceleste
donde la piedra respire;
el búho que no nos mire
y nuestra aguja se acueste.

Desequilibrada mina
oscuro pámpano apura.
No de luz, gracia y premura,

sale del monte a su ruina
el ciervo que no se alcanza.
Oh bosque, noche es balanza.

Buen mirar, si caigo,
brinco en soledad.
Se esconde, me embriago.
Chifla ¿quién tironeará?

Las insinuaciones, no;
si rabia, me alcanza.
Es... si pregunto yo,
Chipre y la peroración.

Truenan las insinuaciones.
Escampa ¡manubrio
hala música de su doradilla!

Insecto del astro dora
tus relojes. Almendra:
Pasta y temporalidad.

Empezando por las cien cascadas
y al terminar por el agua de vida,
Glaucón creía ser dios y no serlo,
querelloso el salmón en su rúbrica.

Cuando estaba pescando en Eubea
y ya había trenzado las yerbas,
quería ser dios y consolar al salmón
apaleado y encontraba los muros de peces.

Pescador murmuraba y hablaba
pez a pez de su leyenda,
del día que saltaron y oyeron.

Cuando Glaucón como dios
quedó sumergido, sólo apretaba
el cayado de las cien cascadas.

Recórreme ciempiés cuando alanceo
los ocultamientos de Orfeo,
si moja en el humo del Averno
el pronunciado algodón del invierno,

cuando esclarece en la serpiente
el triángulo de oro hirviente.
La diosa por los juncos decrece
la definición que no se mece,

entre el humo y el cuerpo recorrido
por el pez en su tesoro hundido,
al morder la espalda en su ironía,

traición para anclar su mediodía.
Con los sones en el humo dañas
el cuerpo exánime en las cañas.

Unidad del círculo ¿dónde?
Esencia universal, sustancia
necesaria ¿dónde pasas
tiznando la sangre, quedando?

Persona, concurrentes luces
hacen la persona y el acto
tercero; está la persona
en sí y en la otra unidad.

El aliento flota, muerde
el aceite, la llama
sobre el agua tira y reclama.

Círculo, clama por cerrarse;
reclama, abierta espiral.
Disfraz, persona unitiva.

La flor cierra sus dados;
el ibis graba su noche
en el limo sin retorno,
sin espejo nadado por el cerrojo

de número. Diorita,
talla el ejemplar igual,
aquí el pavorreal es el ave
de Minerva, las columnas nacen.

Jacinto sustancial, metamorfoseado
en jacinto por el ceño y la *voluptas*
de Júpiter. Ay, ay, la flor

reaparece en la metamorfosis
del instante, y Jacinto
Júpiter y Jacintillo graban el Ay.

Lápiz a su nube,
di, prosigue.
Borra lo que sigue.
Tacha lo que sube

al cuarto inclinado,
acecho de alfil,
infante enjaulado.
Seda de Boabdil,

luna semiandante,
¿ijar o turbante?
Riscos, aquí caracola.

Dice más la suerte
herida de muerte:
ópalo, batahola.

Oh, dúo, mensura
de las dos espigas;
idéntica noche,
las hojas recrea.

El círculo detiene
y sonríen las valvas
de arenas y anillos
rotos, peces discursivos.

¿El misterio toca?
Se ríe, saluda
y vuelve a su misterio.

Se ha quedado, mañana
no lo reconocerán, sonríe,
saluda: no está, no está.

PARA LLEGAR A LA MONTEGO BAY

(Permiso para un breve sobresalto)

Furiosamente las abjuro y clásicamente
las convoco al mismo redondel del frío
bajo, tosco laurel movido y al recojo
de sacra para siembra y arte.

De ese cristal que se baña en aguas de su orfandad
puede más, adustos del adviento, que si confinase
a la lluvia de cordel o la apartada del aire,
cuando le sopla un costado para buscarle la médula.

Dicen que los tejones, en aguas de su humedad,
burilan más, hocico en punta de atravesar
una sombra de escaramuza en jarra de vino,
sustituido por la criada del milenio gordo.

Pues sí por allá paseaba la soplada,
la que por dos platillos pasaba su sombrerón;
ahora una gansada asombra la estufa,
y el mayordomo llega frotándose y se vuelve a retirar.

Los citisos evocaban la llanura de Platea,
el amaranto ridiculizaba las uvas en el toronjero,
y el frutero como las partenopeas buscando la brisa,
se descalza, brinca la luna y barba al maestresala.

La dignidad de la moneda de la joven corintia
y los palurdos buscando chinches de acordeón,
pues el carbón que se teje, bate en flanco,
y el acantilado muge en el ropero de la mugrienta.

La doncella es la papisa, el caracol y el alcalde,
los copetines del recaudador del oeste;
mi grito descifrado requiebra el hacha de la doncella,
pero mejor, el toronjero y la nueva estación de estalacticas.

No es un pie remedando las columnas cogidas por el talón,
ni la bolsa del cartero, santoral de increíbles nacimientos,
ni la paloma traza las iniciales de la afiligranada ciudadanía,
ni el abejorro retrata la abeja de la vieja.

Como los leñadores no llevan su hacha al juramento,
ni el capitán habla dormido, papirotando,
así los versos garapiñados y garañones,
anuncian la lluvia, el tocoloro, el abuso y compadre.

Tendrá que ser la abeja de la vieja, dice Hermes;
ya que no puede ser la vieja de la abeja, dice Euforión.
La abeja se posa entre el pamelón y la miel,
entre la dulce bobería y la bobería seca y funeral.

El canon en el mortero te mancha la nariz, la sección
áurea se presenta como el estofado de una Baviera
de juguete. El ojo no tiene por qué parecerse al sol.
¡Jehová del sargazo un cometa para esas brabuconerías!

Al lastimar el albañil, la amarilla frente al tapir,
recibe el disparo que le hace una corza de Río
Grande del Sur. Es gracia del año, que el artificio
mezcle las lunas, los collares y las gamuzas del Jefe.

No hay por qué llevarse los tizones en el rapto.
Días antes, las gatunas medidas de las ventanas.
Dos días antes, las lunadas, frías herraduras del caballo
que nos regaló Furgan, el hijo del hullero inglés.

Reaparece por el pueblo con la gracia y el sueño.
Con la gracia, relieve del sueño.
Y con el sueño, fortaleza de una gracia aumentada
por los astros que duermen y las playas despiertas.

Para llegar a *Montego Bay*,
el oscuro furor adolescente escondía sus flechas,
y no el retiramiento de participar en la ausencia,
sino el aposentarse en el escarbar y el agujero.
El odio a fingir el encerado, ocultando con el pañuelo
el rey de espadas, y la marmórea, obligada cerrazón
del cimbalón de las carcajadas lanzadas al asalto.
Y no el traspaso de la agujeta cenital, sino el manteo
de ir recubriendo el ciruelo con la otra carne lunar,
cuando vamos reclamando el hueco del almendro,
el ramaje que nos indica la aleluya de la flor,
si no la miel avanzando por el secreto de los pistilos

y cristalizando enterrones para el goce en la glorieta
de las montañas azules, que voltejean al viajero,
y en el despertar de un número lo entreabren
en las risotadas o en los siete ríos tirados
por una pareja de bueyes.

Las piscinas donde se sumergen los herederos de coral,
los herederos ingleses que han sonreído en las excavaciones egipcias,
fruncen el rizo, disecándolo, de la decadencia capitalista.
En el anuncio de un cigarrillo se hacen tantas pruebas
como en el inicio de un funeral minoano.
Y las abreviaturas de los espejos siracusanos, cortados
por el obturador de un rabo de ardillas,
agrandan sus venerables párpados de tucán,
para llegar a *Montego Bay*.

El negrón pastor que sacaba las monedas cabeceantes de un chaleco mozartiano,
portería de los bolsillos marsupiales del chaleco,
abría los flácidos brazos, como un centurión, en la piscina,
necesitando después para plegarse la síntesis de las sales odorantes.
Los densos murciélagos de la bahía jamaiquina,
al despojarse de los reflejos de la piscina de los mirtos,
penetraban en los trazos cuneiformes del interior de un tronco de palma.
De la boca del negro gigante salía un ferrocarril de mamey,
sus carnes lloraban mecidas por la guitarrita del tembleque,
dejándonos el disfraz de un bien llevado susto,
en la piscina de la *Montego Bay*.

Como la abierta canana de los soldados ebrios,
el negro pastor palidecía la ablandada mitad de su chaleco,
ante la piscina rizada por el triple salto de la piedra heraclea de los griegos.
Su chaleco como un endurecido ajustador de líquenes,
mostraba su divertida coquetería andrógina en la *Montego Bay*.
No en la infernal glorieta donde los murciélagos penetran por los troncos,
sino en la marcha de las hojarascosas nubes del otoño, expulsadas
por *the fire of the florest*. El refinamiento del bosque
de cocoteros iguala a la franja naranja de la cacatúa austriaca,
pues una esbeltez que parecía no traspasable su multiplica
como las quemantes naves de los aqueos delante de la frivolidad del Ilión.
El refinamiento del bosque de cocoteros lanza semillas
mascadas y ensalivadas sobre la estilización de los anuncios
de las marcas de cigarrillos en la *Montego Bay*.

La carnalidad obsequiosa del césped se tullía
para esperar un crepúsculo de musicados entreactos.
El *flamboyant* como la albina señorita jirafa,
estiraba su tronco hasta el cristal confitado de la flauta.
Y una pequeña copa roja de sombrero tunecino,
dominaba con su adelgazado fuego al negro preguntón,
enredado mansamente en el disfraz de correo de *her majesty*.

Un pelotón de burritos y un *rolls* condecorado
se estiraban frente al sargento de tráfico con prismáticos de almirante.
Pero como en los elementos sacerdotales de la física jónica,
the fire of the florest era sustituido por el *laughing falls*,
y las carcajadas de las siete aguas confluyentes,
borraba la agujeta inútil del fuego encorsetado,
antes de llegar a la *Montego Bay*.

El bosque de cocoteros y el adelgazamiento no sombroso
del *fuego de la floresta*, ondulan las espigas de la sesquipedalia:
el pescado largo está bajo las leyes del magnetismo.
Las palmas caminaban en el Eros distante, pues la lejanía
avivaba la irritada piel de la distancia, entre nosotros cada palma
lanza el voluptuoso contrapunto de su ámbito, y así la mirada
reconoce su carnalidad en el palpo de la coraza de la noche.
El bosque de cocoteros obliga al crecimiento del vegetal,
persiguiendo una chispa o la estrella caída en el cartucho
del carbón del estanciero. El *flamboyant* tiene que alzar
el tachonazo bengalí de su copa, para que el cerco de cocoteros
no casque el súbito coral de lo entrevisto claveteado.
La copulativa bahía donde llegan los espesos y el tuétano
de rótula de negros cabritos, invade con el sopor de su sombra
el bosque de cocoteros, apretándolo por la cintura de su médula.
Aquel adelgazamiento persiguiendo a la saltante chispa,
sólo es penetrable por el caldo sombroso de su anchurosa base.
La laminación cruje y se corrompe por la espesada evaporación
de las agua, si no la angélica transparencia igualaría en su sentido
a la espesura vertical de la carne vegetativa, y el reciente nadador
estaría inmóvil entre la penetrabilidad de la espesura y la transparencia
angélica, pero no, la sombra evaporada de las aguas puede penetrar
por los bosques de cocoteros de la *Montego Bay*.
La confluencia de los siete ríos en una carcajada y la simetría
de la floresta, hecha para la sutileza del insecto moribundo,
pues allí el hombre presiente que el paisaje rezonga
una carcajada que se apoya en sus espaldas, adormeciéndolo.

Las diez y siete ensaladas que se brindan en el *Hotel de los Mirtos*,
están elaboradas para el tapiz del antílope volador, no para la espesura
del sueño del varón de églogas y los recursos de su flauta suficiente.
El oleaje del vegetal no recogió el reconocimiento del nadador,
contentándose con un túbulo donde las evaporaciones del vegetal
no recordaban las cenizas para las solemnidades del viento presagioso.
El correo de su majestad se solaza en el olvido de las direcciones,
pues el destinatario se adormeció en el incesante destino vegetal,
su silbato no penetra en las adormecidas cortezas de la pirámide funeral.
El paisaje para el sexo del insecto y no para la memoria del hombre,
es que el que rueda las atolondradas lunas del oleaje en la *Montego Bay*.

Las laminadas y perseguidas cinturas de los cocoteros,
mordisqueadas por el tuétano sombroso despertado en la bahía,
lanzaban la chispa que coloreaba la distancia para el Eros
del insecto y su laberíntico azar de polen y arenas.
La erótica lejanía denomina la mecida extensión de lo estelar,
pero al caer la chispa en la bahía cuando llegaron los
esposos ciegos, no soltaban sus manos con el nacimiento de los peces cantadores
en la *Montego Bay*.

Las salientes desfiguraciones de la lengua seca,
después que el valle y la primera bahía se movieron
en el jardín sumergido, un húmedo polvo azuleando
se iba a la tortuga marmórea y al loto estalactita.

Los cuadros medievales de la hoja, burlados al rocío,
cruzaban como pecas el libro de horas hundidas, semejantes.
Cuando las hojas doblegaban sus verdeantes banderillas,
se carne se guardaba como el polvoso cuerpo de las dinastías.

El rabo, la lengua, humildoso bracito, sonreían saltantes,
en la antológica experiencia del diseño sumergido,
o la claridad sobrextendida, que ya no es al doblarse
en clavijas de ojazos y torniquetes de furor penetrante.

Cuidar una hoja bien vale el culto de rechazar
el fuego hasta los confines, bien vale amamantar
los delfines con vuelcos y abrillantados yerbajos,
y alzar en su pontifical lomo las consagraciones humosas.

Los domeños y las pertenencias me obligaban a fruncir
la herrumbrosa sangre, y el paisaje alfilereado

en otro insecto de peluche con luna, pues su veloz laminado
no era para el cayado barbando en la nieve.

Llegaba con la sangre cuando rompe los dos círculos,
la mayor y el menor inagotables furiosos, pero la boca
del misterio de nuestra sangre volviendo después de haber ahincado,
después que nuestra sangre penetró por la ajena bahía y los dos brazos de mar.

La preguntada espuma saliva ses fábricas de sal.
Si penetramos de espalda el concilio de la marea,
retrocede el rencor de la sangre por las dos compuertas,
pues el misterio indual acoge y ciega la enemistad permitida.

El mar no se dispara al secuestro del tonel,
pues la sangre espermática se desenredó en otro cuerpo,
abandonando el inútil misterio tirando de los árboles,
y las preguntas, como orugas, tapiando laberinto de las hojas.

Lo que fue rapto, ahora se acostumbra a la siesta en la arenas,
y los peces recuestan alfabetos y los somnolientos instrumentos devorados.
El manglar protegiendo musicado los anchurosos vientres,
protegía a la sombra que penetra los cuerpos sin varón.

En la *Montego Bay*, el detestable tumulto de los hombros,
para abrirse en un árbol donde se descolgaba el nuevo doncel,
traía el horror del primer genio, que igualaba al hombre
con el árbol, manteniendo a la estirpe en el tedio del pedernal.

La tribu misteriosa, anterior al primer testimonio escrito,
volvía a los amputadores caballos de los escitas,
y no al relámpago raptor de los reyes etruscos.
La cariciosa doma y el traspaso de la sombra del árbol les bastaban.

Era el lenguaje de la tribu escapada de lo escrito,
donde la móvil sombra era la fija sombra arbórea.
La planta del pie tenía nocturnas raicillas,
la palma de la mano escondía estrellas descifradas y respirantes.

Los domadores escitas saboreaban la divinidad del rocío
y la pavorosa Nictimene encarnaba las condenaciones de Lesbos.
Las voluptuosas estancias, despertadas por el refinamiento de la hoja
del plátano, dejaban para los jinetes el rocío del sueño fálico.

Después que en las arenas, sedosas pausas intermedias,
entre lo irreal sumergido y el denso, irrechazable aparecido,
se hizo el acuario métrico, y el ombligo terrenal
superó el vicioso horizonte que confundía al hombre con la reproducción de los
árboles.

La prueba del desierto se llenaba de innumerables bueyes blancos,
que conversaban con los que habían sacado el misterio de las aguas;
la tierra, evaporada por la solitaria conjugación del verbo,
entre el círculo mayor y menor, enloquecida o titánica vuelve.

El hocico se enterraba hasta el fracaso del pozo,
los cuerpos tanteaban la llave de dos relojes,
pero la arena quemada no levanta a la murmuración
necesaria para la entraña del vegetal o el rendido secreto.

Los maestros montes, bueyes habladores, caían sobre la risa de la bahía,
saltando por las chozas donde se elaboraba la ilegítima cerámica.
Deshecha la tradición alfarera con peces de mediterráneo picassista,
el sensual y narigón jengibre del diablo babeaba la niña tocororo.

Pero el que fue, oyendo musicados números, a lavar los anillos
librándose de Saturno y de la levedad de sus manjares falderos,
desenrollando ceremoniosamente las campanas del cuarteto,
llevaría siempre con gracia a su mujer en la maleta de viaje breve.

El hispalense, castillo impedido por agodonosas tembladeras,
nos recibía, y la pareja cerrada por un sombrero cañero,
comenzaba sus tumultuosas caricias y sus eruditos escándalos,
rindiéndose con los cortesanos miedos del varón principal.

El raptor, salido en duermevela de la entraña hullera,
desdeñando al Niño Diablo que cierra el portalón,
alcanzaba el jocundo tornasol de la criatura derivada,
penetrando por la antes hostil voz intermedia en el aliento de Anfión.

CIELOS DEL SABBAT

Ahincadas o labiándose, por el parque o el mar,
trocar, Trocadero, anapestos, trocaicos, se deciden.
Sus sábanas de cuévanos sueltan hombrecitos, toallas
del ensayo bufonesco de las costumbres de los bisoños,
entrando en la galería con el antifaz de la merienda,
marfiles de las ornamentales tapaderas revisados
por el silbato que pellizca las carcajadas.
Se inicia la temporada del estampado venenoso.
Llegan con sábanas relumbrantes de piernas,
con vuelta de vueltas del disco pagado,
el pelo punzó, las piernas pescadas, los patos falderos
en toscas lunas de frasco de azul otomano.
Del parque o del mar le suena el embozo
por el cazón también alcanzado, si no fuese que el parque
o el mar mastican trocaico, anapestos, las mantas
prestadas, cloqueos del humo, para rechuparse
las escalerantes damas que barnizan el ancla.
Rotos de cadera y guitarra afinan la espina
evaporada en el bolsillo del día
del desembarcado. En el anapesto de vienesas lisonjas,
el vino y el ángel de la plaza de los embajadores,
para saltar la opereta de cornamusa, para las coronaciones
del sueño de cera fluyendo desde la caseta
a la ira justa del placer de la arena y el péndulo.
Agujeta, cucaña, burritos del escaparate de tres lunas,
onagro de enanos de quiebrahacha,
eneldos que escuecen salmuera a pescuezos,
zurrón que cobra los turnos a timbres bajantes,
hojas de calabaza, malvavisco echado a rodar
a los quince, toalla de sarampión, sala
con las tarjetas de *Fátima*, *La caballista*,
entra por las carteras con tijeras barbadas
y polvos cegatos para el estornudo que rompe
el éxtasis. *Melodías de Broadway*, taponcito, ratón,
de coral mordiendo la oreja, duro carrusel con puenta,
de gusado de seda, dulcero con la escobilla
por la oreja. Suave oración
silenciosa envolviendo el cuerpo en benjuí.
Ah, que apaguen, a su timbre los cinco

registros, aquí no llega el gusano escanciador,
 Ganimedes de entrepuesto, laberinto de añil
 de la otra toalla, cierra cartero el bolsón
 con los siete gatos de las Cabrillas,
 reclama tu saturniano silbato, vuelve a la orilla
 a oír y a chupar las esponjas.
 Glaucón, lengüeta de la gaviota a su torre,
 úlceras, cayéndose.
 Aprendió en el légame egipcio, luego se disfrazó
 de morisca, su guitarra le roba a los marineritos.
 Judith, mirando los zapatos de estreno,
 zapatos azules con mal encordadas pestañas,
 y el timbre le afeita el espejo, languando tarjetas.
 Los grupos repasan la eficaz lentitud de la pelota
 de cristal, reemplazando a la esfera mordiendo
 su copiosa sustancia, las manos absorben
 el cristal, aunque la manual cortesía se interpone,
 traspasa el cristal su sanguinaria proyección.
 La pelota se arrastra suave, en cada hoja, desciende
 por su gracioso centro endurecido, va a romperse
 en las baldosas, recibe el soplo mediador
 tapiz donde se apunta el tanto con silencioso
 griterío, sólo el ademán danzando de los labios
 y la voz que no trenza descifra los chillidos
 de la niebla, el árbol ha crecido para pescar
 la pelota de cristal, salta de hoja en rama
 sin intercalarse en la ocupación dormida de los pájaros.
 El cristal evapora la inaudita procesión nocturna
 de los juegos con la pelota de cristal, la sopla
 hasta la copa de los árboles, si despierta un pájaro
 intercambian sus cabezas los jugadores, desean
 un exagerado rigor en la precisión de sus jugadas
 y se van adormeciendo escuchando el nacimiento
 del árbol que tiene las raíces sudorosas de cristal.
 Los incansables jugadores persiguen la pelota
 que nunca estuvo allí, pero la tierra se evapora
 entrechocando el súbito de un crecimiento
 y la pelota de cristal.
 Las comprobaciones lavan el salmón, la escasa
 luna divierte el cosquilleo de los gendarmes.
 Su silbato iza el merengue de las braguetas,
 esperando los tientos del panadero bromeando
 con el suicida, porque la americana se rubrica

con el muro, para no regresar con los encajes
verdes de Virginia y complimentar sus adoptivos
deseos con el manjuarí.

Los oscilantes pasos del trocaico resbalan
por la obsidiana sin reclamar el relieve
donde la tortuga destroza las puntuaciones
de la lanza y espera al jabalí.

La tersa, enredada lividez de la obsidiana
o la gorguera del gaditano caracol,
retroceden ante la piedra de cobre con fibrillas
de oro, o la presta anémona dócil
al rostro de cada brisa gira su boca,
acometiendo ciegos los poros al tridente.

El desembarcado está ya rozado por la pelota
de cristal, sube por el ancla recortada
en una piedra blanda y transparente
y en un disecado ojo de pulpo.

La caballista lo laminó entre dos sábanas,
se siente intercalado por la flauta
que le sopla polvillo de malvavisco
y el tazón nuboso que los acoge y adormece.

AHORA PENETRA

Ahora, se esconde en el río,
las demás son visitables.
Brusca, se quemó en el caserío,
fantasmas lentos, trastrocables.

Tieso, mil perdones, estofado,
penetró sombroso a su rincón.
Galón verde, arañado,
al comenzar el bailón.

Guiñando la reina mate,
tuerce el ánade su recado.
Cometa, vajilla de equilibrado,

sonríe el lunar mientras late.
En la polka fue aclamado,
brindando salmón sonrosado.

El alzapaños testigo, escoria
de cobre, vestir de oro.
En la gruta, tren sonoro,
zapatea el arlequín de achicoria.

Hay que ver lo que se pinta
la tejedora morena.
Casaquín de la opereta, linda,
Tatianov con su cruz Lorena.

El farol ya está en camino
cambiando sombras y tragos.
Malhayas de aquel espino,

tijera el verano de halagos.
En la muerte fue aclamado,
brindando el hijo resucitado.

Del saco donde sumerge
Sócrates la cabezota
y el humo, si no se embota
la razón, que nos protege.
¡Líbranos de todo mal!
Suficientemente carnal
la abeja de la razón,
ya no vuelve y no protege.
Oh buitre, logistikón,
en tu seguir al que sigue.

APARECE QUEVEDO

Pámpano corta en sus mallas
o italianiza disfrazado,
pule cuantas más rayas
pone en la noche embozado.
Su clavija ya rechina
si la sentencia adivina
un nadante cuerpo espeso
mordido por cada frase.
Aquí, donde el color yace,
costillar para ser preso.

Briseida, fragmentos de oro, diciendo:
quererte como te quiero.

Padre Nuestro, que estás en los cielos.

Se me regaló la figura,
se hizo ala la contextura.

Santificado sea el Nombre.

El nombre sí, que me ata.

Alguien, suave, lo desata.

Ven, con tu reino.

Cuando me empino no veo,
pero allí, redondo, lo creo;
ni fulgor ni sed, no es deseo.

La voluntad está hecha.

Tersa un ave no rasguña
el cielo. Que no rompa. Que no bruña.

Así es el cielo, así es la tierra.

Me equivoco y voy a dar al infinito,
en el infinito no está la gruta del grito.

El pan es nuestro también.

El gato se enrosca al final
del cuento. Ya no mira, va a empezar.

Fui tentado por el bien y caigo en la tentación.

El cuerpo tiene un orgullo visible,
es despreciable y es comestible.

¿Lo sabes? Libranos del Mediodía.

Se entrega el tejado frío
al gato escarbando y no

tiene ironía el río
que de la flecha burló.
Nieva el tejado la casa
que las dos nubes enlaza.
Abre sombra a la manera
del aire del picaflor,
la casa vuelve y ligera
y vuelve al llamarse amor.

La linda de un caramelo
y el cielo puesto de lado,
forman el nuevo cielo
con nueva cara mojado.
Cabe siempre entre dos fresas,
entre dos, rocíos y sutilezas.
Verde la nieve tropieza
con la madera de olor,
ya no acaba lo que empieza
y vuelve al llamarse amor.

VISITA DE BALTASAR GRACIÁN

Es el que quiere salir
y el siempre muy vigilado;
la anguila quiere venir
silbada por el candado.
Si no rompe, si se encoge,
si nadie la vio y recoge
la ajorca, plectro de arena.
¿Qué mucho que su silencio
sea el pelo de la hiena,
sea la hiena del desprecio?

La carta aquella del diablo,
sin leer quedó en llamas,
salvándose el llamdo Pablo,
buscón, bacinilla, perro de aguas.
Los que asistieron sin falta,
chasqueados fueron sin prisa.
No encontraron en la brisa
lo que en el gato se enarca.
Sin papel y sin tintero,
fantasma del imprentero.

Tocando en la medianoche,
San Juan llegó al convento:
abran me he escapado.
La fiesta de su granado.
Gracián escurre su coche,
la gracia no, el acento.
La gravedad y su sombra,
la sombra y el imprentero,
van sacando del tintero
la ceniza como alfombra.

Glaucón, el espumoso,
Dios que sabe de la anguila,
inmortaliza si hila
no en el mar, en el tenebroso
sin columna y sin punto.
Llega el Cronión cejijunto

la anguila, immortaliza,
no dulzona, sí de mar.
En la bocota desliza-
se y ya no se vuelve a encontrar.

Si quería salir de órdenes
y en la amistad se enredaba,
con Lastanosa sudaba
su sobrino y sus desórdenes
en epigrama y soneto.
Sombrío vuelto perfecto
por hilo de propia sombra.
Conspira y no se le ve,
sombra que mejor nombra
la noche y su ojo de buey.

Los mismos ornamentos, sucesión de una espada
de obsidiana, respiran como la piel tamborileada.
Interrogaban con la cornamusa de Aldebarán, frío
estelar de un escudo en el mesón del retorno.
Hay allí peces, adargas, maldiciones, caídas de cuerpos
que llegaron picoteados como el maíz, irreconciliables,
pero su oro de hormigas, fracciones de tiaras melodiosas,
irrumpen como una torre en la masa de azul ecuestre.
Pequeño sobresalto, interminable niño combatiente,
brumas de cobre alucinado, corre a una brisca
en el castillo con bonete de obispo en cada asiento.

"Di el precio de un jarro de trigo, pregunta
por los ladridos que rodean una promesa juramentada,
acércate a los oídos del trono, recurva al cuerno
de marfil golpeando la oreja del gamo pintiparado."
Vuelve al tapiz, pero la mirada lo volteja hacia los perros.
Vuelve al tapiz, no siempre el humo
de la medianoche te regala la fuga.
Las manos estrujan el gamo de artificio, favoreciendo
el desprendimiento de la hilacha que le corta
las orejas para aislarlo de su relieve en el viento.

VENTURAS CRIOLLAS

De los calderos en la luna baja y sus utensilios
soy invitado, y preguntando el sitio
estiro el codo y si ahora vuelve y se encoge
el ilusorio mayordomo y me dona el número,

vuelve a su sueño, ya que nadie vino.
Del invitado por la puerta gacho, ya en su sudor,
que es la campaña para el tacto en ojos.
Después, fuera de lista, en su sudor se estira.

Los invitados, sin balbucir el paso, tendrán
que pasar a la contigua que se cierra oyendo.
La puerta es baja y la ventana cierra quizás la flor.

Salgo rubiando, pero quedé untado
de aquel caldero que nos peinó a todos,
puesto que así llorando nos trajo el remoquete.

Ahora el encierro, puesto que más se cierra
el que salió orondo a su albedrío.

Lo que escogió, y estaba entrando al sueño
del mayordomo, tuvo festín de ahítos por la gamba
del concertino, que se fue a su tierra
ajena, donde el torcido iguala la armonía.

Así también, jinete del mancebo, si se cierra en noche,
el cenital marcha de espaldas para darle sombra.

Hay otro nombre que le da la tienda,
hay otra pierna que se añade al hijo
y vuelve a soñar con la gaita al cuello.

Pues si nos llaman, nos piensan de otro modo,
son dos los nombres que el Uno se añade por la casa,
y así, prensado, de sobremesa, como el liquen, viene.

Por el aguzo, recamo o antecámara
el brazo se yergue sin entregar sus dones,
golpea suave la puerta de algas viejas;
las algas viejas son espadas secas,

mintiendo la sequedad lengua de las nocturnas
hordas mascando ceremoniales dichos.
La puerta de algas curva ramos al entreabrirse,
áspera somnolencia que el ordenanza brida

y el salto araña al ser reconocido.
La puerta de algas gira al húmedo cobrizo,
llega y le otorga su retroceso de humo.

Cuando el jinete avanza el doble cuello,
sesudo y quedado en la cerámica,
la puerta de algas huye, silenciosa pulpa.

No le reclama nadie la insolente friega
que ayer debió caer a ras de lluvia.
Otorga cabezazos que quieren disimulo
en la incompleta escoba de su alzada muestra.

Toca servillas, y mira. Perdido, cuenta,
queriendo que alguien le mire su descuido.
Cambia los pasos, barrilete en medio,
y al fin, se pierde, descuidado enfermo.

Nadie le miró la raya incierta,
abandonó la escoba y no adquirió la silla
que le seguía anotando el roto o el cosido

polvo, marca ya de empanada familiar.
Nadie le mira ¡horror! cuando se salta el tino
de la escoba "Marquesa", sombra de otra vaca.

Resiste como hielo, felizmente, no como roca;
como hielo que va cayendo hacia la mano,
no como roca, que empuja el hueso
y martilla la arena, hasta darle una cabeza.

Como hielo en la mano, que invade la filigrana
del gesto, y después, en avalancha, un calor invasor.
La roca suma gestos, suma pájaros escamosos,
pero no es la buena señora sumadora de la choza.

Por la mañana, con un papel inmenso, prepara la alta gruta,
desfilan los tomates, las algas yodadas, los tronos bizcocheros.
Cierra después la gruta, poniéndose un paño negro en la casa.

Algo falta en la lista, viene un grano de arroz.
Algo sobra por hoy, rueda un garbanzo iluso.
Imponderable lista pautada de lo que sobra y lo que falta.

De la tortuga el agua en la papada,
empavesa farolada nao de esqueletos,
al saludar jovial la mona encaramada
en el monitor chillón, sus dos pequeños disertos.

Comienza el galleo, el terraplén en tinta
retoma la espuela, costillar en grito,
el pintiparado, con el crío inscrito,
charol inaugurado, prueba la buena pinta.

Cabalgata en el cirio, la almendra que se cierra;
el diablo paga silbando tres toesas de tierra
y se amarra al muñón tiesa la gubia.

La camisa en el piñón, sirvió la vela,
hirvió como fantasma en la pamema,
colúmpiate lindón que el viento estudia.

No le reclama ya lo que le plazca,
va a su abandono de ensalzado búho.
Tiene la llave y acordela siete puertas,
recoge su pecho suyo y la cara trabucada.

El sueño trae la cama a la saleta y alza
las cuatro fuentes de la brisa y río.
Le pone cofia al reloj de los primeros
armadores, abuelos incomprensibles al desastre.

Pasó la solfa en la glorieta, después ladeando,
como un anclaje pasó el olvido por su vientre.
El regreso está ahí y lo tuvo que recostar.

Pasó la otra puerta, la otra palma, las herraduras,
los naturales arroyos del espejo. Volvía a empezar.
Otra puerta... Su cabeza empuñó atrás el río.

Hipandro Lácteo teje, el tejón,
tira con el farol de la gaveta,
los seis seguidos nueves de receta
le van bullendo al centro el botellón.

De la reserva enhiesta la lasca jamonera
va a su rebato con teje de roedor,
pues preparando en seco la alquimia de jaulera
le pone arrugas al priapo verdor.

Con el bastón a cuestras la aldea se atraganta,
como una nuez se abre a la semilla de oro
y con clavos endulza su trono de garganta.

En la glorieta trisca monito su cuidado,
ya que el cansancio comienza tocororo
y al final del rejuego está meado.

Como el teje se rompe con el maneje,
y como el guante, cuchillo del buen dedo.
La línea del horizonte a su cama de harina
y el recuerdo se acoge al borde de los labios.

A su reseco cascabel emporio templado
y es la semilla escándalo, compay de buena suerte
Como el exceso sangra a su hachazo, y el cordaje,
cabello a cabello sangra y es manchón.

El ojo seco se enlaza a la semilla,
si lo tiramos contra tierra abre un fajín,
de donde saltan las viejas acuñaciones, reina

tambora, glap, mejillas, mariscos apestados.
La suerte abre a la reina gordiflona
y esconde su canguro en las dos tetas.

Cada parcela se adentra a su pocillo,
cada color tiene su boca de agua.
Vender las tierras bajas con pozos falseados
es un tapabocas, esconder puercos por las palmas.

Las tierras restallan su espiral, con ladrillos
viejos se cubren las ijadas, y el pocero,
seco elemental, enjutado, péndula la necesidad,
y va por dentro, mano a la raíz de la lechuga.

El pocero descuida las persianas del pozo.
Cuando hace alcohol, la tierra seca el agua,
y el agua enjuta se trueca en la lombriz.

El pocero se fue a ver una hija que nadie la tenía
por la mañana cambió la cinta carmelita del sombrero.
Cuando regresa, el recién puerco cava y llora en el melón.

El helecho tiene su honguillo y la caoba el suyo,
la mano los colecciona soplándose su brisa.
Una piel de soledad gastada entona
sus peces de raspa, sus escudetes sobrevivientes.

El honguillo de Islandia y el de extramuros,
provocan un paseo a oscuras con peces voladores.
Toda la margen ciega, riqueza de la piel,
tiene su pan podrido, puerta de horno mal cerrada.

El hongo, leve de la humedad, es al rocío
pantalla donde la lluvia hizo un gracioso vientre.
Crecimiento romano de arena con sudor de caballo.

El monte estático de los helechos, siempre al lado
de los hongos de horror en la luna menguante.
En ausencia de luna, el hongo, especie extinta.

Puesto que están los hongos, tendrán su historia
reconocida, el maniquí que mascó su veneno,
entrelazado al tabaco de sobremesa, a la carcajada
que se despidió montada a caballo, trotona.

El mayordomo, suela rameada y palangana ecuestre,
sabía que estaba allí, pero no lo tocaba.
El dueñante antes de irse a la hamburguesa,
pensaba un regreso preestablecido con hongos pontificios.

En su borradura rasante, el mayordomo no las tenía,
daba rodeos indescifrables, para no sonar el hongo
bajo sus suelas con iniciales, perdiendo las barbas postizas.

El hijo sifilítico del viajero hamburgués
lo había cercado, con pinzas le quitaba las hormigas
y, cantando, regaba al hongo con agua acidulada.

El papalotero, a trechos, tachonazos,
colores secos de pronunciación secada.
El morado, de alfombra natural, tornadizo;
el azul corbata, vitral de monóculo, camello.

Más allá, se ocupa alguien, cuidador,
los colores en barra de última lámina.
El azul y el morado, rizándose, cobertura;
morado y azul, oblicua del fueguino, tetera.

Empieza, en su aire, a caminar el azul,
tiñe así el baúl por el cielo.
El azul abre una tapa, cupieron los dos brazos.

El morado, camello, retrocede ensalzándose.
Escarba, escarba, en el aire una franja.
Cierra la tapa, cierra, de lejos. Vendrán a reclamar.

Ver *una hoja*, igualarse a lupa de espalda;
recorrer, matinal, a tiento de gusano,
crujir las piedras de una nervadura, tozuda;
como cuando el caballo masca el grillo, suprimiendo

la lengua, pisándola con sus cascos, siguiéndola
con los clavos, basta lengua con clavos de olor.
Ver una hoja es sentir como alguien la envuelve
en la colcha de la boca del horno en ruinas.

La hoja viene al círculo hecho por la mano;
forma el gallo verde en la combustión piramidal,
gallito que no quiere ir a la cruz del círculo.

Su volverse a levantar es mero éxtasis de estilo,
empujón que enfatiza tronando en la veleta,
soltar piernas largas en el trasmundo decadente.

Dormir la hoja, bien puede ser un dicho y lo será;
ventilar al trasluz, aquí, volada y lejos.
Un sueño sin apoyo, volante, lejos, entrando por la frente,
y ocupando, más y más, el circo en los bolsones.

La musiquita que seguía a ese sueño preferido
—las ancas de los caballos en la harina se le acrecen—
se espesa como la ropa de la loca tirada al río
o la frente de la madona apoyada en el brazo izquierdo.

La hoja duerme desde siempre, pero camina.
Su misterio, la balanza de los cumplimientos,
ondula hacia atrás en el ahogo de los perros.

Miríada de miramientos, saltito de balanzas,
le hacen nacer el polvo del rocío
y fijan el refranero, rocío: *Dormir la hoja*.

Que la otra persona se elucubre,
que el que no está pregunte por la alcoba,
que se eche a dormir el dormitante,
que rodea los sueños descifrados, y rencorice.

El que está olvidando el tajamar,
y el que no está clavando clavos de los míos.
El preguntón se hincha mareoso
y al preguntar entierra al apagavelas.

El que no está, está por guerra a la paloma,
y el componente del simposio, helado,
pues el péndulo afeita, elegantiza.

Que el pronunciado muerda el rebencazo;
el torniquete gamucine el cuello,
y el informante la moneda sople.

Por los alrededores y al descampo el tirasábanas,
los mugrientos alza vistas tuercen el enredo.
La palma clava a la nube y se va vistiendo,
salen el chato calaverón, la escoba alada y la planicie del manteo.

Tira hacia atrás la lluvia a su costado,
quita y despeina, suelta y otorga lo que hizo mando
a la caída de las tejas, ceja y calabaza a su refrito.
Silba a boca tapada, suena pierna serpentín en el clarín de su degüello.

Extendiendo en el caballo, se desdice en los ijares,
pues veloz se fundamenta como almohada,
y cuando cae se ríe y se ríe en la romanza.

Ensaliva los estribos para sutilizarse en el recuerdo.
Su llegada se hizo con lluvia a lo furtivo
y se despide mugiendo su trotera que no suena.

Por el fantasma escuece su priapo,
pintarraja el soplo o relaja el suspirante,
sábanas de cuyas aguas salen cien carazas,
orejas destornilladas, nariz en esófago de rana,

ojos cruzados con cáscaras gomosas, pisados
por el galpón que tirabuzona bien su cuerpo.
Chapuzón al asombro, levanta ínclito las sábanas
y las cestas mueven su medioevo en carcajadas.

Por las colinas hinca sus marsupias con los cactus;
la enfilada hormiga león le envenena el éxtasis,
y brinca la calabaza, escondida en el lanzón.

La tierra llovida entinta los escudos,
la luz poblana rasga y firma el sabañón
y la milicia lee el pliego clavado en las tabernas.

Pero el fantasma masca sus designios
y regala un cabello, se desniega por la nuca;
abre en el matorral golpes de flautas
y graba en la flauta signos de preso bajo el agua.

En el arroyo pinta que tiene piernas largas
y así pide un caballo de jornada en brisa,
se lanza en aguas muertas removiendo
oscuro el légamo, llevándose una carta.

Las piernas rotas las cuelga como botas,
en los serones cuelgan zapatos y pescados,
salta blandiendo, nada escuchando.

Le rebuscaron balas y tapones,
pequeño tapándose las sienes:
el bobito, frente de sarampión, mamita linda.

Traspiés del picaflor, que niega tierra,
se alzó de los petróleos al *cantabile*,
cuando se estampa en la primera piedra,
se pinta en somorgujo coloreante.

La piedra tropezada deriva a lasca
de las miradas que la apresan, que allí estaban.
Lo sigue a cojo inaugurado y lo tocan,
le revisan el botón, la rosca y la lamprea.

Por los bolsillos, negro del mandoble,
penetran filas de ociosos historiados,
y en los bolsillos el agua de la música sin sueño.

Cuando pasea, le van paseando por la espalda;
a la colina, y en su rostro se le acampan;
se da su cuerda, y lo ensueñan perros con campanas.

Mira en el baile sin tocar la carne
de la tortuga secular que mueve
sus grandes lámparas de recorrido
y sus arpones para unir la sangre.

La mal marida trabucó en el baile
y el bicarbono se le fue a sus anchas.
Entre trampas y manos que no estaban
paseaba entera tapadiza del pañuelo.

Por el baile claroscuro las vitrinas móviles;
curvan espaldas y fantasmean por las fuentes,
pues el que escoge inmoviliza lo escogido.

Y el mirador de bailes sin tocar la suerte,
frío ante el anillo en la redoma,
asombrándose la mano en los bolsones.

Es cierto lo del oleaje de los bailes,
tienen la tapa que sobrevive al cerco,
el nadante por el techo pechugado,
el nadado tirado a volar sobre la orquesta.

Se siente metido por pulpa de un oscuro
y cabecea en una orilla amaneciendo,
de las dos carnes que le cubren vano
sería poner el cristal frente a su cuero.

El baile ahora lo cubre y lo hace entero,
en la interpuesta cascada ya se escucha
y se vuelve a entonar en la otra línea.

La impulsión le regala el peldaño
que desconoce, *la siguiente línea, la otra.*
Es cierto lo del... reencuentro de dos desconocidos.

Se encamina con piel tirada y larga
al cafetucho: lluvia de lluvia sorprendente.
Las arrecidas series pitagóricas se desenvuelven
por los marfiles, peso del embarazo en cerrazones.

Del bostezado nauta el anclaje tornasola,
las moscas en el mediterráneo de su nariz a la servilla.
Las tacadas en sus potros sumergidos
y los marfiles por su canal como los potros.

Machaca la sordidez un bando en tizne
de herrumbrosa madera, aquí el metal y la madera
se ahijaron para hacer de las horas rigodones

yertos, danzas para orejas dobladas y aplomadas.
Las tacadas mastican la madera
y la madera ríe el tornillo de los codos.

A despecho tal vez de insania guitarrera,
a mordedura lenta del fuego en el hojoso,
se fue descifrando el relincho del reciente.
y la cañada hizo una piedra con ojazos de buey.

Por el entronque espera la iguana mensajera,
tirándole su cuello gordo de siesta al coronel.
La iguana y el caballo truecan verde carnosos,
color igual al mosquito del tabaco.

Larga ventura para los insensibles al recuento.
"El grupo tostado, que se pierda a recodo derecho."
Las mantas azules se embarazan de pulpa de guanábana.

Podemos, mirada en serafina, volver a recontar.
Perdidos el caballo y la iguana circenses.
"Volvamos al recuento. ¿Y el grupo del recodo derecho?"

Vienen los primos a tenderse en el andamio,
empapelan el estuco en cipresales.
Volteadas las lunas del ropero, cascan
chisteras y bastoncillos contados en tristura.

El otoño rasguela ya en los portones,
el papel secante y la vaca están recién visados.
El estuco lloroso vuelve a su disfraz,
le despapelan una hoja chupadora, azucarada.

El andamio crece en el caparazón crecedor,
los primos silban soñando el laboreo
tonto de aplanar y hervir escamas y raspas.

Nadie parece que llegará;
la sitiería entona gallos y doctrinas
y decide despertar entre dos escaleras.

Si media escalera y medio andamio
bastan para ofrecer la puerta con un farol boquirrubio,
asegurar su maciza franqueza de noche al oído,
noche de mal gozne que araña su caballo.

Con la madera y el metal iniciando relatos,
y los inicios de paseos para irse reconociendo en el sueño
y establecer la distancia eficaz del lenguaje.
Nuevas tiras poéticas cubren la casa con ripiosa insolencia.

El andamio de yeso pulpa los papeles
que lo ciñen, hundido por un puño
que quiso desenredar la falsía de su carne.

Las parejas comienzan a deshacer su recorrido,
perdiéndose por esa gruta de papeles
y encarnando sus sombras escarabajos y andamios.

La noche va a la rana de sus metales,
palpa un buche regalado para el palpo,
el rocío escuece a la piedra en gargantilla
que baja para tiznarse de humedad al palpo.

La rana de los metales se entreabre en el sillón
y es el sillón el que se hunde en el pozo hablador.
El fragmento aquel sube hasta el farol
y la rana, no en la noche, pega con su buche en el respaldo.

La noche rellena reclama la húmeda montura,
la yerba baila en su pequeño lindo frío,
pues se cansa de ser la oreja no raptada.

La hoja despierta como oreja, la oreja
amanece como puerta, la puerta se abre al caballo.
Un trotico aleve, de lluvia, va haciendo hablar las yerbas.

HIMNO PARA LA LUZ NUESTRA

De la inteligencia de la misa
a los placeres de la mesa,
el rayo vital no cesa
de engrandecerse con la vista.

Aunque el oído me da la fe,
la visión como un mastín rastrea
lo que el Arcángel flamea
en el punto donde no se ve.

Hay un perro que escarba quieto
el pozo donde el mendigo destella
la paloma, su buche secreto
rueda la mano de una estrella.

La música divide las hojas,
el otoño condecora el organillero.
De pronto, el hormiguero
sonríe, para que escojas.

La encina se encinta de penas,
los ecos en el bisonte y su mugido.
Las fiestas del sin sentido
estallan el acordeón, cruz en la arena.

No araño una piel blandida
por el humo de escala secreta.
La piel quiere ser recorrida
por un humo y por una lanceta.

Apolo disuelto como un terrón,
ante la luz de difícil ombligo.
Huera metamorfosis del lirón,
Venus, en su otoño enemigo.

El joven luz, Apolo justo,
separa la hoja de la playa
de la tortuga que no raya
la meta del tiempo. Qué buen gusto,

magnífico paladar que se apoya
en la hoja que va a su desgaire.
Plumón y cierzo Don Aire
peina al revés la corriente que ignora.

El mercado dice la primera ley,
que la lluvia divida y escape.
Allí también el loco maguey,
ojo del diablo en su sarape.

El chillido del loro viejo
y el nacimiento de la alondra.
El mejor curador de pellejo
y el que vuela sobre una alfombra.

Diamante de los ciervos de antaño,
oculto su desliz en el espejo.
Cucaña del árbol añejo,
en la costumbre del espejo me araño.

Pero la luz descuriendo su rostro
y el agua consagrando su estatua.
Las cenizas que afloran al agua
reavivan al centenario Cagliostro.

Hay un cielo que no crepita,
cuando concurre a la siesta
en guirnaldas. Abre la espita,
acolcha la toronja su ascua.

Redondo amarillo que irisa,
fiesta del oro que estalla.
En el entreacto, la repisa
diseña el mantel tempestuoso.

No voy al oro final del bosque,
no escucho el trueque de guedejas.
Cierren el conciliábulo del preboste,
encadenen al puerto de Ostia.

Oculden la sortija del pez retornante,
destruyan el filtro que estaña

los extremos. Alejen la guardia
del infante a la casona del este.

El dios mayor, armado todo
de metal, de lluvia y de semilla,
hasta que la insolencia de las estaciones
rompió en risa la luz temprana.

Si en el metal no toca la despierta;
si la cantante no extiende el mantel
para las lluvias; si la semilla
no es raptada por la manta profunda,

va una espuela a su herrumbre mortecina;
va la lluvia como llanto a la grupa
del caballo de circo, y las emilla
se deshace en el caño azucarado.

El halo canónico de la trucha
hiere la uva del poniente.
Diga la luz que nos escucha
la compañía del astro sonriente.

Ya que el espejo de Apolo no interpreta
el que servía a la luz, trayecto
en luna, desdeñando el metal que reta
al rayo, a su ceguera fue devuelto.

Amargo fue, su ondulación extraña,
medir la luz en su balanza,
ser y ser lo que no se alcanza,
resplandecer y ser huraña.

El murciélago que labia el fuego,
desdeñoso humeó en su gruta,
borraba del poliedro de la fruta
la oscura pulpa que nos ruega.

El secreto del castigado desdobra
el mando: sopla la boca
sobre la tierra cocida del barbero,
que desgarró las presunciones de la tiara,

ocultar las arrugas del armado
infel, pámpano de las napeas,
cuyo traspies al ritmo del Apolo,
lágrimas son del oído mal juntado.

Órficas se consagraron las dos lunas,
tocar y la dorada muerte del jabato,
cuando busca en los muslos la ciega orilla,
cuando la primera noche esparcen los colmillos.

Nos molestaba el quinto día de la luna,
la sabiduría sin poseer ni ser poseída,
cuando Júpiter movió el casco con la testa,
robusto acostumbrado al abrazo de los árboles.

Su piel sin tregua en el trineo,
las flechas salían del árbol al fuego,
armado todo, romper el círculo
fue lección al despertar lo venidero.

Apalea la serpiente al parimiento,
cuando los muertos son las ranas.
Delfica también la luz al templo
asciende, yerba de la herrería divina.

Pero la luz igual bajó al hombre,
se enredaba en las zamarras barbiluna,
en el cántaro sin agua, una
señal tejida se decidió a ser nombre.

Con su cítara penetraba las ovejas dormidas,
se le rendían los cielos en su potestad superior,
la música total en las proporciones escindidas
y el ritmo en el gusano arador.

El arpa del niño y enfrente las barbas de oro,
en el templo la imagen del dios con estambres de abejas.
El pastor establece el ganado sonoro,
los métricos deseos y las guerreras quejas.

Cambia de nombre, pero no de progresión,
nuevo engendro del gusano y la plácida araña.
La arena reseca en fiebre el cordaje del son

y en el caracol se hace música y se daña.

Febo, efebo, Fos: que era del linaje del fuego,
y las respuestas para un tridente cruel y locuaz.
Dadnos la tierra que interpreta, es el ruego
de la saeta, de la semilla y del demoníaco rapaz.

Ocasiona muros, rapta el número que respira,
baña cada guerrero en su escudo agujereado.
Hay en la conducción secreta del fulgor de la ira,
los órficos compases del carbón preñado.

Luz junto a lo infuso, luz como el *daimon*,
para descifrar la sangre y la noche de las empalizadas.
Las tiras de la piel ya están golpeadas,
y ahora, clavad la luz en la cruz de la Pasión.

PRIMERA GLORIETA DE LA AMISTAD

(Para Fina García Marruz)

Señora piel... oleaje,
punto en boca del pez.
No el wagneriano crinaje,
sí la hoja en su envés.

Luciérnaga del poro,
extensión con su pino
de Noel y el egipcio lino.
Se pliega, esfera de oro.

Incomprensiblemente se retrata
con una orquídea japonesa.
Su alianza es como la plata,

cuando en el examen reza.
Hable la fresa en su rocío
del baile de los elfos en el frío.

(Para Bella García Marruz)

La *Diana*, la leona,
pinta el azul en estera,
tortugas en las cuatro lonas,
trifolias en la cafetera.

Primero, baila en el mito;
antologiza el acanto
después; pitagórico rito
binario levanta el canto.

Compruébase con la risa
y el esmalte dice en la estría
del mueble ascendente lento.

Niñez del fantasma estira
el telón de los *Cien días*
o las máscaras del viento.

(Para el Pbro. Ángel Gaztelu)

¿Quién podría decir, Ángel de las Escuelas,
que en Fray Luis, las *serenas*
son las sirenas?

Y que la primera sirte cancionera, *Querento*,
es la ciudad, el arroyo, el amigo o dinastías,
después que, como el humo, treparon adormecidas.
Que las ingravidas amonestaciones de Cháscales,
dirigen las *decretalis* a los confines donde los caballos
tasan su espuma por su igual confitería.

El taponado oído, que es también sirena,
conserva su parábola chorreante,
mitad lince bigotillo o jabalí lloroso,
entre la cueva y la mano en hilo.

Pero al caer de la cera en el oído enrejilla el secreto,
graba las inscripciones contra Aquiles de la tortuga en el peto.

Pero hoy las sirenas están en la capa, en el cubrefuego,
o ya en los contraídos nudos del hipérbaton latino,
pues la ciudad cabecea, se vuelve ondear marino.

Pero el demonio sigue haciendo con el tiempo una masa harinosa,
que el homúnculo no puede ya cortar,
percibiendo la planicie de un zumbido en torno de la higuera.

Así usted, mi querido Ángel de las Escuelas,
sabe que el tiempo se disuelve contemplando el *esse sustancialis*,
y la Forma, hecha de la arenosa resistencia.

Y que la divisa de un candoroso, enfermo heresiarca:

Conozco aquel en quien he creído,

sólo llueve en la flauta cuando él nos quiere conocer,
y nos escarba hasta transparentarnos.

¿Quién podría decir, Ángel de las Escuelas,
que en Fray Luis, las *serenas*
son las sirenas?

Su decidida nariz y su paladeo de merluza con aguja del paladar,
y su rapidez criolla que sabe de la torrecilla en la espalda,
tienen el despertado naciente del sello de la alianza,
nos hacen creer en la misteriosa artesanía del mantel
que se acerca y del volante verbo la mazorca,
y todo ello resurrecciona cuando usted brama en la puerta
y alboroza.

(Bodas de Julián Orbón)

Dispone la contrarréplica, bien haya!
La réplica arropada en trineo, abanicada a lo egipcio.
Roto lo causal entre cuatro tocados, potestades,
la contrarréplica mece la seda arrinconada.

La réplica inunda a clavijas de sótano,
y se alza brusca a la luciente piña, sortijón;
entona por una presencia del estarse o tejerse,
pues el enfrentado tiene la potencia y la réplica.

El enfrentado en su frente que se abre como una cuchara,
tiene la caballería de humo y el antílope crítico,
por eso su *furore* tiene la criolla dulzura calderoniana del “áspid de metal”,
y Tanguí invenciona la contrarréplica, entera de criolla,

hojosa de piel descalza, retirándose para hablar al final
de los diez y siete cuartos, y volver a la primera semana
donde se casaron, juntos con una espada y un gato,
y el enloquecido, maravilloso negro de Santiago: ¿está el niño Julián?

(Para Lorenzo García Vega)

Miraba y rompía como lince circular el no encuentro,
pero a veces reclamaba tropezar y conversar,
enumerando con tibieza la oscura cantidad
de cuerpos y jarras rotas y de maltrechos arcos.

La puerta por donde tú seguías entrando día y noche,
después me hablaba con calladas afirmaciones baritones,
me decía la puerta que la compañía de hondura laberíntica,
tú la traías con tibieza criolla de alucinación y temblorosas manos.

Tus ojos están parados en dos pies como los estirados caballos
y tu manera de dividir las palabras como las migajas
que conservan la sustancia después que la casa se la llevó el humo.

El paréntesis de la pausa en que respiras,
se hace espeso para mí como el tictac de un saco
de arenas, pues mi vida se narra entre los cujes.

(Para Cintio Vitier)

Se nos fue la vida hipostasiando,
haciendo con los dioses un verano.
Viene el *ictus* a la choza cantando
el efímero y los dioses de la mano:

Queríamos la carne de los dioses,
el aliento, el *pneuma* ya guerrero.
Estaba en el malvado mandadero
el *intelligere* del Bosco de los goces.

Unía el río la piedra con el alma;
la estrella en la fibra de la palma
sonríe la bisagra de dos mares.

¿Pesa el conocimiento como cae el brazo?
El aliento y el bostezo divino enlace
si el pez y el relámpago son pares.

(Para Mariano)

Es, y sí, el Gran Elector,
toca, reencuentra y exime
el pedazo que percibe,
bello animal a su olor.
Escoge frambuesa de junio.
La esponja del plenilunio
escoge ciego; chorrea en su telar
la línea de la gaviota,
elector no elegido. Y, pelota
del Ananké, vuelve a hilar.

Arena de aquel destino,
y no fatalidad de fatalidad,
el bálsamo de Fierabrás
se destapa como el vino.
La suerte empieza,
cada vez que despereza
se da el salto a otra fuente
y el árbol se carga el crío.
Cobalto del ruiseñor, moviente
la rama iniciala el caserío.

*(Para Alfredo Lozano,
por el Obispo, el Ícaro y el Pez)*

Vueltas el fuego recobra,
como que arde en su centro;
como que pronto reobra
en el espejo de dentro.
Tira hojas a la pira,
pero salva a Orfeo, su lira,
hija de la tortuga lasciva.
Veloz inmovilizado
ante la piedra cautiva,
en el Ícaro estrenado.

Estira el yeso el Obispo
amortajado, plancha el hábito
con varas de Trismegisto
e incógnitas de Pirilampo.
Escala en la eternidad,
Can del tiempo, pero mudo.
Sonríe desde su encierro
al ver el muro roqueño,
que cubre como un cristal
la sonrisa de lo eterno.

Al borde de la mañana
los desmanes de Diana,
con toronjas de cristal.
En un parque vive un pez,
que mira bien al través
de las rocas y los álamos.
La mano que en las agallas
trazó las cuentas de ensalmo,
regaló cometas calmo,
hizo el juego sin murallas.

(Para René Portocarrero)

Tú sabías,
que el aroma de la piña era el vals del paladar;
que la reaparición del juglar era en un patio del Cerro;
que el ángel y la tortuga paseaban por nuestras azoteas
en el mediodía, con la transparencia espesa de la piscina
invadida de cuerpos intocables en su embriaguez,
pues podías haber pintado la Legión tebana o La retirada
de los diez mil, pero preferiste llevar a tus banquetes
nuestra novela de bolsillo, donde la dama con un mantecado
sombrerón y un lazo para los mosquitos,
lanza el mantel en las confusiones del naufragio.
Cuando la luna descende a los infiernos
o enciende las plateadas chozas incaicas en las altas rocas,
el juglar tiembla al elevar una escalerilla de copas,
soplando la alfombra que volará tirada por balcones ciegos.
El ángel que salta asustado, como si saliese de un cascarón
vigila la ciudad donde pasas el invierno,
donde planchas tus corbatas con la receta del Doctor Fausto.
Tus banquetes donde el hijo del carnicero sirve la jarra
al monarca de incógnito, reconocible por su indiferencia
ante el pescado de ojeras babilónicas,
van recibiendo invitados, que surgen de un desfiladero,
escapados a las flechas de los persas minuciosos.
Parece decir:
las corbatas escocesas son un dije en la eternidad.
Pero dice:
*la imaginación es una casa al lado del río,
y el río es la primera ley de lo visible invisible,
que no se transparenta hasta que el ángel
se zambulle uniendo sus manos, mordiendo la mejorana.*
Cuando te mudas la ciudad habla por sus grietas,
pues las voces subterráneas te soplan sobre las nuevas pesadillas,
que las brisas aconsejan en tus ventanas desdoblables:
la que va de tu pincel a la granada de Deméter,
la que trae Orfeo huyendo de las Amazonas.

(Para Raúl Milián)

El polen es un ente,
potens el dicotiledón.
Reverso del poniente,
chupa azul el terrón.

Por esporas... el tridente
pincha en el acordeón;
una estela a su puente,
gránulos de algodón.

As de oro a su acto,
la semilla navega
el contorno en su esencia.

Tiara en sangre su pacto,
a su ocaso se entrega
la flor, su resistencia.

(Para Eliseo Diego,
por su Calzada de Jesús del Monte)

I

No el plectro mece
la arada consistencia
de un peldaño en la esencia
de su espejo, y parece

borrar toda frecuencia
— todo humo escarnece
su propia intransigencia
que lo ovilla y perece — .

La mano que no existe,
en su ademán persiste
y cubre la otra mano.

La frase, ceja;
la lentitud, abeja
y aguijón de la mano.

II

La brisa lo secuestra
y densa como un chaleco,
en la mesa de noche recuesta
un apagado eco.

La almohada y el seco
caracolillo condensa,
y si caen como un fleco,
permanecen en la permanencia.

Aljabas por los alrededores;
maúllan sus corredores;
bebe en la placeta.

*“Completamente, dice,
el terrón volatice
en pico de la ola secreta.”*

III

Lince gordo, lince
que su pincel no entrega
al aire que lo anega
en voluta o esguince.

Conoce la esquina, luego
el présago mancha de vino
—cerámica a su fuego—
otra alacena, el recado fino.

Diestro amigo. ¿No sabe
que me alegra? Alabe
otro como cae su sentencia.

Diga el plectro el servicio
y mármol de su ejercicio,
y cómo ordena y silencio.

(Otra vez el Padre Gaztelu)

Norma, que se devuelve a yerbazal lunado,
creciente a torre de buey y ejemplar cuidado;
canon, entreabriendo el tricornio presuroso
y cerrándolo en triple basto de fuga ceremonial.

Ley llovida por los avances del claro de rey
y escampada regalando el escudo del mesón.
No podrá olvidarse con caracoles irónicos,
la firmeza de teja coralina que se empuña.

Métrico, buen instrumento le dio sus narices,
para el airecillo en pausas retruécano.
Su despertar saborea el tiempo medido.

... pues olvidando la oda navarra y el buen segurete,
se va acercando a criollo lasquear y a compaseo,
llevado al menear la cabeza y al brusco estar quieto.

(Para Fina, por Las miradas perdidas)

Neptuno gira el pescuezo,
y la alguilla si se irrita,
el tridente se nos quita
del avérnico mastuerzo.
Enigmático palomar,
sube agua del fanal.
Gato en su oscuro discreto,
la escalera se retira,
cuando la mirada mira
a Neptuno vuelto secreto.

Cuando ganan las miradas
el mar lo suma a su roble,
precisa hojas pisadas
para amanecer redoble
y monstruo de su atavío,
no escarcha ni peje frío.
Y el tridente alza el pacto
del mar, viejo de heridas
con *las miradas perdidas*,
Neptuno sonrío el acto.

(Para José Rey de la Torre)

Un dedo puede sentarse como Omar
sin la conjugación del mar latino.
Árabe *voluptas* y romana *dignitate*,
el arco romano en el árabe albogón.
El frío del Condado de York, qué bien aleja,
la pinarita, honguillo habanero, qué bien prepara.
Sanz le dio el llavero a Rey para el antifaz
del Gobernador. “El guardián, dijo, que vaya a ver
a su novia inexistente, y que duerma después en casa
de su tío, el alférez colorante.”
El dedo del Rey, qué bien con el llavero
clavando, dulcemente, el cometa, oh guitarrero,
todos sus dedos nadando por el llavero.
En estos días pascoes, se lo juro, el procónsul
Juliabro y yo pecador, encontramos la Torre deseada.
Aquel cometa, abrigado por su guitarra,
en estos días pascoes, se lo juro, salta del Condado
de York a la Mejorana: los tres andamos, los tres reímos.

*(Para José Rodríguez Feo,
en los días de Orígenes)*

Como ardilla que rueda y no se empaña,
las dulces bien medidas diversiones,
persigue doblado en mitad de la campaña
el velo que excita, descubre las interjecciones.

Como es oro sutil lo que él apaña,
y si va al campo a robar interjecciones,
la flecha griega odiando lo que entraña,
rompe el ánfora de aporías y diversiones.

Por tierras de nieve sin rejillas,
prolonga la miel de las mejillas
apegado a un cristal que no se duele.

San Jerónimo y Orígenes acrecen,
cuando ambos parece que se mecen
en contrapunteada raíz, que no se mueve.

(Para Octavio Smith)

Aspas, bastos, flautines, ojos,
niebla, aliento, sombra, cerrojos.

Aproximación a las proclamas del estío,
cuando la madera chilla dentro del caserío.

La entonada raíz el agua mece
y el leñador pegando en la sombra acrece,

como dos vasos de agua removidos,
por barajas y linceos estremecidos.

La niebla es el sombrero de una vida sumergida,
quitarse el sombrero es lo invisible que convida.

(Para Agustín Pi)

Si quieres que te recuerde,
sóplame.
Conviérteme en una hoja.

En el halo hay una mosca.
Se despierta,
nada entre su cuerpo
y la almohada.

¿Cómo sentir a la abeja?
Retrocede,
pinta el aire, acaricia
el perro en el frío de la noche.

Columna de la primavera:
entra la sombra al árbol,
despierta con un paño
entre sus piernas.

Las puntas de las estrellas
tachonan la espalda
de la serpiente.
Orden de la caridad:
serpentina y generosidad.

Presuntuoso mismísimo,
se recuesta en un panal
a la sombra.
Se inclina más... La otra mitad
es tan blanda.

Se ocultó,
anegado en una nube de apoyo.
No se diluyó el paseo
en errante punto amargo.

El pez que agoniza
fuera de su moviente pregunta,
fue la invención del espejo.

Trae un cordel en la boca,
pero no encuentra
ningún laberinto, y se pierde.

Viene la noche a ceñirle.
Está en el recuerdo
de la hoja. Húmedo mismísimo
y nada entre su cuerpo y la nada.

(Para Sergio Vitier)

Trotón, teatro de alambre,
trota en la gruta de espejos.
Crótalos de muy lejos
su madeja de estambres.

La escalera sin uso
y el cordel que no quema.
No hay principio en la arena,
sí escafandra en lo infuso.

Mira: allí viene escribiendo
una mariposa en latín.
La cantimplora sin fin

rueda el verso entreabriendo.
Guarde la paloma por su raíz
el zodíaco de la semilla de maíz.

DOCE DE LOS ÓRFICOS

Cuanto más penetra la luna en el caldero,
fijo tuétano y móvil sangre lunar,
el mayordomo desliza en el silencio.
Cronos no ahonda el cuidado de su sangre,
enredado en sus pasillos como el centinela que él ya no ve.
El murmullo de los invitados se aleja dejando el remoquete.
Sudan buscando la compuerta, el sobrenombre,
los cerditillos graciosos esperando la fuente del tapiz.
Vuelve a contar, sueña que tropieza con el invitado
grueso, que conduce el roto báculo del epigrama
del crepúsculo: las manos de Hera baten la crema de la hijastra...
El crecido violín penetra con el epigrama batihoja,
preparando la sombra del mayordomo cuando retrocede
de espaldas, pues tiene que penetrar en la otra cámara
sin mirarla, retrociendo llega cuando el liquen
aprieta al copero balbuceando. Y suelta
al mayordomo, ya bautizado, con apopléticos raídos verdes.
El tintineo parece ahogarlo, fríamente
recibe las laberínticas miradas, las devuelve
el ahorcadito cuando silabea el horóscopo bufón.

El duende, eterna copla de dividir el fuego,
saluda o irrita las ventanas del rey sin cosecha.
El mismo rey tiene que retroceder, untada escoba
o hablador caballo, a las filas últimas donde la pira lo recoge.
Bobeo el duende, sabiendo que el fuego tira su acechanza
y divide el bastón de ágata con la eterna mitad que salva
a la tortuga, pero el duende borra su mitad y lo cóncavo recibe.
La metáfora del rey bien pellizcada por la imagen del duende,
será esparcida en la asimilación de las resinas.
La visita del mago y el bufón cuando el duende
deshilacha furiosamente el fuego, van pasando pieza tras pieza,
alfil o faisán, jabatos o flautas con amuletos para el oído de los saurios,
y las varas son mustiadas por el mago cuando el bufón encuentra la piedra,
donde orina que nadie lo va a buscar ni conoce la puerta de su sueño.
El duende, lenguaje saltado desde el fuego, colecciona las varas,
y sabe que la rueca tiene que oscurecer, entrañándose,
pues sólo gira donde la luz se ausenta y desciende la escala por la tinta del
múrice.
La rueca humedece la suerte infernal del doble,
y Atropos (las tijeras) empiezan afinando entre el prestidigitador y las resinas.

Volcadas las copas, los tragos enemistan
a la Sacerdotisa con la Reina, los dos cuernos
de la luna y las dos llaves no caminan hacia el espíritu
maternal, pues las malas cosechas persistían
hasta que la Sacerdotisa no se aclarara en la Reina.
El Círculo no era el Canto,
los tragos no conducían sus ríos hasta la humedad
de la Reina y la herrumbre manchaba sus canales.
El círculo de la Reina y el canto de la Sacerdotisa,
los dos cuernos sobre hojas verdes y las dos llaves
reclinadas en la boca de la granada, no descifraban
el tercero con rostro de sacacorchos
del bóreas y pasamanos del septentrión.
La espera de la penetración de las aguas,
enemistaba a la Sacerdotisa con el espíritu maternal,
y el canto despreciaba el instrumento del círculo.
Los duendes, en la ascensión de las langostas, devoraban al Rey,
adivinando la ceguera de los tragos en la prolongación
de las aguas por el espíritu maternal.
El reloj de los armadores y las fuentes de la saleta,
vacíos por la enemistad de la Sacerdotisa
con la extensión regalada a los tragos por la Reina.
Las copas cubiertas por la manta del tejón,
ladeaban pudriendo el círculo de ramas curvadas y los iniciados cantos,
ocultando aún más al tercero con cara de novillo embadurnado.

La sonrisa de la Emperatriz adensa el aire para las sílfides,
allí el terror de la muerte está entre el aire y las espadas.
La cuarta parte del cielo es el reino definido para las sílfides.
Si para clavar la muerte intentan asir el sonido,
no podrán interpretar los helados dictados de la sonrisa de la Emperatriz.
Las sílfides abandonan la astuta dignidad del mensajero,
que tiene que entrelazarse entre el aire, las sonrisas y la espada.
Emperatriz de cáustica cola por la cuarta parte del cielo,
enviando mensajeros pegajosos a la herrumbre y la carcoma.
El gran juicio, la muerte de la Emperatriz como un maniquí,
que no se cruza con la yeguada y mensajeros.
La helada sonrisa de la Emperatriz rota
por los palillos de las sílfides, pellizcando
las arenas del juicioso cojitranco.
El mensajero cabezoncillo trata de nuevo de asir el sonido,
en su llega las podridas abejas son las sílfides
y la cuarta parte del cielo bisbisea.

La cara de cada uno de los gnomos en un pentáculo o moneda,
corren como lagartijas por la afilada nieve, y ya blancos,
en la blancura se disfrazan y rompen con más ardor la grieta.
Sus arremolinadas fugas, que tosen en la punta de un color,
dejan sin apartarse de su reciente somnolencia los primeros tres números.
Al girar los gnomos entre la malhumorada torre y los entreabiertos carbunclos,
tienen que saltar de un número a la cabeza de un animal en la gracia.
El cuatro y la cabeza de Aries se entrecruzan y rezuman,
tienen la espesura de la noche musicada que rueda por la memoria muscular.
El cuatro se apresura a su Hades como un tonto desprendimiento,
los cabezazos de Aries tienen su ascenso estelar,
pues la distancia tiene que engendrar su propio rostro,
y un descenso por la acordonada sangre de los árboles,
donde al final conversamos con la pérdida de la destreza en Radamanto.
Viejos los gnomos, reemplazados por la Sota, comienzan
a reírse de sus traspiés, de la ingenuidad de la Ley y el Nombre.
El Mensajero como una esponja agrieta las Sucesiones,
y suelta sobre el Nombre el ligero cometa de lo ocultado.
La Sota planifica quedamente los cuatro tamborcillos de la tierra,
y decadente intenta reconstruir la ley y el árbol del nombre.
Desaparecida la arena de lo blanco, en la blancura, el Resultado
irreconciliable con la primera noche en los bastiones.
El bastón del signo por debajo del agua y la armadura,
para ver y ocultar despiden reflejos y chispas que alejan
la manta del tejón, o la cabeza de Aries en los cuatro menguantes.
La rapidez de la chispa de la andariega armadura,
hace ver el signo entre dos cuerpos y la púrpura fiel de los coperos.

Las varas y los duendes hablan, pero la armadura
sólo añade sombra, y nos traspasan con el aliento
los cristales de cuarzo. Así hablan.
El sonido de la voz alcanza su arco con el sonido
que no se intenta asir, con la misma indiferencia del mensajero
que limpia su hebilla con aceite de nuez.
Llegaban anticipados y querían oír lo que no se dice,
su cimbreante arrogancia los llevaba a ponerse ellos
antes que el sonido. Entraban para asir el sonido
y la voz se les hacía indetenible como el murmullo.
Fingían que oían y ya no dejaban entrar, impidiendo
la errante seguridad de la luna, cuando entre la torre
del mastín y la torre de la garduña bautiza la llanura.
Aquí las dos torres hacen perder el camino
a lomo de burlas y antifaz del cangrejo negro.
¿La voz puede asirse? ¿Las chispas de la armadura
pueden asir el sonido? Sensación final
del rocío: alguien está detrás.

La aparición de los trasgos, con sus anchurosas
colchas líquidas, impiden a los animales más sutiles
acercarse libremente para que también puedan reconocernos.
¿En la coincidencia del reconocimiento hay un misterio
de equilibrio, en que se conjugan el arco de los imanes
y la elipse gomosa? Cuando queremos rehacer el equilibrio,
aparece el fruto dorado y la tenaz naturaleza de la tentación.
¿Es un equilibrio o una naturaleza la levadura y la ananké?
¿Puede la reina dar órdenes al ejército de coperos?
La reina domina la humedad que necesita el cangrejo negro
y tiene la clave temporal de la absorción de la tierra.
La venatoria la coloca en el tapiz oyendo lo que nadie dice,
anticipándose a los desprecios indescifrables del murmullo.
El linternero quiere cobrar de nuevo sus servicios,
que señalan la oportunidad de caer sobre los imanes y la elipse.
El linternero reconoce lentamente las dos vasijas
y púdico elemental se retira cuando comienza la tentación.
El mensajero suda al desvestirse y los trasgos
le aportan la media jícara y los dos imanes.
Cuando la esfera deja de escindir-se en el cuadrado
y la conjugación del verbo reúne lo semejante con lo hostil,
el aliento, la cantidad de aire penetrador es también un signo,
rocía la indistinción de la torre negra y de la noche.

Lo semejante sólo se rompe con la resurrección.
¿En qué forma allí se liberan nuestras efímeras sucesiones
y el tedioso señalamiento de la causalidad operadora?
Pero la resurrección casca el secreto del saber en el humeo pompeyano,
y la búsqueda se adormece en los encontronazos de la berlina.
La indistinción de la torre y de la noche semejante,
surgen de la dualidad gozosa de Tiresias
y las miserables interrupciones de su cayado en el placer de las serpientes.
La socarronería de Tiresias reúne la tentación y el conocimiento.
¿Puede llegar la resurrección en la conjugación del verbo,
o el círculo de imán puede decapitar a la elipse?
Sin el reloj cognoscible de la torre negra no podría existir la tentación.
Si el cayado no fuese una serpiente seca, no podría
intervenir en el círculo copulativo de las dos serpientes.

La posesión quiere penetrar por la balanza de la justicia apolínea,
hay la manera de poseer del duende y la del trasgo:
quemar en el lunar de un solo punto o la musicada
extensión del lince recorriendo la sangre;
la posesión por el fuego y la posesión por el agua.
Y la otra posesión: ¿leer es poseer el libro de la vida,
donde tiene que leerse nuestro nombre, y ya no somos poseídos ?
Es visible el miedo ante la mirada, pero es invisible
el miedo cuando somos mirados; lo que se nos escapa
y nuestro juneteo hasta la orilla del mar, donde el duende
clava la pira funeral para unir los dos reflejos
del sabeo y del adriático, el entrañable y el pulimentado.
La unión del ígneo posesión de la mirada y la ocupación del trasgo,
en la balanza apolínea eliminan el brazo de codo torcido,
el diablo, el diablo como hongo de cuarzo transparente;
como maniquí que hace de pelele y de ventrílocuo;
el diablo de sobremesa cuando recuenta las aljabas verbales,
y las va sorbiendo en la falsa sucesión y la espada robada,
como enano loco que chilla cuando alguien quiere reconocer
a su amo. Él no quiere reconocer, ocupar o poseer,
sigue jugando a los dados delante de la estatua
de Hércules Buraico, pero ya sin misterio.
Él es el espíritu mediador, el que se entrega podrido,
en las operaciones monstruosas de la noche a los duendes o a los trasgos.
El diablo escamotea el pentáculo con el Resultado.

Los dos ejércitos, como la indistinción de la torre y de la noche,
usan capa larga y se tapan la cabeza,
y justifican que el linternero quiere cobrar sus servicios.
El papalotero, cuando no se precisaba si el Mensajero subía la torre,
cobraba los emblemas de su poderío, el camello que rompe
los vitrales dejando el cangrejo negro de su corcova.
Vienen a reclamar y las tapas no se cierran, contempla
al caballo mascando hojas con grillos, y la hoja
viene al círculo, entonces los vasos comunicantes,
las groseras colchas de los trasgos espesándose.
Los dos vasos comunicantes, ya no hay regreso.
La hoja escapada de la rumia va al círculo,
donde los grillos raspan de nuevo del quelonio la armonía.
El diseño de la rumia favorece la elipse de la venatoria
del dios Pan, es entonces cuando la hoja
se escapa hacia los vasos comunicantes, no al círculo.

El perro conversador y la serpiente como flecha,
nos obligan a cerrar los ojos: entonces surge la inocentada de los niños inocentes.
El bufón acuesta su rostro en la huella de los cascos,
oculta en su capa y lo deposita cerca del cocodrilo.
El cubo negro, carrozas y el desierto, los sacerdotes
giradores y los aulladores. El girador acude a la mesa
del café de los enmascarados en estío y por las lluvias.
Los sacerdotes giradores siguen los doce planetas,
y los aulladores conversan con el perro en el billar.
¿Podemos asir el sonido del marfil cuando los tres juegos
distinguen las tres lunas? ¿La caña y el marfil
se unen por el golpe en el desierto? Espero.
Los giradores van rotando sus mesas, y los aulladores
extraen la espina del bambú del golpe en el marfil.
Hay un ritmo también en el bolsón del cuello de la iguana,
la penetración del agua y su golpeteo por el junco numerado.
Los aulladores están allí, para percibir el cuello
de la iguana cuando se transfigura en lo semejante.

Los monstruos somnolientos tropiezan en la sala de las rejas,
los disfraces, imanes, jícara y semicírculos,
se enroscan como pellejos viejos al caldero,
y los días de cosecha se transparentan tras pasados
por el cuarto de luna sin lenguaje.
Los trasgos, como Buridán, entre dos lagos, se esconden
en las esponjas, que pisadas chirrían el sonido
que se extingue al asimiento de la hijastra.
Endurecida la musical esponja se rompe
en el órgano ecuestre del confesionario.
El rezongado lago del mamut creciendo,
alborota las entrecortadas sílabas de la esponja.
La escamosa sala y el audible lago,
preparan los andamios y los polvorosos floripondios,
que van a ser fumados por los trirremes del mural.
Las ahumadas escaleras coinciden con la demagogia del entronque,
donde las sillas romanas esparcen blandamente el calendario.
Trepas por la gotera y por la escala, ya en el centro del armonio,
liga las cuerdas reacias al conjuro, cuando asciende
el ahorcadito relame el horóscopo bufón.

II

AGUJA DE DIVERSOS

I

El Emperador y el sobrino están dispuestos a saltar
sobre los marfiles del oculto Belerofonte.
Andan despaciosos por los bordes de la taza,
sus conversaciones lavadas en arroz
y en sus apartes en las columnas
orinan suaves la calva del romano.

II

...Pues el Decreto tiene que fijarlo así:
que los cerdos no brinquen por las calles.
No por los ojos del hombre,
que saben trocarlos en un circo neblinoso,
mirando hacia el rebrote claroscuro.
Pero los caballos brincan al ver al cerdo,
sus ojos cinturonean su sangre,
que quiere exclamar granada y granazón.
Y el susto de un caballo le revienta el bajo vientre,
y el hombre ha hecho de su terror un *soplo*,
que mancilla sus cueros y que sólo dobla
sus instantes, pero lo dilata y exhala.

III

Cuando hiende, corto de risas en nosotros,
la ligereza en sus tocados golpes, vuelve
en su nombre de soplo a remover
despierto un sueño que desdice y no nos toca,
pero llega hasta allí, donde también nosotros
paseábamos, y, nube, él también por allí.
Oscura coincidencia que tiene el precioso sueño
de penetrar en nosotros, después de haber pulido
en los trigales intocables correa de sus instantes.
La que cien ojos se hace río, la que cien silbos
fríos de flauta se revisten de un flamante
instrumento, puerta de clavos fríos también y penetrante
al instrumento con sus mugidos adelgazados.

Y nosotros mismos penetramos por nuestro soplo
en cavidades de otras medida en el sueño,
y también las herimos o despedazamos con brusquedad,
como si hubiese dos lunas y las dos caras suenan
leves al frío de conocerse o ahuecarse, para llegar
a un instante en que un hillillo las despedazará con un sobresalto
frío, tamaño que alguien le prestó.

IV

Le mandaremos las mismas mulas predispuestas
por la constancia de un metal escogido; las enmascaradas
mulas cargadas de la ligereza de un metal
que pronto tripula los saltos de la corriente.
Los habituales símbolos de la dádiva
habrán borrado su relieve, la jubilosa firma
del que envía ahumará sus iniciales.
Y así se entonan ciegas cumpliendo
el igual paso de la justiciera claridad.
Las mulas agarrarán toscas por un hilo
que las llevará al cumplimiento, no a la acogida.
Continuaban discutiendo, ya en la marcha,
si las alforjas abrirían sus puertas;
si el estilo de una recompensa se había alterado;
si las perdidas mulas serían reparadas por el obeso gladiador...

V

El padre de los guerreros revisa la boca del caballo
y entre las agudas precisiones la imprecisión de los recuerdos.
El cronológico teclado de las encías
se borra en los maullidos del amanecer.
Cambian así los colores de las encías, haciendo una ancianidad
bermeja de pesado palafrén y plata doble.
La boca parece que hunde un arbolillo como un ascua.
Los dientes los recuerda como una espina, amuleto
en la boca dura fregada por la tierra seca.

VI

La flota del vino desea que las aguas no la interpreten,
que las algas salvajes le corroan el casco de planchas bolivianas
y que su espolón caiga sobre el viejo puente que se hunde.

La cepa y la elaboración caen apretadas en la bodega,
donde los prófugos van reinventando detrás del privilegiado aro del tonel.
El numen de la flota del aceite busca que el agua la nomine.,
que la bondad de las algas se entregue a su destino
y que su rostro revise las viejas torres en las ciudades reconstruidas.
La gota de diferencia y de profecía le quema el lomo
y a su almirante barbado y suave sólo le queda el habla ronca.

VII

El lino tiene rebuscadas credenciales,
ciñe la tergiversada, aventurera inanidad.
Su inexorable calidad es la de transparentar
el cuerpo cuando no puede apoyarse sin hacer
caer la no interrogada compañía.
La semilla de lino tiene una ancestral amistad
con el aceite; lo transparenta, lo hace atravesable
por la esperada ligereza de la luz.
El lino envuelve al inane homogéneo con el uno
y transparenta el papel. Sutileza de una semilla
con inmóvil medianoche y ligero mediodía.

VIII

Hay que guardar la cuchara del palacio
de Dijón, con seis chimeneas para asar seis bueyes
reellenos de corderos, los corderos reellenos de capones,
los capones de palomas. Desde la altura de una silla,
cuello de escalerilla ata, justiciera como estrado,
el cocinero pega a los desleales, prueba
el codicioso espesor del tuétano del cordero
y proclama el ruego de regalar justicia.
El escapado de la sogá penetra en la nueva
santidad de la cocina, tan alto señorazgo
derrama el cucharón sobre su testa,
nuevo bautizo para la salvación de su cuerpo.
Con la nueva piel estrena una flamante chaquetilla
de azurita, y el cucharón sigue en un reposo
de campana, entre las piernas, flor de la Casa de Borgoña.

IX

Mi representación precisa objetos que la burlen;

los contornos que no sean segunda naturaleza,
 objetos sin equivalencias formales.
 El lomo del gato recostado secularmente en la chimenea,
 cuando el azul negro de la chimenea lo deshace
 y se incorpora a la noche que destruye a la columnata.
 El plato de cerámica en la mañana albina,
 gira como el estuche hialino descendiendo en las aguas,
 pues la luz se tiende y abomina el escudo de sostén.
 El sacacorchos dentro de la botella traza su imaginario,
 pero el laberinto al penetrar en el vino
 nos ofusca y se escabulle con el relato.
 El tapón al saltar sigue unido a la botella
 y recobrado, indiferente tapado con un hule mendicante.
 ¿La salud del objeto es su posible reducción
 a forma? ¿El acabado alcanza su transfiguración
 en la forma? ¿La forma es un objeto?
 ¿El objeto creado por la forma es un fragmento?
 El espíritu del río y del poblado,
 se enreda en la glorieta del extenso lienzo chino.
 Al doblar la página no advirtió
 que había despegado la mirada
 y no se sostenía en la proclama repentina.
 El retiramiento es más que el tiempo tajado
 por el hombre. La superficie de la materia
 se descifra en la palma de la mano
 y la mano tropieza con el amargo aguarrás de la boca.

X

Estudiaba las medallas y tenía que oír el relato de la señoría;
 el entumecer malhumorado en falso relato a bandazos:
 la visita había temblado más que las cortinas,
 el placer penetrando en un peine de hilillos y de guantes.
 El hundido borde de una moneda usada por gentes
 rivales, o los collares de agujeros sucesivos que borraban
 los años sucesivos, interrumpidos por el saboreo
 de las manos buscando la otra tibiedad,
 que alargaba las sábanas hasta alcanzar el brusco
 despertar en la cola de los caballos.
 Tenía que acompañarlo en el nuevo tintineo
 de las monedas portuarias, cuando el relato
 es imposible en la tocada frialdad del cuerpo lunar.
 Por sorpresa el murmullo rodaba una moneda

hasta el pañuelo atrapado del escucha relatos.
Cuando llegaba a su monóculo para escarbar
en el polvillo, de nuevo la señoría frotándose las manos.
El reencuentro de los metales que hacían la carne
de la moneda, pesaba como el ramo de naranjo
y el as de bastos de su aceptable lectura.
Cuando se agolpaba en la ranura donde se entregaban
las obligadas deliberaciones de las asechanzas
de cada metal, la señoría dejaba caer de sus manos
el polvillo que tapaba la navegación de cada moneda,
y salía a encontrar el sonámbulo marinero
que despertaría la tersa colección de Abakul,
mono de arena que se aleja masticando las monedas.

XI

La misma diferencia abunda en su inexistir,
pues la distancia encarnada en la llanura diversifica
los rostros. Esa misma testa vorazmente
en la mía, en el terror del placer rcobra
una diferencia cuyo centro de semejanza se pierde,
y así su mendicante oscuro decae con el rostro en la copa
de la mano. La diferencia es semejante al indistinto de cada árbol,
pues la tercera variación alcanza o depende de una distancia
de la que surge el instantáneo embozo de un cornúpeto trineo,
y el triángulo de diferencias es como la superficie sin tiempo.
Pues es la coincidencia de dos rostros,
con la tercera persona increada en la distancia,
sólo un acercamiento del dominó al nuevo foso.
Y si alguien se adelanta para lograr
aquella suma de los rostros en el entreacto del placer.
"Estoy oyéndolo, siga, volvió a decir."
La desnudez del plato elabora
que mientras el perro corre en el círculo
la mujer entregue las nuevas uniones con el descendido
impenetrable, ya que para disminuir su regreso el perro
aumenta su locuaz carrera por el plato horneado.
Sobre la marina la moneda con un rabo,
después el gajo de anémona sirve de trapecio,
donde se establece la mujer etrusca con su canasta
de múrices. Después de los primeros gritos de recorrido,
la tediosa fruta en su música cansada
rastrea los metales que no están hechos para su carne.

"Estoy oyéndolo, siga, volvió a decir."
 ¿Estarán buscando la cueva del pincel?
 ¿El aguardar del tosco dedal haciendo flor
 de un tirón de la piel?
 Conversador el peine comienza por inventar
 su relación con el dedal. Cambiando las hebras
 sumergidas en la cueva tiene que reinventar la cabellera.
 El pelo de la ardilla se hace coincidir
 con los agrupamientos plumosos del ánade o la perdiz.
 Y aún la cola del gato se deshace para abanicar
 con la ardilla el entintado muro.
 Pues hay también la casta del pelo,
 origen que recibió en el oro de las fiebres
 los venenosos consejos de la luna.
 Toda punta que se aplique sobre las formas,
 precia reminiscencia del ánade y la cola del gato,
 reminiscencia gobernada de una descripción.
 "Estoy oyéndolo, siga, volvió a decir."
 La línea que se sigue encuentra la parábola
 del muro, quedan unidos después los muros
 para recibir los gritos y los mongoles que se dispersan.
 Detrás de esos muros, la vara de los inútiles
 aguadores, pesadores, combatientes de la espina
 y el marfi, nobles que el tiempo toca
 con amarillo veteado en la pirámide funeral.
 Las relaciones de los muros se valoran
 por las contracciones de la masa de mercados
 escultóricos, resistentes, el tiempo sólo se frunce
 por las tiendas y el diseño del sueño de los pesadores.
 Pero las relaciones se solazan o distienden por el ligustre
 de los jardines —el fugaz del mercado
 no se pliega a la modorra final del espejo—,
 forma de nuevo otra masa que reclama
 el movimiento que no son ya las primitivas contracciones,
 deseoso doncel abandonando el roto de su capa
 con la bocanada de vino y el multiplicador ocio.
 "Estoy oyéndolo, siga, volvió a decir."
 Las colinas trabajan el manto de la epifanía,
 y el despertar inicia el asombro entre las arenas
 y el movimiento pleamar, línea que apoya
 el cuerpo con su invisible reconocimiento, compañía
 del asombro que abandonamos y la aparición
 que raspa con su cordaje la sequedad.

El asombro es una envoltura que cae, y atraviesa
las dos nubes de su transfiguración, y la epifanía
tiende a reconstruir su leve sobre los objetos,
y por eso necesita la momentánea puerta del asombro
y la meticulosa negación del fulgor, su arrancar,
su tirar hacia atrás, *su entre dos, su ya no está.*

La aparición tiende a mantenerse y el asombro
a desaparecer, por eso reincorporamos lo aparecido
cuando nuestra envoltura cae. Y cuando nos ceñimos
hemos ganado la esencial, lo mantenido raptado
por el fulgor del asombro. Hemos ganado una esencia
y la epifanía clarea su rostro.

"Estoy oyéndolo, siga, volvió a decir."

Las hispánicas brujas están sentadas, esfinges
vacilan ante la revelación de las piernas y la firmeza
del sexo: abandonan la tierna revelación de las ventanas
y la firmeza entreabierta de la puerta mayor.

Esfinges entre el sexo y las piernas, se sientan
invariables cerca del espejo echado como las cartas
por la tierra: arte mayor el de esas brujas
sentadas fundando, rodeado por las piernas,
el sexo y el horizontal espejo en tierra.

Las hispánicas brujas se sientan, no revuelan
en el tropel del sábado, sentadas cerca de la humedad
y del espejo que devuelve el sexo,
saben que la orgullosa longura de las piernas
está entre la humedad y las robadas juncias del espejo.

"Estoy oyéndolo, siga, volvió a decir."

Las contracciones de la masa, flauta o serpiente
que lleva la sucesión anillada de sus oídos
contra el muro, son descascaradas por el tiempo
silbando contra los rebaños de renos y alquitrán.

El tiempo ondula la superficie de las láminas
áureas no para elaborar momentáneos fragmentos, anillos
que van pasando deslustrados por la hoguera.

Esos tijeretazos en la masa deshacen
la moviente unidad de aquellas contracciones,
que llevaban los puntos relacionados hacia el foco
de iluminación. Tosca tijera por el sueño
errante y reclamación incesante de la mano
por el paño de abejas y campestre mecedora.

Ahora el tiempo no resquebraja aquellas contracciones,
sino sopla, borrando la tosca la tosca escultura del rebaño de renos,

el agrupamiento de los helechos, sucesión de las manos
 hacia el remolino, truncado el remolino.
 "Estoy oyéndolo, siga, volvió a decir."
 Lagrimones, escarcha en un cucurucho secular, las ventanas
 dobles hundían el cielo del grillo;
 la miel fría de diciembre envolvía
 a la musiquilla en bufandas pedigüeñas,
 y la bondad del organillo regalaba
 escarcha en anchurosos cartuchos de nubes.
 El charol conversa rápidamente con las cajetillas
 borradas, sus iniciales y coronas suenan
 magistrales bajo nuestros pasos redondos de castaña.
 Un pájaro de zinc y hopalanda nos trae la hoja
 de *grana paradisi*, ahora la melancolía se dormirá
 en los anchos sillones que nos prestaron, derretida
 por paños historiados no estará ya en nuestra grasa,
 formará las nubes permanentes en torno de la lámpara.
 El pájaro transporta otra esbeltez de otra hoja:
 la diagalanza. Se establece por la abandonada
 cordillera de los mármoles sucios de brea
 y laminadas preguntas que aplastaron al gusano
 de sueño ancho caminando por cien sueños.
 La diagalanza introduce a las nubes
 en el gusano. Y el gusano le da la vuelta
 a su guante para mostrar sus entrañas de nubes.
 "Estoy oyéndolo, siga, volvió a decir."

XII

Con el relámpago surgiendo de los hígados celestes,
 el recuerdo se deja leer, la primera inscripción.
 El dado brotado de nuestra momentánea ceguera,
 también se lee con las reclamaciones del relámpago.
 La vida doble del dado y la inscripción nos entontecen,
 pues la lectura de la inscripción nos impide la yesca
 simultánea. La contemplación de la máscara y el atrio
 necesitan del fulgor, si no los ligamentos del lino
 y la ciudad entrevista por los viajeros apestados,
 cubren con la borrosa máscara de agua la lectura.
 La carpa bate el oscuro en torno del atrio toscano
 y la espera del fulgot reduce el lenguaje de las telas.
 El relámpago rastrilla el vaciado que el oscuro
 sarmentoso va comiendo, hasta detenerse

en la piedra cocida con diminutas inscripciones
venatorias y el tumultuoso nacimiento de los dados.

XIII

Las bases no tienen que estar por los profundos;
la piel, la superficie del mar y la cara de la hoja,
mantienen su indisoluble y la tosquedad de la cuchilla
no logra inaugurar la enemistad ni el enloquecido
dispersarse, pues el rostro parece enraizarse
en la segunda raíz de lo propio, en la identidad
voraz que se hunde y continúa como la cabellera
extendida en la lámina interminablemente homogénea.
La superficie del mar no refleja la incontinencia de sus entrañas;
la lámina al tapar la boca pocera
no se frunce por el oculto cisma de las palabras.
La severa fundamentación de las espumas
no nace del incesante interrogar de las entrañas.
El rostro y las raíces tienen el mismo canal
para particularizarse el airecillo. Y el rostro
enterrado en el aire o la raíz que vuela
dentro de la tierra, tienen el mismo surgimiento
para que la voz y el aliento se encuentren.

XIV

El gato Jámblico, calderoniano, fluidamente
sentencioso, redondea las historias del cortinón.
Suave opulento rompe la unida diversidad
de la luz, arañándola por el asomo
de su rostro entre dos líneas acometidas.
Carnoso disimulado enemigo hunde su pincel
para llevar la luz a su rota descendencia.
Indiferente superficial quiere seguir la luz,
creyendo que su casa tiene las llaves en el brocal.
Enojoso de espaldas cree que la luz no lo descubrirá
ni dejará en su lomo clavado su rebrotante
cosquilleo. Paso profundo de risa se redondea en mancha para borrarse.

XV

Si el salmón roza las heladas plumas, las risitas
— confundidoras de barrios por el truhán de la luna —,

mudan de antifaces y de antílopes, rodando
por las puertas dobladas de los naufragios.
Las comadres y las dinastías que fríen ajos,
han olvidado la dirección del marmitón,
cuando lo llevan y lo acuestan, fruncen
las sábanas sin su cuerpo y remueven el polvillo.
No ya el buscarlo anula los clavos coloniales,
las banquetas altas con segundos de urracas,
picoteando la ginebra y la mentilla, los maletines
donde los enanos centellean, pues por allí
sólo aparece con su raída trifolia pluvial,
la del día de excepción que no da recuento ni posada.
A las seis pasó por el silbido del tren parado.
En la escogida se le borró perrera andante
y hacía mandato lo que olvidaba: a la casilla de saltimbanquis y flautistas.

XVI

Sobre la mesa la lista de los proscriptos
trepaba su escultura con la sangre falsa del tinetro.
Todos los nombres parece que allí rubrican
y se deshacen inocentes en un abismo de hielo.
La conspiración se cerró en lista y vuela
siempre hasta el tosco borde del nogal.
Ha sido leído silenciosamente en el redondel público
y nadie ha oído las sílabas que le conciernen.
Pasa su nombre por las ventanas dobles
de cada cámara inaudible y se rompen las iniciales
de las gorras. Gordos comentarios rodean
la tablonada casa de los conspiradores.
La lista de los proscriptos estaba sobre el nogal
y ningún conspirador prestaba su juramento.
La exquisita broma del plenilunio
rompía la lista, pero el pregonero
sin leer la partitura ahondaba las gotas de plomo.

XVII

El diseño de los búfalos chinos cubría las aspas
de una pared; los colores del devenir marino por el este;
de la cintura hasta la tierra llenará un confín,
las grietas de la humedad y el engendro;
la suerte de los rostros en la cuarta pared,

mordiendo su ira particular el metal sin diferencias.
La decoración tiene que ser hecha en una noche.
Por la mañana alguien asomará la desnarigada cabeza
y comenzará el castigo o la pintada carne de alabanza.
Se pinta a oscuras y el nacer de los colores
hace la luz, cada color apoya el golpe mate
de su compañía y después nacerá otro color
en cuyo rostro se despereza la danzante.
Saliendo de las manos, después de recorrer las siete sierras,
las figuras se incrustan en la pared de su destino.
Inmóviles pregonan su cornetín de amanecer,
la llegada del nuevo extranjero en el fiesteo.
Cuando se asoma el veneciano inquisidor,
la camerata revienta de inmóviles visitas
que rehúsean las pruebas de la danza, el vino o los paseos.

XVIII

El cuerpo y el cuello de la jarra obligaban a la mano
a permanecer ciega, la inocencia del caricortado marmolero
en su alegría haciendo coros en torno al dórico sostén.
La embriaguez de la marcha se lanzaba
por los oscuros musiquillos donde la voz no iba más allá de las columnas
y la mano rendía la adquirida calidad de su lenguaje.
Enterizos demiurgos galopaban sobre la jarra, entrecruzándose
entre la anilla y los murmullos, la inaplazable sucesión
de sus anillos intercalaba la piedra enemistada
con las aguas que la ablandan y le cierran el suspiro.
Los pasos marcando el reajo al romper el cerco
de las columnas, saliéndose del caído cuerpo
y breve cuello, rompían el acabado de la jarra.
El acabado musicalizaba el ingenioso escondite
de los dedos y la regencia del pulso mantenedor.
Los dedos sorprendiéndose al entrar en el barro,
reclamaban la cuña de madera artizada por el pulso.
La aventura de los dedos decide terminar con las grietas
del pulso, pues el desafuero
de las clavijas es un aviso al que penetra.
Acostumbrado el barro a las caricias se entreabre,
el cuerpo de la jarra se contrae para crecer,
y el deleznable cuello semejante a la boca de la tambocha,
reclama una esbelta longura para oír las brisas superiores.
Es la materia la que reclama su excepción

sel contrapunteo de los dedos está quieto en su humildad.
Si la ruptura comienza por prescindir de la materia,
el capricho se hace sucesivo y se regala en la proliferación.
La resistencia de la materia tiene que ser desconocida
y la potencia cognoscente se vuelve misteriosa como la materia
en su humildad. Deseosa comprobación del tacto artesano
que actúa rigiendo y mantiene su propiedad misteriosa.
La aparición del elyro litres tiene más carnal aprovechable
que los años en que Picasso comenzó sus platos.

XIX

"Cuando el tercero, de rencorete, cada seis meses papirotea,
las paginitas de sumalele inflando ombligo de chilindrón,
y linfa cipriota de agua de balde cose que cose el pescozón,
que da un verso, infarto de otro y los sumandos de Jean Cochin
le dan cabida al inspirado de ojos papúa, ya convencido que cada libro
le lleva su baratura al anterior, en calo y hueso, en sangre y señas.
Cada tres días cruza una raya de diagonal, el poemante del envidioma,
como en bahía cada tres días apean sacos de seconal
y el fumadero cubre de cal pared de dragonteada.
Oficinista del poeticantro bala la baba del signo de Aries.
Buen asistente de la lechera, dormido al teto,
pelea a la lanza con el ternero, jarrita en mano.
Tira que tira en el banquito, la rauda tinta, el tinterillo
y el abultajo le van trayendo cada seis meses
el fetocido de escayolada con la pelambre ya sin fibrina.
Da vuelta al saco de campanadas,
lo que antes chilla, ahora susurra, las nutriciones de Fragonard;
lo que antes se tamizaba por la enramada, buen apetito pasivisión,
mece la rama un actor viejo de buey traidor,
quedado haciendo purgas con el cuaderno del sonetero capín capó.
Jorobadito, verde palucho, de rencorete, el viruelero,
tira la jaba al mismo sitio que otro llenó de peces de la estación.
Va con la jaba, tapado el vientre de frotaduras para alumbrar,
soñando en plata doble ración,
él escupía la jaba buena que Dios soltó
en los rincones de promisión."
Esta proclama se dio en Viñales, cuando la visión se alzó sin la mirada
y el invisible adquiere forma sin pudrear en muy visible.

En el portal de la variada casa de la playa,
 en la languidez del refrigerio verde transparente,
 o en la primera noche cuando los tironeados muebles
 sueñan sus gambas, alejados del afanoso
 deseo de las comprobaciones lunares, sorprendemos,
 lo que no sucede cuando paseamos la varilla
 de nuestros tobillos por el níquel frío de los muebles
 de la tropezada oficina, la precisión de los animalejos
 — como si lo que alejamos en la ciudad retornara
 con una carta de piel fruncida como la ciruela —,
 que se dirigen a nosotros, desenvueltos y conversadores.
 Descubrimos: que la araña no es un animal de Lautréamont,
 sino del Espíritu Santo: que tiene apetito de hablar
 con el hombre; que tiene el convencimiento de que la amistad
 del hombre con el perro y el caballo ha sido inútil
 y holandesamente contratada. Si se le dejara subir por las piernas,
 no en los bordes de la pesadilla sino en el ancla matinal,
 llegaría a los labios, comenzando su lenta habladuría secular.
 El ámbito de la araña es más profundo que el del hombre,
 pues su espacio es un nacimiento derivado, pues hacer
 del ámbito una criatura transparente lo inorgánico.
 Simbólicamente la araña es el portero,
 domina el prelude de los traspasos, las transmigraciones
 y la primer metamorfosis, pues nada más posee
 un surgimiento visible y redondeado.
 El cangrejo llega hasta el hombre, tiene la plausible
 asimilación de las cortinas, la cama salpicada y el paredón.
 Llega a la cama y se detiene, saborea la medianoche,
 permanece inmóvil mientras el hombre ocupa su segundo espacio.
 Posee el cangrejo el segundo sumergimiento,
 ha penetrado más en la hostilidad, en la ruptura del reverso.
 Cuando abandonamos nuestro caparazón playero,
 finalizando las vulgares y danzadas estaciones,
 se encuentra también al cangrejo retirándose por las artes
 que prefieren el bullicio al oleaje, las móviles conversaciones
 y la inmóvil sucesión de las aguas, sustituyéndose.
 Si nos encontramos con el cangrejo en un cuadrado
 de arena y el cangrejo nos presiona con su tenaza
 de huesos, una energía se recorre por los círculos del hombre
 y aumenta su tonalidad comunicante, sus hilillos
 de radiaciones por el diafragma y el centro génito caudal.

Cuando el hombre ha soportado que es más profundo
el ámbito de la araña, tiene que recibir la otra
injuria: la rana respira mejor que él,
pues el aire le penetra hasta el temblor de las patas;
su cuerpo recibe con más delicadeza la caja de aire,
y transporta con más distinción de naturaleza cantidades de espacio.
Por eso la rana tiene la boca de la salida, parece
que alguien fuera a saltar de la boca de la rana.
La flexibilidad para el parimiento, por la cantidad de aire
que invade su cuerpo, le permite devolver al escondido.
La piel de la rana es para el escondite secular,
pues cuando le sale el cuerpo que le ocupa,
su piel de hoja marina devuelve los secretos
de las invasiones que había soportado, pues el cuerpo
que adelanta su boca demuestra que el sueño no ha destruido
el recuerdo de sus otros nacimientos y la espada jurada.

¿Ustedes saben quiénes han pasado por ahí?
Los dos enanos.

XXI

Después que la voz lo enderezó dentro de su plomada
de nueva vida y alejaba la posibilidad del polvo,
que comenzaba a rodar por la canal de sus piernas.
La voz había entrado como nube por la boca
y ordenado movimiento al nuevo adquirido yeso
del cuerpo. Se sacudió, resquebrajándolos, los bloques
con que la noche se adhería, apretura para apuntalar
los puntos de su recorrido, reconocimiento
que se hace porque el corcel se inmoviliza.
¿Cómo esperarán la segunda muerte? La de morir
su otra muerte, ya situado entre la muerte
y la otra muerte después del valle de esplendor.
¿Aquella resurrección entrañaba ver de nuevo
aquellas apreturas y el detenimiento
congelado del corcel? ¿O penetrar en las esencias
que habían hecho signos en sus párpados?
Siempre aquella indefensión y el temblor
al escribir la historia del resurrecto.
En ese desconocimiento de lo situado entre las dos muertes,
prefiere situarse antes de la resurrección.
¿El resurrecto se dispone a su otra muerte?

El corcel sobre su detenimiento y el cordel tascado,
no penetra en aquel reino donde transmite la voz
con la llave del mercado.

El resurrecto, situado ya entre la muerte y la muerte
en el valle de la piedra irradiante, avispero de centrales metales,
pues el germen no puede reabsorberse en la flor
de otro germen, sino por el ensanchamiento de su vientre
de enigmáticas refracciones pisciformas, que llega a laminarse
como la piel que recubre los granos odoríferos, las monedas
de los muertos, los arcos asirios, conmemorativos
del arco del antílope.

El perro se pierde en la bruma de sus noticias, pues el resurrecto
no puede penetrar de nuevo en el bosque y el que transcurre
deja caer en su plato lo que suena sin ser reconocido.

Al ir penetrando en la capucha tirada del caballo,
el fragmento con sus escalas y triángulos para la luz,
recibe la transparencia, el visible antes de perderse
en la suspensión, gimnasta que sólo tiene el sentido
de una orilla, hasta ser guardado como un pececillo
en la esfera del niño, sin contemplar la otra figura
que une el espíritu con el germen. Nos regala
el sentido la otra figura, mientras nosotros nos perdemos
en aquel bosque donde el caballo detenido fraguó
la pérdida del reino y las brumas del perro aventaron
sus noticias. El perro perdido en las abejas de su halo,
espera saboreando la carne de la harina con miel,
inmovilizando el rabo, ladrándole a las grabaciones
en la puerta, cuando el cuchillo y las uñas hablan
a la puerta en reverso ante la voz y el murmullo.
Pues si nacer al otro nacimiento es el apetito,
voracidad de transparencia ganada después de aquella suspensión,
y en que el apetito se hace con nosotros como la segunda
naturaleza de la gracia, ya que el cuerpo dañado
es la no transparencia y la hibridez de la voracidad;
morir la segunda muerte, la muerte del resurrecto,
tiene que estar dentro de la repugnancia, pues el hombre
no se inmoviliza como el corcel, sino puede tocar
dañado y continuar humedeciendo su repugnancia.
La repugnancia del resurrecto no tiene tumultuosa retrospectiva,
la hoja en la urna sin lo oscuro que mantenían
su levedad viajera y manumiso sin respirar.
El sentido es el fruncimiento de la impulsión
y en esa cacería gravita el relieve en los extendidos

brazos de la visión, su lejos es el tamaño de penetrar,
y en la erótica final tan voraz como el germen
de consumación, se tiende el alimento para el caballo
que se inmoviliza y los dedos dañados del resurrecto.
Después de la suspensión del interpuesto bosque,
el mismo perplejo de la raíz de aquella fuga,
hasta que el caballo, la capucha tirada era una piel
de rana, pueda cantar sin la harina del payaso.
El apetito se acerca a los hoyuelos surcados
por el líquido que recrea la lombriz del relámpago.
Dentro de esos hoyuelos una luz que une techo
con techo, ciegas puntadas de extinción,
mantiene el murmullo agolpado bajo tierra.
La repugnancia tropieza con que las hojas
unidas a la suerte de la arena agraviada por el agua
muerta, forman el tabique que se detuvo
cuando la suspensión soltó su corriente sobre el espejo.
La repugnancia del resurrecto, el paréntesis
entre dos muertes, el puente de hojas para las hormigas
albinas, que ya no podrán cubrirse con la capucha
tirada por aquel que cubre el árbol sin acercársele.
Los sumandos del resurrecto tocan la transmutación formal,
sucesivas hojas en las frondas sucesivas del ladeado espejo,
pero ya en ese menguante las hojas fijaron un rostro
y las frondas se cubrieron con las canosas tablas consejeras.
En ese operante ya no crepita el apetito las puntas
del pan, sino el resguardo de la harina húmeda
y los cuernos de oro del múrice retocado,
inician su opereta entre dos farolas
de entrada. El apetito tiene que luchar con el jabalí;
el frío de los metales se instala en sus mezclas
resurrectas, el imán de los hoyuelos vacíos descaece.
Longinos o el jabalí cierran la puerta del apetito
y el alanceado se embota en la carne del resurrecto.

FRAGMENTOS

Los murmullos tienen, plásticamente, una seda estrujada,
un gran pañuelo reducido por la mano, y después saltan.
La fluidez y contracciones, los graciosos dones líquidos,
desean un ceremonioso recogimiento, y después alegremente
vacilan ante su libertad. Murmullo que es esa vacilación
del candoroso repliegue entre dos lunas y la ancha boca
de ondas apoltronadas.

El abultante del ojo espinado tira el platillo de la gran pascua,
sin prender la rama clásica de oliva y trojes.
Los esponsales son por la nieve, enfrente el fuego,
van por la noche, no por la cueva, para ceñirse
la marca del cinturón. Lo desigual enarbolaba
el hinchamiento del bosque sacado del bucentauro,
enfrente el fuego, enfrente el bosque. La rama ardiendo.

Los murmullos agitan su nueva caldera de plata,
el príncipe y el condotiero sienten la ligereza
de la luna por las baldosas, cuando sorprenden el crescendo
que llega hasta el balcón, hostil plumón
en donde el sueño recibe el ancla del naufragio.
El pequeño oscuro tiene un oleaje contraído
Y la perra cubriendo las baldosas ladra la fuga de un reflejo.

La seda nos toca con la cola de su ciego calamar.
La jactancia ilusoria de la seda vuelve a ser reconocida
por la caricia que se extiende llevando sueño
hasta sus términos; su jactancia se tolera lentamente
y con lentitud despiertan sus guardianes el contorno.
Tiende a caer la seda sobre la piel, navegamos entonces
sin tocar las entrañas del mar, la piel del monstruo nos acoge.

Nerviosos animalejos de sumergidas cabezas,
mueven las piernas como lombrices avanzando por lo húmedo,
caracteres de la lluvia a la salida del salón de otoño.
Alguien que espera que la verde mujer termine de dormir,
mientras las sonrientes paredes improvisan sus ventanas,
se abraza a la pierna reconociendo la esbeltez
de las antiguas humillaciones, desembarcando en una ciudad quemada por los

persas.

Los tres cuerpos sonríen en la detallada estructura de su piel,
otro cuerpo parece que lo entreabre o pare la fronda hojosa,
y queda asegurada la curvatura como mancha gris abullonada,
que lucha con los recobrados otorgamientos de la piel.
Las lanzas de las escamas toledanas
están reemplazadas por los verdes obispos de otro otoño,
que no está dictado por las frentes tridentinas, sino por los escarceos elíseos.

A las once y media los comedores vueltos de espalda al hombre,
el sirviente con la chaqueta escamosa golpea la plata con sus patadas,
van acumulando la atmósfera para que salte a su mesa
el malabarista que llega cuando se remueven las flores
tiznadas en la pared, los quince días de temporada
esperará que entren los tres joyeros que le quitan
el sabor de vaciedad al comedor y así almuerzan enlazando las posibles anillas.

El cuidador no podrá impedir que la bailarina saltase en la calle,
como la casaca roja de los museos no puede impedir la idiota policromía de las
mariposas.

El gesto fiero del rubicundo también lo convierte en espectador
y tener que romper el farol para extinguir las candilejas.
Alguien pasa por el medio, y así consigue el espectador que no aplaude.
La anterior lluvia encera el piso, riesgosa lección
para el rubiales que atiesa su contemplación en un entreacto trabajado.

La pera supera su amable grito amarillo por la carmelitana carne
de su madurez, piel rota de la corrupción,
pero la manzana asciende para recibir el rocío de la sangre.
En ese rendido curso de los labios,
las uvas de fondo profundizan con su esfera cantante,
y el mantel o la cesta, reciben brisas arenadas
que les cuarteán o ennoblecen el rostro suspirante de los nobles crecimientos.

El cuerpo completo en su doctrina es que el que escoge,
su sumerge, cae o posesiona, como la tierra posee
el sentido curvo de su visión, los escalonados muros
derruidos por la espiral de la mirada, pues no es el espacio
sensibilizado sino la ocupación del temblor vaciado
por un golpe el que inaugura las bodas del conocimiento,
ya que el dolor del otro cuerpo es que comenzó por un vaciado que recibe.

La soberbia del paladeo, sin su sentido, se anega en la extensión;
la aparición del sentido según se aleja de la línea del horizonte,
hacen que el otro penetre en mí anegándome, ijares
de mi costado que mezclan la púrpura con las variantes
de la piel. Ijares que comprueban el sentido de mi destrucción.
Si yo camino, abandonando mi cuerpo, son las imágenes las destruidas
por el tedio de las secuencias, oleaje de mármol con pinos sepultados.

Reino de las imágenes por el artificio del inmóvil conocido,
pues el cuerpo tiende a la otra extensión de su escultura
y a establecer en el sueño los juegos del rescate no pagado.
Si no llegasen los números del sueño retendríamos al inmóvil desconocido,
lo que no se demuestra ni se puede dar por demostrado:
la gracia o aprovechamiento de las imágenes que desconocen las escalas de
nuestro cuerpo.

Nuestro oleaje, al que desconocemos, es despreciado como trampa.

Pero cada imagen llega a nuestro cuerpo guiada por aquel golpe.
Interpretando los deseos del príncipe de romper la escala,
perpetrando por aguas muertas y antílopes ajenos,
burlándose de sus cronistas y flamencos, venablos de imágenes
multiplicándose en venatoria, chisporroteo terroso del potro enajenado.
El enajenado o sepulto sentido conjura los cuerpos grabados en el cuarzo,
y el príncipe, sin antifaz, secuestra a la hija del copero ordenador.

Nos maniatamos también al herirnos que ningún rostro
permanece asomado al cóncavo sin que se hagan añicos.
Cada añico raspa en el loro su palabra diferente.
Turno de buey que friega con su baba el tonto espejo;
espejo de raspas, caducidad, friega de la valona,
y por demás, el añico, hijo de punta de papel,
a su erguido amanecer de lamida y bochornosa novedad.

Pulpa sin los colores, reino albino del pedernal,
secante soledad de la tinta del mascarón.
El lánguido pedernal humedece la pulpa del carnaval,
cuando la plateada rueda acaricia los pétalos de hule
y el sombrero de la domadora resuelve las mezclas de negro y azul.
La corneta de los añicos convoca para la navidad de las salamandras,
agotado el fuego ríe la salamandra en su papada de amaranto.

¿Y cómo se hace esto, pues yo no conocía a la mujer?
El vegetal consentía en ser escarbado por las uñas de la luz.

La copa de los árboles recibió el semen de la luz cognoscente
y los dogmas de la luna brillaron sin pareja.
No lo cubrió la mujer sino una sombra repleta.
La carne de esa sombra, cubriéndonos, apretada al acrecentamiento
de nuestro pecho engendra la potencia del único acto visible.

Sólo le preocupa al ángel el sentido de nuestro despierto para la música.
Si oye, cuando los demás se transforman en doncella o en pez,
el árbol visibiliza sus transformaciones ante la penetración de la música,
la sombra carnal regalada por el vegetal nos transforma con la invisible
lentitud del sueño. La raíz en lo húmedo de la mujer o del cuerpo extenso
hacen las transformaciones indetenibles, las evaporaciones de nuestra porción
son tan lentas como las del vegetal, y entonces saltan la doncella y el pez.

No será imposible para el hijo toda palabra,
pues la brisa penetra en el vegetal, pero la palabra penetra por el golpe.
La brisa tiene que adquirir el color del ámbito del árbol,
y la voz persiste con la primera caída del enemigo.
La palabra penetra por el costado con la hueste
de la sombra del árbol; el golpe, no el soplo, es su diverso.
El tropel va penetrando lentamente, pero las decisiones de la voz llegaron
rápidas.

Las imágenes proclaman nuestro cuerpo,
caen en lo sucesivo o en la esfera, siempre en una voz
que le prestó el centro de su aliento.
Nuestro cuerpo llega a ser un obstáculo donde la ajenía
se revuelve. Ay, nuestro cuerpo a horcadas en otras imágenes,
que no eran para él, oscuro y musical impedimento
penetra en la desolación, el soplo que transfigura a la hoja no es el que recibirá
como terror.

LA RUEDA

Hombre untado de negro. Ojos rojos.
Está en la garita de centinela y mira en torno.
El codero duerme en su cabellera.

Otro hombre con los dientes y los pies
muy blancos y muy largos.
Tiene los cabellos como carbunclos.
Enloquece y piensa en los misterios eleusinos,
en cuclillas sobre un tapiz.
El toro reposa en la parte posterior de su cuello.

Una mujer que asciende, como un pájaro con cabeza de mujer.
Es muy calmosa al coser.
Pide gemas, quiere prole.
La sigue en su ascensión un espejo.
Una mujer detrás del brazo izquierdo.
Un hombre detrás del brazo derecho.

En su cabellera se ven tres flores rojas,
atravesadas por tres alfileres verdes.
Empuña un bastón de rama de tamarindo.
Bebe y canta con los marineros.
Aprieta entre los dos pechos y la garganta.

Se parece a un negro.
Trabaja en la Quinta del Ñato.
Horrible, lo desfigura el fastidio.
La carne y las frutas forman un líquido
indescifrable en su boca.
En la mano lleva una jarra
con el mismo líquido, vuelto transparente.
Está entre los dos pezones y el ombligo.
Cuando se despereza se extiende
de pecho a pecho.

Se ve ascender un hombre negro, está lleno de pelos.
Tiene tres tatuajes: uno, en la piel; otro en la seda.
El tercero, en un manto rojo, que es el que usa
cuando porta un tintero negro.

Abre el libro, repasa lo que llega y lo que se va.
El sexo es la gruta marina del escorpión.

Vuelve un hombre con cara de caballo etrusco.
Lo envuelve un saco de fibra elemental.
Lleva un arco muy flexible.
Quiere cazar, pero el terreno es una salitrera.
Se sienta. Está de nuevo en la garita de la soledad.
Se sienta otra vez muy fastidiado.
Pesa el vientre, lo que está dentro, oculto.
Lo que está fuera, repleto.
Un platillo es para la noche.

La mujer que vuela, muy bella, está desnuda.
A sus pies, el círculo de una serpiente.
Se encuentra en el mar, pero se acerca a la tierra.
El escorpión como llave. Penetra en el sexo
y mata un hijo.

Aciende un hombre de color de oro.
Lleva dos ajorcas y en los brazos
dos pulseras de granadillo.
Hiere vestido con la corteza de la palmera.
Duerme en un trono rojo.
Flecha, retrocediendo hasta la muralla de los muertos.

Asciende de nuevo una mujer. Los ojos inmóviles.
Tiene el color de la calabaza.
Es la misma que sabía coser.
Usa gemas de hierro.
Hunde los cuernos en los muslos.

Ahora es un hombre barbado, barbas coralinas.
Su cuerpo como los de un negro.
Muy ceremonioso, con su arco y sus flechas.
Lleva un saco lleno de piedras preciosas.
El agua que cae del cántaro,
se extiende por sus piernas.

De nuevo la mujer bella, blanquísima.
Se encuentra con un barco y su pecho
está cosido a los barandales de estribor.
Allí están la parentela y los amigos con vinajeras.

Llora y nada hacia la tierra.
Las dos piernas sobre dos pescados.

LOS DADOS DE MEDIANOCHE

Llega y se esquina con las esquinas del pañuelo,
cuando abierto como una bandeja se equilibra
en el aire, endureciéndose su lámina de cuchilla
y trayendo para el aire las visibles consignas
del agua, su transparencia que se retira saludando
con lentitud en los ojos de la sierpe.
Para llegar reconociendo el manuscrito en las esquinas
de la muerte, se hace visible como un pañuelo.
No será el pañuelo de las Danaidas, tirado por sus esquinas,
frente al inflado de Eolo, llega el semitonel,
hecho para colar en el jugoso tegumento lunar
la acuciada lona de las conmemorativas regalías;
ni el pañuelo de los oficios, donde las cigarreras hunden
el tiempo en la cuchilla del pañuelo
que nos va a penetrar.
Escondido en el acaso de las manos, burilado animalejo
que nos ronda, pero sin encontrar el paso para reposar
en nosotros, adormeciéndonos ya en el sargazo.
Su propicio secreto para penetrarnos, cuando se despliega
flotante transparencia abriendo brecha en cada poro,
y colocando en los dentro las adormideras
que llevan su flor hasta la piel, y allí sueltan,
saltada por egipcios insectos, su fúnebre cabellera.
Las leyes de los más antiguos ceremoniales, las curvaturas
donde las concesiones del hombre esperan o despiden,
semejan ese momento en que nos inclinamos
para historiar más de cerca la sutileza del pañuelo,
y nuestra ya irreproducible transparencia en la bandeja
sin bordes, penetrante.

Curvos principios la rama se delgadez aconseja.
Íncrito rayo del árbol, fría la luz
describe la última rama.
Los constantes ejercicios de la luz le guarnecen
el éxtasis de la brisa interpuesto
en las dos capas arenosas donde la sierpe lanza:
el espacio que se torna;
la otra, el apoyo, el punto que nos ahoga.
Comprimida la rama por lo rodado; comprobándose
hebras dora en el racimo.
¿Cómo el pájaro se le avecina y le ocupa el centro
de la rama y el espacio?
La rama de su esbeltez no se cierra en la posible
circunferencia de su gemido.
Equilibrio del oído y de la rama pecho avanza
en el sonido. La delgadez de la rama sorprende el peso
sobreagudo de aquel pájaro que respira el centro
vegetativo e inclina el cuerpo a los remeros
del aire. Pecho aquel ablandado en el sonido.
La escultura deseada de sus brumosos hijos
al diálogo ondulante entre el pájaro y la rama.
Rama que ve por brazos que no se ven.
La caja que aspira el pájaro,
transparente poliedro traspasado por los gemidos
del hijo de su escultura,
se alza sin ser mirada.
Un punto de ese cuadrado apoyado en la punta
de la rama, caja que incorpora
la resistencia aspirada, sopla,
vuelve ya por su recuerdo a su espejo original,
el pecho de aquella agua.
La diagonal de la caja por el pájaro aspirada,
la rama su apoyatura sumergida descubriendo,
cuerpo nuevo que es un ámbito con nuevas leyes
de equilibrados remeros, secretos del expandido sombra en agua.

Buscando la increada forma del logos de la imaginación,
las serenas provocaciones del pájaro cuando se detiene
y queda suspendido o la pesadumbre del pájaro apoyada
en la punta de la rama sin doblegarla,
me encontré con los sentidos necesarios para demostrar los axiomas,
pues hay cosas que nos reclaman la caída de su demostración,
aunque se nos diga que el paredón de los axiomas
no necesita consumirse en su plumada.
Si demostramos que el pájaro rueda por dentro
su dado de aire, lanzado con despreocupación
en la medalla de su éxtasis,
y que ese dado le crea por fuera de su cuerpo su centro
de resistencia, y que la punta de la rama refuerza
su impenetrable, burlándose de la gravedad o la llamada
y de la necesidad que tiene el pájaro de demostrar sus axiomas.

En la carrera o el rapto los jóvenes deciden
 el ademán, los gimnastas redondean en el hastío
 la brusquedad de sus ejercicios. El raptor
 se despide con el artificio del guante
 y el iluso definidor entreabre
 sus bisagras, conversa como si escuchara su sombra
 por denajo de las aguas, y niega el cuerpo
 y el reverso de la luz, parece contemplar
 las respuestas que lo niegan o las liras
 que lo comentan. Oh, Charmides, cierra
 la opulenta justicia de tus túnicas.
 En las interrumpidas reclamaciones del vino,
 cuando la falsedad de la furia se ofrece sin resguardo,
 las venillas que renunciaron a la oscura oportunidad
 de los símiles cambiaban cifras con las hojas.
 Sus cuerpos desdeñosos del compás pueden adquirir
 el orgullo del canto, o la fragancia del arco
 de sus espaldas; riéndose de las pausas de la armonía,
 crean las generosas y nuevas vicisitudes de la danza.
 Cuando reaparecen afirman que la bondad
 es un gesto que se alzó a su escultura,
 pues ha consentido que los que fluyen y los dialécticos
 burilen sus comentarios sobre las nuevas formas adquiridas
 por los teoremas de sus cuerpos y sus saltos.
 Sus rupturas, campanillas de aguas nocharniegas, encuentran
 la soldadura del método e la serpiente,
 y la claridad de los comienzos de cada uno de sus ademanes,
 terminan con el misterio órfico de la constelación, suavemente irradiante, de
 sus cuerpos.
 Los deslizados que quieren acogerse a la sutileza de los saltos,
 para proyectarlos en la pared de sus cámaras, para definir
 y escamar, cuando les cae por dentro que la consistencia
 es la unidad sin radiaciones y que el lleno
 de la composición es la cifra del bárbaro.
 La madurez es la barbarie y el equilibrio en la grosera consistencia;
 la barbarie del maduro no sube a lo alto de las colinas
 para saludar el retorno de los fronderos,
 soplándose la niebla;
 cuando desea rompe disfrazado la no particularidad,

deseando su nombre más allá de sus deseos odia
la doble imagen de los espantos, el abanico facetado
de los cíclopes abejas, quieren la imagen
del can dormido sobre una piedra, del sostén
en la columna de diorita calculada por los egipcios.
Gurda abrigada la torta de miel que le tirará
al Can en los Cañaverales, pero ha continuado
confundiendo la grosera consistencia con la penetradora
duración, pues se obstina en no reducir la magnitud
a extensión concebible y continúa vagaroso
ofreciéndole las enigmáticas inscripciones, coleccionando
la amargura de los discos que antaño lucieron
sus consagraciones en la obediencia a cuerpos hermosos
y solemnes, pues la duración de la luz los amigará
con el nuevo diálogo de los guerreros y las ruinas.

El reflejo busca reaparecer desconocido en otro baile,
ha cansado a sus momentáneos cuerpos derivados,
y después de un desenvuelto sueño recostado en el muro,
va penetrando con su nuevo disfraz de murmullo.
El murmullo concentra el reflejo para oír
y el reflejo queda como el murmullo en la mirada.
El descorchado, leve frenesí que pregunta en el manteo
de los mercados, con la semiluna que enloqueció
las cinco puertas que se derramaron como copas
ante la aulladora generosidad de los mancebos.
Cuando la caballería colgaba los peludos cuernos
de las tiendas, en las decisiones hirvientes de la mañana
para la pelea, los centinelas encontraban su temblor
para la inapropiada cualidad de corrompidos
reflejos, que asistían para igualarlos a los fugados.
En ese vagaroso en que el murmullo levanta
el orgullo de un reflejo apoyado, aunque saltante,
comienzan los inapresables de cola y holoturia
para pegarnos en nuestros predilectos abandonos;
los inaudibles, adormilados cros que transcurren
dialogando en el chorro, descubriendo
la abundante oquedad de las bocas,
las enanas historietas de los reflejos,
el zumo de almizcle que entierra sus llaves
en los siete mares de los ovalados vidrios,
después parece nuestra hormiguera saliva
la que borra y saborea esos polvos de cabra
de los resquebrajados pies de gibaos y paso de granaderos.
En la afianzada casa de los continuados proverbios,
de dilatado jardín carnal y recorrido por la pelusilla
de los violines, se ofrece en la tercera caída
de las aguas de su menguante, la irisada pertenencia
de un murmullo que quiere obligarnos
a que nos sentemos frente a él, como en la casa del mar.
Si variamos la quebrada decisión de nuestros pasos,
seguimos calculando la altura de la llama
de ese murmullo y nos sentimos cerca de su frenético
pasatiempo para ingurgitar el murmullo.
Cuando el reflejo se fija o concluye en la posta

que viene con sobrante lunar a preguntatr en la casa,
salta mordido por la pimienta del remolino.
El murmullo de aguas en la tapa afinca
los reflejos de la calculadoora osamenta, llevando la guardia
a la esquina donde se encuentra el murmullo
y el reflejo. El terror parece alzarse
en esa coincidencia en que se oye
el deslizamiento del reflejo y el murmullo disfrazado
de la llama juega su carne y su trazado
oscilante; cuando el murmullo se sumerge
y el reflejo cobra tricornio de arlequín,
el terror perdido su apoyatura tonelete
y el transparente disfraz de sus símbolos,
comiena, inseparable, andariego enloquecido.

El brindis del pescado sigue el mismo cordaje,
la ligera curva fácil del mayordomo
para sacar sonoridades a la curva
del comedor, y los galoneados, festivos emperadores.
El esbozo de un nuevo color entre los agravios
del aceite, el círculo del dipnoo tirando el anzuelo,
esperando el relajado timbre de los bailables.
La trucha a la siracusana o la carpa de Brindisio,
iniciaban las inacabables historias finiseculares de las carcajadas.
Con las dos manos cruzadas sobre los diseños del placer
y los envíos del proyector arrancando los pornográficos sombreros,
ironizaba la voluntad del índice o la humedad de los desmayos,
mientras el cuerpo sumergido tropezaba con el ballenato
de las carcajadas, sorprendiéndose de la perfección sin éxtasis
de la carpa paseada por el mayordomo, tambor de las carcajadas.
Los coros que alzaban la entereza de los lenguados, prole
del infinito gustativo, recibían las serpientes del salobre;
los coros alzando la ironía de la descifrada vehemencia
de los delfines, acuciosos preguntones, saboreaban las más despreciables bahías.

En la primera luna de las batallas,
transmitir al ojo el testimonio que anotaba,
el desinflado aliento escondido por los vacíos de la cerrada armadura.
Detrás de la armadura ¿qué separaba la respirada agonía
de la extensa muerte? La gravedad de los fluctuantes
y bruñidos hierros marcan la sutileza del recorrido aliento.
¿Qué separa la armadura del fantasma que le huyó?
Y si alguien duerme en aquel costillar ¿cómo sus sueños
podrán endurecer las orgullosas manchas de las nubes?
La batalla rasgaba de nuevo sus enumerativas crónicas
y el costoso jugo de sus variaciones se alejaba del río y la armadura.
La armadura de la muerte que ocupaba el primer término de la composición,
el testimonio del sobreviviente sólo registra la destreza
de la composición y el sitio donde la armadura recibe los más historiados
reflejos;
abre la puerta del instante entrañado en el cristal extraído
de cenagosas corrientes y de los acuchillados saltos de la sangre innominada.
Recostada la armadura en bruscos sacos arenosos,
se ve la muerte como desinfladura, el pellejo
recostado en la armadura, adhiriéndose como tierra costera.

Como le pesa más el hombro izquierdo,
está allí, enredado en la reja de sus pies,
el idiota. Vuelve a su abecedario desleído,
agua con hilachas marchosas y cáscaras sedosas.
Este idiota está dañado, se entrega empujando
al revés, a los merengues corporales; babea
sobre el *phalus impudicus*, babea
sobre los manchones de la retrasada tosferina;
babea sobre las tumultuosas enmiendas de la plana.
La mosca huye a Terranova para evitar el babeo.
Bob, Bobby, La boba tiene cuenta corriente,
abre cuenta corriente, babea el billete
de pago por babear otro cuerpo.
No sabemos dónde está, La boba
escarba en los hormigueros coliflores.
En el tercer acto de Giraudoux,
en el servicio tiznado de marmolite granadino,
babea lentamente las excelencias de una sílaba,
o cubre en *Le mouton sans fleur* con baba de piedra
dos perdices rosadas con mandarina almendraleja.
"Oiga, usted se le parece tanto que le ordenamos
la siesta, oiga, oiga."
Enreda con baba la filológica lectura
y pregunta por Ivan Yusuf La Condamine.
Sobre su rostro el santón bosteza las nubes de sus parábolas.

El caballo se aísla y acolcha su relincho,
se mueve aún en la cámara mortuoria
de asta de reno horizontalizando su cabeza.
El relincho no alcanza el relieve del galope,
pero si su cabeza deja de absorber la sonrisilla
del rocío que ha entintado suavemente la destilación
terrenal, y se extiende como una flecha estirada,
capaz de romper la musical prolongación de sus hilachas,
como si su cabeza descansase en el lomo del reno.
El movimeinto se resuelve en la grabación del péndulo
de su cabeza, y aclarando la delicadeza de su ley pendular,
la horizontal graba la decisión de su marcha
en la cámara mortuoria de asta de reno.
Después la exigencia de la realeza del infante,
busca su heráldica en la brusca penetración del corcel.
Allí la ebria tiesura del péndulo al galope
cobraría más prestancia que los pergaminos de antílope
y los guantes de nieve descifrando el desdén de las hojas.
Basta entonces apretar y oír la reducción del infante,
su enfurruñada marcha hasta el cuello del corcel.
La marcha no es entonces la horizontal del péndulo,
sino las pesadillas del infante abrazado al pescuezo desprendido.

Entredichos del regente, el can, las burlas,
las consabidas fiestas derretidas, mal prestadas,
fueron a un tiempo a llevar la cabaña y al traslado
burdo de la corona sin hueso desgastada de cerveza, tontilla.
Relampagueante de solaz y a escaso trecho de la primavera,
la hojalata mece el péndulo de Escocia, cucurucho
donde el gorrión borra las letras de repisa y circunvala.
La cabeza de buey que le han prestado al carpintero,
le reiría nuevas colinas a la papada pascual
cuando las dobles babuchas destrozan el dictado cimarrón.
Fiesta de ruedas portuarias y al acecho de regalía,
gobernador que tira los lazos musicados y los platillos
de algodón que golpean media cara.
La fiesta inmóvil comienza su escultura y la lanza
mayor rueda el fajín de su tití verdeante.
El turbante tití instala el descalabro
y el gobernador lo grita en el bastón trepado
por el tiempo reglamentario y el escote querendango.

La piedra y la extensión, domesticadas por el hombre,
 pueden dejar de ulular en sus tatuajes matinales.
 Como la piedra y la sal ululando en la feria
 bizantina, pueden reabsorberse de pronto como la lluvia
 secuestrada por los jinetes, despidiendo las alharacas
 pintadas de limón y alzacuellos gigantes.
 Después la firmeza de esa extensión se ha hecho sórdida,
 responde extinguiéndose, llevando siempre a sus comienzos
 la campanilla del heladero, entrando siempre por las dominicales
 ventanas la campanilla, la campanilla pulsada
 por el muñeco del ventrílocuo siempre.
 Por el oblicuo de la esquina van penetrando,
 pozo que le roba las escalerillas simultáneas,
 casa tras casa, silencio de su desfile lividez,
 cadalso de risotadas desapareciendo gordezuelas,
 con el ungüento de arena, fiebre seca de la cabra
 reducida a rodar su osamenta de coronación,
 alguaciles mano en jarras, fila de los corchetes rechonchados.
 La sordidez pasa como la ausencia de la piedra,
 después que su gravitación no se acoge a nuestro pecho,
 cuando los posibles de su espera ya no conversan con nosotros.
 La materia muestra su escándalo cuando no oye,
 las escalerillas del relieve de los presos en los desfiles marinos,
 y el hombre siente, con su acompañante torre, que no oye la materia.
 En el centro de esa extensión de sordidez, el cafetucho.
 Oblicuo toque a la extensión, penetra como la cuchillada
 por la cara de la piedra, y se acaba y se sienta.
 La pianola del cuarentrante se comía al periódico
 y avanza después con las manos hastiadas de utensilios.
 Y el saltante pequeño, slaterio nacido para traernos
 los cigarros, llevaba las monedas en el paño del monito.
 La aniquiladora extensión y la rapidez de aquel
 oblicuo cafetucho, colocan en la sombra venida para la piedra
 la campanilla del heladero en las manos del ventrílocuo.
 Son las casas de la feria las que reclaman la extensión
 y el turno se hace por el rincón del cafetucho.
 La sumergida campanilla firma la torre de la primera compañía.

Pertenecer a la tribu del Gato Montés
implica, a veces, el deseo de quedarse atrás,
siguiendo la doble línea que siguen las langostas.
La lluvia se encarniza y produce las variaciones
en la línea que conduce hasta la cueva.
Dañado en una pierna seguía el rastro
de las estinfálidas, de los otros hombres no dañados.
Las langostas le siguen mirando la humedad
de cobre que vuelve a rodar por la gruta de su boca.
Está dañado y sus pasos se vuelven sobre el círculo.
Si no puede ir muy lejos ¿por qué no penetra
en la caverna? Si tiene que trazar sus límites,
¿sus preferencias no han de escoger las hojas de la gruta?
En cada lluvia le persiguen de nuevo las langostas,
que suben y crecen por su altura y su vacío,
y el lagarto tintinea su bolsilla saboreando
la saliva del que sigue la línea hasta la gruta.
Está también cansado, pero no se detiene en la sonrisa,
sigue las líneas dobles donde suben y crecen las langostas,
y las hojas que él ya no puede tocar, de aquella gruta.

El fragmento dañado se subraya al mirar en torno
y recrearse venecianamente en la identidad de su mirada:
la diferencia de tonos por la distancia es su silencio.
El fragmento cuando está dañado no reconoce los imanes,
furiosamente se encaja en la esfera que giraba
impulsada por la rueda de otro apetito, de otra penetración irreconocible.
El diálogo carnal en el dañado, la doma circular de sus palabras,
no cae en el misterio suspensivo de la otra noche flechada en el desembarco,
sino se desliza errante preguntando de excepción y de ruptura;
el pez relámpago no penetra en el bosque donde está adormecido.
El fragmento de apetito está tirado por el centro de la esfera, su hambre
busca el alimento que lo abarque, la investidura del ceremonial
de las estaciones donde la línea del horizonte es siempre un enemigo.
El fragmento que está dañado desconoce el sentido de su marcha
y no puede caer en la plomada de su espina central,
pues su ceguera está fría y se detiene
y carece del nacimiento de la irradiación, errantes ojos despedidos
de su centro para ser tan sólo el contorno de su chisporroteo,
pero sin que la chispa una la cabellera del agua cayendo
y las danzas de la hoguera que caminan hacia la desmesurada silla por la que
repta el delfín.

En sus momentos de volante tierra cristalizada,
la lluvia, como una divinidad que se ciñe doblemente el manto,
se ríe en sus potencias de que no puede ser interpretada.
En torno de la cámara ahonda su murmullo y no se aleja
y pasa como los pasos por un tejado en la medianoche.
Si potencialmente aislamos el espejeo de sus letras,
se torna en el genio con rostro tapado al hundirse
en la fuente: allí, como una música fundida al volver
sobre los torsos, se deshace en el espejo del instante,
cuando sueña que incorpora el remolino,
como la airada divinidad que surge en el desierto
y se sumerge voraz en los líquidos intercambios
de la raíz del dátíl, allí repite y sueña
en la corrompida humedad del alba.
Venablera del tablón roedor, colabora en la clásica
definición de las naranjas, espera
el matinal *simpathos* de los sentidos.
Las sabihondas gotas escarban en los poros,
bañan a los sentados dioses del paladeo,
levantan en sus agrupadas definiciones los tejados.
La aguja del trirreme interpreta el remolino
y sus cobres astillan lo estelar.

EL COCHE MUSICAL

(En recuerdo de Raimundo Valenzuela y sus
orquestas de carnaval)

No es el coche con el fuego cubierto, aquí el sonido.
Valenzuela ha regado doce orquestas en el Parque
Central. Empacho de faroles frigos, quioscos cariciosos
de azul franela, mudables lágrimas compostelanas.

Saltan de la siesta y alistan la cintura.
para volar con las impulsiones habaneras de la flauta.
La flauta es el cordel que sigue la cintura en el sueño.
La cintura es la flauta destapada por las avispas.

Como un general entienda el vozarrón y regala cigarros
en las garitas, Valenzuela recorría las marcas zodiacales.
Cada astro enseñaba su orquesta en una mesa
de casino, Valenzuela las poblaba de azúcar.

Azúcar con sangre minuciosa, toronja con canela combada,
azúcar lapislázuli. En alevosa sopera la profecía.
Con su costillar juvenil, su levita no necesitaba del tafetán,
no avisaba saltando desde su coche, haraganeaba en comandos de música.

Se detenía con los gaiteros, con los planchadores de ceniza.
Al desgaire rendía la clave secreta, las ofertas.
Le enseñaban la muestra de un pantalón centifolio,
con la tela en el oído, reconocía la mano inconclusa.

Carita de rana, El Gobernador, Segismundo el vaquero,
entraban al bailete con las nalgas de cabra,
con retorcidos llaveros mascados por los perros.
Una candela, un balazo, y el tapabocas, daban luna en las redes.

Por los alrededores del Parque Central, las doce orquestas
de Valenzuela. Cuatro debajo de cuatro árboles.
Otras cuatro en el salón de lágrimas compostelanas.
Tres en esquinas resopladas. Una, en el uno de San Rafael.

Ya decía el sofoco, la brasa que alumbra los juncas,
el mamoncillo en piel de un río mal entrado,
el costillar juvenil con las bandas fúnebres del tafetán.

Despertaba, saltaba a otra orquesta, como en un trapecio.

Entre su amanecer y el sueño, la orquesta como un majá.
Lo que él dice está escrito en una columna que suena.
La columna que cada hombre lleva para pescar en el río.
Ay, la médula con un relámpago aljofarado, también aljamiado.

Cuando se apaga una orquesta, ya llega el costillar de refuerzo.
El da la clave para la otra pirámide de sonidos.
En lo alto un guineo, un faisán. Una estrella
en la esquina de un pañuelo regalado por la querida de White.

El dragón, el bombín, gritan las baldosas ahogadas,
que como un mortero restriega la cera pinareña.
El cornetín pone a galopar las abejitas piruleras,
se derriten cuando el oboe las toca con su punta de pella.

El fiestero, quinceabrileño de terror, descorrió las sábanas,
lo sudaba la trinchante corchea, loba de espuma.
Como cuando en el terraplén de la playa seguía una gaviota.
Salía del sueño y el pitazo de hulla lo balanceaba sobre el mar.

El trompo que lo azucara, es el que lo remoja,
todavía está incongruente para llevar su columna al río.
Mira el anca y se confunde con el anca del caballo.
El anca de las ranas lo interroga como al rey vegetal.

Lo cogen de la mano para llevarlo a lo tromba orquestal,
pero llora. La tromba es un témpano donde el niño tira del rabo.
de la salamandra plutónica, después le tapa
los ojos con piedras de río, con piedra agujereada.

Mira, mira, y lo barrena un traspiés;
toca, toca y un antruejo lo embucha de agua.
Gruñe como un pescozón recibido en la sangría del espejo,
cuando va a pegar, una carcajada la maniata con su tírabuzón.

Como una candela que se lleva en un coche,
Valenzuela restablece los números mojados.
Un antifaz alado ahora lo transporta a las lágrimas compostelanas,
y con el ritmo, que le imponen oscuro, le quita piedras a la sangre.

Va descubriendo los ojos que se adormecen para él,

la piel que suda para romper lo áspero del lagarto,
que mira desde las piedras un siglo caído del planeta.
El lagarto que separa las piedras pisadas por un caballo con tétano.

El coche con la candela avivó el almohadón marmóreo,
después la mano que lo llevó del remolino a la nube,
Salió del sueño al remolino, del remolino al río,
donde la nutria del rey lavó los pañales egipcios.

Los números mojados no es alusión al impar pitagórico,
sino que corrieron a un portal al llegar la mojadita.
Cuando pisoteó el antifaz, era el final del río.
Sangraba desnuda en un caballo de circo.

Le prestó al caballo un cayado de maíz y erizo,
el caballo lo empujaba con sus patas, como una bandurria
rota es el comienzo del domingo del payaso,
verde y negro, cerámica china, historiada por el equilibrista.

Aquí el hombre antes de morir no tenía que ejercitarse en la música,
ni las sombras aconsejar el ritmo al bajar al infierno.
El germen traía ya las medidas de la brisa,
y las sombras huían, el número era relatado por la luz.

La madrugada brillantaba el tafetán de la levita de Valenzuela.
La pareja estaba ahora dentro del coche que regalaba los avisos pitagóricos,
la candela también dentro del coche nadaba las ondulaciones del sueño,
regidas por el tricornio cortés de la flauta habanera.

La pareja reinaba en lo sobrenatural naturalizante,
habían surgido del sueño y permanecían en la Orplid del reconocimiento.
Colillas, hojas muertas, salivazos, plumones, son el caudal.
Si en el caudal ponían un dedo, inflado el vientre de la mojadita.

Después de cuatro estaciones, ya no iban a la prueba del remolino.
El salón de baile formaba parte de lo sobrenatural que se deriva.
Bailar es encontrar la unidad que forman los vivientes y los muertos.
El que más danza, juega al ajedrez con el rubio Radamanto.

En la espalda del oso estelar la constelación de los gaiteros,
pero la flauta habanera abreviaba los lazos de tafetán.
Es el mismo coche, dentro un mulato noble.
Saluda largamente, en el incendio, a la cornisa que se deshíela.

RECUERDO DE LO SEMEJANTE

¿Hay una total pluralidad en la semejanza?
La diversidad multiplica con los siete martillos
terminando por ladear la lámina regada
por la luna con el tegumento de lo indistinto.
Creer que la pluralidad se opone a la semejanza,
es olvidar que todas las narices forman el olifante
que convoca a los rinocerontes para la risotada
crepuscular, la que traslada como Sísifo
por largos corredores y el escarabajo por las hipóstilas.
La semejanza no coincidirá con lo homogéneo.
¿Acaso el oro consiente en sus hebrillas
y las bruscas decisiones de los saltos
del pelele por el manteo del sueño?
Lo semejante añora su emparejamiento, reaparecer
en el tizne del sucio nadado y que ese tizne
despierte las participaciones del germen,
la antiestrofa golpeante de la primera luna del soplo.

¿Cómo lo semejante puede crear la copia?
Es lo semejante ancestral que aleja la imagen,
hasta sentarse en la fuente más allá de los bastiones.
Si la copia destruía la circunstancia de lo semejante
y los alrededores se alejaban de las contracciones
del ablandado mármol central.
¿Podrá reaparecer lo semejante primigenio?
¿La indistinción caminadora de las entrañas terrenales?
Sólo nos acompaña la imperfecta copia,
la que destruye el aliento del metal ante lo semejante.
El hijo de Príamo trepa por la somnífera gleba
y se encuentra ya con la visión y el deseo
de tocarla, aunque se derretirá en el apuntalamiento
que ya no quiere ser nube ¿acaso la muerte
lo ha sutilizado frente al nacimiento de la visión,
donde nuestro índice se hunde en los escondrijos de la luz?

¿Entre esas miradas y el espanto puede percibir
los deseos de conocerlo? ¿Estaban allí aguardando
la entrega de la estatua frotada con lenguas infernales?
Lo uno tiene que llegarnos como un bulto

con el cual tropezamos, pues lo uno se acecha
 por exclusión; el tonel destripa la apretada
 masa líquida sin contracciones y la diorita
 de la ausencia se percibe como un légamo
 llevado por el acecho de las grullas. Es el bulto
 o el pañuelo el que se trenza con la punta
 de la lengua y forma la cursiva que se sigue
 en nuestra agua invisible. Ese uno por nuestro círculo
 tocable, sólo participa por una contracción o reorcimiento
 de la vena que se hace tan invisible como el agua
 acuchillada. Es el almácigo hundido
 por el dedo que nos hunde
 en la nube cerrada y acrecida.
 Pero ese retorcimiento nos levanta
 el orgullo de la quinta cuerda
 y cuando el cordel retornando arde,
 el sueño de los demás, huraño destemplado,
 se apresura a la sordidez de Casiopea.
 El hombre despereza entre el hombre y el ángel,
 perra la perra y suda el palio.
 Los corderos se asoman a los vitrales
 y ven que se dibuja un relámpago,
 los corderos asoman su insistencia...
 Las lanzas del manzano se cruzan con el granizo
 y las burbujas se adhieren al brazo de la muerte.
 El bosque y su dotación de treinta mil perros
 le aúlla a la lanza del manzano, a la escalerilla
 que descubre el calaverón y le fija el garfio.
 El bosque disfraza un oso hablando que continúa
 apretando los dos hombres y el ángel.
 No se precisa si el oso lame hacia la muerte
 o si el hombre, arriba le toca en punta.
 Los treinta mil osos por el bosque reclaman
 al que se quedó hablando en su disfraz hacia la muerte.
 El lebrél de las rebuscas de la nieve
 quiere penetrar en la coraza del oso empacho.
 Es lo que el ángel ha situado entre los dos hombres
 que se aduermen, no despertarse finalizando
 el combate del oso hablando con las víboras,
 deslizándose por el altivo cuello de oro, decapitando.
 Después del sueño, empiedra el río espeso.
 Pues si después del sueño salta mojado el ladeado gorro,
 el abejorro de las lámparas le pega.

Después del sueño, el ladrillo del río negro
pega su brazo, incontenible, cinchando huracanado.
El número carnavalea sinuoso hacia la unidad,
pero ya la unidad no puede asirse o deslizarse con el número.
La unidad saborea la trinidad de la planicie bizantina,
pero el número que le toca ¿dónde disfrazó su corporeidad?
Si el número no se dirige a la unidad,
se pierde en la indistinción, pues su crecimiento
se verifica en la semejanza, blanco conejo
por la nieve, sin el lunar que lo recobra
de la nieve. Sólo salvable aquel lunar
de contraseña, pues a veces el número y la unidad,
la semejanza y el lunar, se cierran en carnosos portalón.

Lo otro está entre el número y la unidad,
ya que las cosidas espaldas del número no se consideran la unidad,
ni la unidad puede formarse de aquel río,
sin otorgarle el brusco tajo que regala la cáscara de las mejillas.
El perfumista nos rodea y nos dehace los encajes,
con un bastoncillo nos persigue las entretelas
y las venas de anacrónico marfil y de novedoso
azafrán; el pastorcillo golpea minuciosamente las patas
del ibis y lo desriza sin apenas despertarlo.
Es el preludio de la revisión de mis cabellos,
mientras el remedo del armador de Bombay
afina la lenta sangre del bambú.
Compruebo la desazón de las monedas,
faltan tres centavos para los tres últimos
cabellos, y mi testa moverá una incomprensible
pesadez, y rebotará tres veces arenosa
contra el hueco bambú de tímpanos dispuestos.
Entre el perfumista y el barbero está la fuga,
que subraya las hebrillas del ombligo.
Recorro los corredores de oficinas y deshielos,
los acerados tirantes se ahuecan guiñando
la luz albaricoque con un pastel de Aldebarán.

La escalera parnasiana conlleva la anchura de una cocinera,
ladeada con asordados cristales de presas iniciales.
Estoy en un peldaño con cabina para seis fugados,
y los estirados brazos del armador de Bombay,
me trasladan anchamente por el retratado peldaño.
Salto en los entre actos de la fuga a la escalera

menor, donde ya desciendo sin temor
de que los cinco faltantes de la cabina
lleguen para pegarme con su coco frío
en la punta de mi lengua que iza
su exágono de sal o su taburete aljofarado.
Brinco el estrujado sombrero, así me achico
con la túnica que me dualiza y tergiversa,
y salto a la pequeña escalera de un solo barandal.
Los musgos y las flores acuáticas
se recuestan en el otro barandal que la siesta
de los empleadillos radicó como inútil. La puerta
se ha cruzado con las algas y el moco de la golondrina
polar, pero sus goznes muerden por el salobre.
Los clavos de cola de puerta de díacono de alquiler,
ablandados como pulpa de siesta que no se alcanza,
atraviesan el sombrero de la guardiana de negros
espejuelos de madera; la contentada puerta
es ahora una cadera recostada en la cesta
con los vidrios rotos del espejo.
¿Hay un placer que no se sumerge recorriendo
la extensión del amor? Cuando del hombro
brotó el árbol y el placer no se hacían indistintos,
pues sólo un crecimiento dentro de la somnolencia crecía,
y del árbol iba descendiendo otro ser innominado y de pie
lejanamente tensa, sin que el homogéneo arbóreo descendido
mostrase una cicatriz en el hombro, el *omphalos*,
el ombligo del mundo como un ojo removido.
Pues ningún placer minoico, anterior a las mezclas
de la Dama de las Serpientes y el Príncipe de las Flores
igual a el placer del pulpo fijado por el fuego
en la tierra cocida, y lanzado sobre la curva
y allí los lestrigones que luchan con el pulpo
caído sobre la curva de una jarra con la desaparición,
en el espeso oscuro donde desanilla en el sueño.

La curvatura de su caída en el vaso cinerario,
parece resguardarse en dos muertes indistintas, pues el término
habitado por una forma es el término,
y allí los lestrigones que luchan con el pulpo
rompen también las jarras.

Todo lo que no es demonio es monstruoso.
La sutileza del demonio es tan alada como el ángel transparente,

si el demonio es el que escoge en el momento de escoger,
 hasta que el águila se hace bicéfala y el lince engorda
 no se hacen audibles y cobran sus leyes naturales,
 pues todo lo que no es nosotros tiene que hacerse hiperbólico
 para llegar hasta nosotros, y penetrar lo ecuatorial
 por la delgadez, provocando la preñez harinosa.
 El que quisiera retornar y tiene que alimentarse con los frutos del infierno,
 Eurídice puede desear a Plutón y Proserpina pasear con orfeo,
 pues allí el conocimiento sólo actúa sobre la piel
 levantada del sapo a ras del légamo primigenio.
 Los alimentos del infierno hacen del hombre el pulpo
 que rodea la curvatura de la jarra, no llegan nunca
 a la boca, donde el molusco pierde su relieve
 y se deshace en la primera dureza húmeda de la distancia.
 El *omphalos* huye de nosotros y nos deja el sabor
 de comenzar por un retroceso, la concurrencia de los coperos
 regidos por la primera noche de un maestresala
 extranjero. Lo enigmático es también carnal,
 y la carne de la esfinge es el aislamiento de la noche,
 que chilla en los indecisos secos de lo híbrido,
 donde la indistinción alzó un velo y el placer prefirió
 acogerse a su desfigurado rostro. No es ya la insinuación
 dejada sobre las hojas, sino el deseo de complimentar
 en el espíritu del bosque la carencia de un fragmento.
 Los posesos, después que el placer tapó
 con centinelas cada una de sus grietas, por un alimento
 hiperbólico, pues habitan una casa dejada por un desconocido
 a un viajero hipnotizador; los posesos antes que el invasor
 coloque sus bastiones para la luna dictándole a las aguas,
 prefieren crear el *proton pseudos*, y ya la hoja puede
 caminar como un cangrejo si le hincamos un velamen.
 La fiebre es un solo brazo y allí los escudetes mirones
 del pulpo crecen hasta completar los ojos necesitados por la copia.
 Es el brazo que mueve la prueba del horno de Babilonia,
 interroga, enceguecido, más abajo de la ajena criatura.
 Áurea la orden de cubrirlo por arenas a la sombra
 morada de los términos y rasgar el desierto fragmentario
 con las correas que no hincan en la carne, pero fruncen
 el desierto de los lejos, llega y nos arranca
 el sortilegio de pegar en las arenas para recorrer
 un árbol y musicar la levadura del cuerpo,
 cuando se hincha sumergido en la cueva con hachones cervatos.
 Los posesos, extraídos ahora de las dos ruedecillas

inversas de las relojerías, aúllan, paseantes saltamontes
burlándose de la guillotina y esperando el vientecillo
ingenioso que les devuelva la testa y las sílabas poéticas.
Desconfían, bailando, de aquella burlesca sentencia,
que penetró por su aguada y allí realiza
el perseguir agrandados por uno de sus viajeros puntos
o reducirse para el índice de la agrandada nube.
El poseso destapa frente a la sentencia, destapa
para poner a correr entrañable el aliento de Satán.

El aliento de la sentencia trenza la imagen de la suspensión
que volvió a tocar el cuerpo, después de una nadada
para musicar las leyes de la distancia en el Eros.
La imagen nace de la interposición de las aguas,
pues el que en su infancia soñó con las lianas y cascadas,
desoyó el consejo de seguir en la otra vasija,
cuando la mujer se hundió en la copia de lo semejante,
pues el cuerpo separado por las aguas es la matriz,
el conocimiento erótico toca al río en su flauta y en su organón.
La imagen de lo hiperbólico llega escondida por las aguas,
es el adormecerse bruscamente en el destaparse del principio.
El pulpo minoano se lanza sobre la curvatura de la jarra,
reaparece como el paredón frontal del pulpo declinante,
gira el poliedro de la jarra y se hunde el pulpo
en la cueva con hachones y allí se entinta
y se fabrica propia noche.

La imagen, detrás de ese espato de Islandia, al ser tocada
se hace sobreabundancia y el destino sentencioso
comienza a sustantivarse como música en la intemporalidad.
Así como la forma se retuerce y se transforma, pues al ascender o alejarse
de la luz, el pez de hace pluma en la hostilidad o la pluma
se hace pez allí donde el acuario desdeña sus cristales.
Así también como la figura se transfigura, a veces es la estructura
la que cruje, la misma cruz del espantapájaros
juega en la primera medianoche los enredos de sus paños y sus clavos.
La abundancia es el lleno comunicante, pero la sobreabundancia
es un sacramento, ya no se sabe de dónde llegó, tocaron alguien
a quien sin saberlo se dirigieron y le hablaron y de pronto
se emparejaron sin la interpolación de las aguas.
El sobreabundante es el poseso que posee, muestra el sacramento
encarnado y dual, dos a dos, prescinde de la vasija de seguir y se risota.
El poseso es el que recibe esa sobreabundancia oscura e indual,

alguien se posa en él y lo exacerba y lo comprueba.
Esa sobreabundancia tiende al hombre y lo aúlla.
El sobreabundante tiene la justicia metafórica, como el monarca
hereda y engendra el bastardo, se disfraza y saborea el regicidio,
confundido con el parodista de Bizancio. Lo mataron en su granja
y el parodista declama para los invitados reales.
El Príncipe de las Flores acaricia el pulpo
en la curvatura de la jarra, avanza sobre el vidriado
para reencontrar los mirones escudetes y la Dama de las Serpientes
se retira en espiral, girando
la jarra, sobre los rostros repetidos por el bambú y la diorita.
El bambú como la curvatura de la jarra llama a los rostros
y la diorita sepulta el ancla de Mitilene y la lección
de lo llamado en el chapaleo. La sentencia
no concuerda la decapitada testa con aquella de San Dionisio,
medida para decir su lugar y llenarlo de un zumbido
de botas altas, de tejado por tejado, de un vidriado
alzando el color sin encarnarlo, de una tierra puesta al fuego,
pero allí se subdivide y se hace esfera.

La imagen lleva el cigarro que se cae, el lagarto con la cola
de cuchillo para la piedra blanca, amigándolo con el podrido
papiro egipcio y la hipóstila con agua muerta subterránea,
pero reduciéndose en los escudetes de la justicia metafórica.
La imagen se despierta cuando el viento del principio
hunde la mano en la carne del líquido espejeante.
La sobreabundancia se clarea en la ley de la distancia
y en el agujero del foro cuando comienza a embeber
la mayor altura cenital, ovillo de túnica
al fin se expande en el cuadrante de la cola medianoche.
La imagen reducida a la sentencia, punta de túnica
entreabriendo la serpiente, hace del bastardo virrey
en Tánger, fiesta mora entre la rueda de la pólvora
china y el romano carnaval. Si la imagen entraña
la sobreabundancia, el árbol y la distancia
se entremezclan en una copia de lo homogéneo participado.
Y la copia de ese homogéneo resguarda la diversidad de cada rostro,
pues sólo la sobreabundancia inunda los rostros y los encarna,
y no los detiene en la correspondencia de los términos,
entre el Óvalo del Espejo y el Ojo de la Aguja.

NUNCUPATORIA DE ENTRECruzADOS

Si acaso como príncipe rehace las impuestas escalas de la sangre,
como condotiero saborea la indiferencia de la posible
ley del remolino. Recibe la plateada lamprea
de una norma, teniendo que agujerear
la correa que lo ajusta. Viviente fatalidad que ya oye,
tener que abandonar el caballo y el doncel, los aprendidos
combatientes. Y buscar en otra vida sus juramentos y halcones.

La jarra de Abakul con ornamentos irreconocibles,
y la otra jarra con dátils de doblegadas hojas,
se aprietan con la seca granada, creando el otro espejeante barro.
Viejas historias: la definición del mediodía a lomo
del lagarto, paseando la extensión de las azules paredes,
produce la gruta fría del violado. Ahí resurge
el abuelo pescador y el perro salmón salta mordisqueándose la oreja.

No es el cuello del caballo la libertad del movimiento,
pues su escultura tiene que ser mantenida en la noche
cerrada para el gotear del vegetal. Irrompible pescuezo
en su severa anécdota enfría el nuevo relato de la mano
forzada al diálogo. El cautiverio de la esencia
gime buscando la libertad del movimiento del cuello
del caballo. Ley violada en los comienzos de un reinado.

Cuando la nieve varía no nos regala un rostro,
se cierra y el dedo largo nos dobla, enmudeciendo.
Torpe fuego que no alcanza, pues la nieve
pinta un reflejo cortado por los dedos de los pinos.
Lo que nos quema es el reflejo, rama
de la audición desconocida, lenta mece
un tiempo sin rozarnos su medida —reconstruido cabeceante.

Afirmaríamos que aún diciendo el *reflejo heridor*,
el reflejo como aparece en la nieve impresionista,
tiene agua cascada. Pero el reflejo de antaño es el terror
de nuestras pequeñas horas, retrocedemos y preguntamos por la antigua
lección del reflejo en la nieve, pero ahora el terror penetra
por nuestro cuerpo sin que el reflejo ondulante lo despida,
pues las cosidas estrías de la luna rechazan la sensación particular.

Ensayan sus finezas, desvían sus flautas, delante de dos rostros
por testigos. El movimiento surge de su discipulado secreto
en el amanecer, remeda un crepúsculo la nobleza del ejercicio.
La madurez ingeniosamente está en la provisional aceptación
de la luz, el hormiguero y el colibrí la mastican con semejante furia.
Qué sumergido animalejo la doncella cuando con dos dedos aprieta su talón
o el anaranjado aro por donde la ansiosa vislumbra al público inmóvil.

El murmullo, el reflejo y el terror saltan, escuchan,
divididos muestran el frío peine desdeñado por una libertad vanidosa.
El sonido leve y concentrado, la hilacha recostada en lo cóncavo,
y cuando sentimos, sin hacerse nunca visible, que alguien lejos
quiere llegar hasta nosotros, mientras el frío caballo
recorre sin conducir ninguno de esos dos cuerpos,
no obstante definidos. El murmullo y el terror retienen, ocultos juegan.

La novedosa notación, aun en el momento de las lunas desiguales,
corre el cerco persa de embalsamarme con las mismas estatuas y ramas báquicas.
Una estatua mutilada no nace para la libertad decreciente,
el deseo de fragmentar para llegar al castillo rocoso no tiene la ceguera
reclamada a los dioses sino la frente deshecha se completa a su agrado;
la mutilación forma parte del acto precedente, de la adelantada completez,
pues la mutilación es el lenguaje para la luna y el cuerpo actualmente descifrable.

La ausencia de mi nombre borrado de la manchada lista de las invitaciones,
me excluye en el semicírculo y me llena en el lecho de fronda evaporada.
¿Qué ligera culpa puede nacer en mí de esa lista hecha por bárbaros emigrantes,
que unió el pintarrajeo de aves desconocidas para la liga del príncipe tachado?
La brutalidad de la culpa no se une a los rebglones de esa indefinida lista,
sin embargo, el no haber estado en esa fiesta de hastío puede enloquecer
levemente.

Un mortal interrogatorio cae sobre la lista de los no invitados: ¿dónde
comenzarán a reunirse?

Las estrías áureas de una pasión que amanece inconfesable en los relatos
del vagabundo, entreabren en la ciudad los ruidos de un apretado inútil,
de una corteza ceñida en los dominicales obeliscos, pero para ser interpretados
por los campesinos.

Los relatos del vagabundo se entonan en la húmeda lejanía del rústico
amanecer, cuando los oscuros despreciadores del cumplimiento duermen la
inmóvil clorofila.

El vagabundo no saluda al campesino de rameados verdes y entresilbos,

el campesino escucha al vagabundo hundiendo su bastón en el napolitano lagarto.

La ociosa conspiración que transcurre entre vagabundos y campesinos, por apoderarse de la noche del flamboyán, avivada por los estudiantiles pájaros de Bombay, sudorosos por las pesadillas de su transmigración, y los abullonados escarceos del marfil erudito. El vagabundo y sus venerables rapsodias buscan la sombra para cubrir con gabán viejo el ébano de sus crónicas. El campesino ahonda su indiferencia frente a la línea del horizonte y mueve la sombra con el conllevado misterio del anillo, del artesano de vitral.

El campesino no descifra las alusiones del hormigado pasquín; el vagabundo se hunde en las espaldas de las nubes no lectoras, la suerte de las letras anematizadas no se relaciona con la marca del castigo que sobrelleva, cuando absorbe lejanamente las letras de las posadas de enmendadas sorpresas. El pasquín en las aguas del Tíber no fue moralizado por el campesino, ninguna burda sentencia reclamó las letras deshilachadas y navegantes ilustres. El vagabundo con lograda indiferencia persiguió una letra hasta que trepó por un gajo.

La indiferencia vagabunda punteó la corteza de los universales y los labios particulares que repetían las sentencias que no se encogían al sufrir las comprobaciones marciales de los gimnastas. El cuerpo muestra el arco de los universales, no las carteleras manoseadas por las aguas del Tíber, trasladado con la gradual protección que entreabre las rollizas estatuas de los autos sacramentales, que inician sus cohetes y cubetas para los campesinos con ramas báquicas y para los vagabundos enamorados fijamente de las letras de una frase ondulante.

Inmóvil, todo rostro mutilado cobra claridad al regalar compañía, pues todo lo que se acerca nos ofrece la novedad de la mutilación. Huyendo de la mutilación el noble florentino tuvo que abismarse. La misma inmovilidad para la mutilación; para abismarse, la misma inmovilidad.

La nobleza y la abismática mutilación se entrelazan y anegan. La nobleza es la costumbre de la mutilación, no visible por la secularidad, y el abismo es la máscara o fábrica de mutilación, tatuaje o secuestro.

El rostro que se desprenderá de nosotros para anclarse en el recuerdo, será el guante de nuestra indolencia paseando por las piezas de marfil. El rostro colocado entre dos máscaras y la jarra ascenderá sin perdón. Desde la lejanía de la mutilación a la fatal presencia de la indolencia,

las artificiales máscaras moverán sus quijadas para reírse de la mutilación.
Cuando se evapora la lejana mutilación, el noble florentino desea
abismarse, y que la novedad no sea la mutilación de las estatuas,

sino surgiendo del oscuro del perdido abismático, del apretado por la oscuridad
rezumante.

En la nobleza florentina coincidió lo invisible de la mutilación y la abismada
indolencia.

El ocio tiene la vigilancia de la plegaria que no alcanza el murmullo.

El ocio tiene el pez invisible, pero saltante en las redes de la planicie,
no es un paseo entre las máscaras y las jarras, sino el alborozo de los rostros en la
proliferación de la música.

El ocioso ha destruido blandamente el recuerdo de la mutilación y la obligación
abismática,

sabe que el destino invadirá su granja con asesinos antiestoicos y normandos.

Dos monedas juntas, en la soberbia de la misma acuñación, mal sagrado
de un rostro que se apoya en lo inútil semejante, pues sus emblemas
pierden el sobresalto de cada matiz para perderse en la indistinción tintineante.

La lejanía de cada moneda crece con el peine de estopa del primer recordado,
y su mareante sucesión se acoge al húmero blanco del febril yerbazal.

El rostro y los emblemas se muestran como la joven corintia entre el bambú y el
gorrión,

y cuando una moneda se apoya sobre la otra, se borra como la quemante cera.

El instante interrogante que el rostro de las monedas entrecruza inútilmente,
pues cada moneda aislada flota en una harina reminiscente, que como las
hormigas

distingue brutalmente el baúl que cargan, describiendo el desierto.

Inmóvil, como el día que fuimos a buscar un cinto nuevo, y alguien asomando
dijo ¿es de sierpe de Djamil? y se suprimió como saltando por encima del
hombro.

Y ahora siempre estará sobre nosotros, el rostro entrevisto que se acercó con una
pregunta,

penetrando rápida como el sonido de la luz cuando toca el centro del escudo.

O cuando repasando los diversos, las zalemas de las filas, apretando el lomo
por arriba como un animal marino, en los lánguidos crepúsculos del librero,
sin estar nadie de pie frente a las incongruentes sucesiones: *ya yo lo leí*,
se oye. Y repasamos subrayando con la uña de la mirada el final de las
caracoleantes

divisiones y destrezas, sin poder situar al que profirió, al que sopló,
sin que nosotros lo deseásemos, sino por el contrario, ahora lo alejamos con los

delfines,
situándolo más allá de su bailoteo, pero él vuelve con su terrible rotundidad sin
cuerpo.

En el amanecer el ómnibus traquetea la fea hondura de su vaciedad,
su empuntado silencio redobla como los huevos de la tortuga enterrada en la
arena.

Nos despedimos de alguien que estrenaba su insobornable vestido de lino,
su conversión en absoluta gravitación parece que traqueteaba también en la
madrugada.

Nuestra soledad interpretaba los chiflidos sonsos de los jóvenes aurigas.
En un inexistente espejo penetraba el rostro del que llegaba al estribo,
y después, por los corredores del ómnibus, subrayaba los peldaños del cierzo.

El chiflido de los pintarrajeados aurigas, suspendía las comunicadas bromas del
amanecer.

La flatua chocarrera sonaba sin fin, rompiendo la madurez del misterio,
su tosca persistencia rompía el espejo que dictaba la entrevisión del estribo.
¿De dónde llegaba el acompañante en la madrugada de pintar a los muertos?
Su gravedad merecía estar rota por la sucia flauta de este pacotillado Caronte.
Cuando regresamos de contemplar el vestido de lino, el elaborado misterio
se rinde en el lento reconocimiento, alejado ahora por las fatales secuencias de la
música desdentada.

Lo avérnico es esa entrevisión que sigue golpeando el alejarse sin cuerpo,
el halcón surgido de nuestro contrapunto escarba en la identidad paradisiaca,
pero a veces alguien pone sus manos en esas redes contrapunteadas, penetrando
cordel por círculo, cometa por esfera, y la entrevisión de su llegada no se rompe
a medida que va desuniendo el cordel. Apenas sus manos cayeron en las secretas
estructuras adquiría gravedad la fuga de lo avérnico, y seguía penetrando por el
cordel,
en el saludo entrecortado de la jarra rota y en lo incesante de la máscara clavada.

Rodeada de los burgomaestres la parida clásica y cínica recuenta,
el ladeo santurrón de su cara no evita los antecedentes pornográficos,
las tiasas gorgueras rehúsan volverse hacia la vulva fangosa y fiestera cochinilla.
Decadentes romanas corporaciones y tributarios holandeses entornan la parida,
haciéndola cambiar de almohadón a cada pausa bufonescamente circular.
La distancia de los redondos relatos a la canal de la nariz se identifica
con la cera y pestaña de la llave dormida en su quesero escondrijo.

Lo avérnico entrevisto se deshace en el ventrudo testimonio, nubes
no lectoras fijan en el espejo su destierro lloroso y olvidan su choza alpinista.

La parida enarbola sus hachas contra la novedad estatuaría de la mutilación,
pues el parimiento tiene lo invariable del tonel, clásicas visitas y ornamentos.
La parida repasa sus incontables visitas y los regalos de dulces almenas,
y el entrevistado del estribo le despierta el chillido de la gaviota,
y si alguien adelanta su voz y el bulto del cuerpo, se retira en la muerte.

La desdentada flauta del ómnibus crece su despreciada serpiente,
el traqueteo infla la vaciedad sembrándole el pornográfico enano.
Las áureas estrías del ceñido vestido de lino se ahonda canaletos,
cuando el reído auriga despide en los recientes escombros del humo.
El peregrino retoca el burlesco Caronte y el jinete de la impalpable madrugada.
La coraza del ómnibus se deshace en el humo de los cañaverales
de la Estigia, cuando alguien despega y alguien se queda.

